ENSAYOS





MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 85

CARLOS REYLES

ENSAYOS

Tomo II

Preparación del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

CARLOS REYLES

ENSAYOS

TOMO II

MONTEVIDEO
1965

DIALOGOS OLIMPICOS



APOLO Y DIONISOS

Interrogado por Zeus sobre los desórdenes de la tierra, irguióse el crinado Apolo en medio de la asamblea olímpica; sonaron las liras pulsadas por sus nueve compañeras y la voz del dios llenó las concavidades del Empíreo como un celeste canto.

—Yo salí del vientre moreno de Latona —dijo— para iluminar al mundo y reducir a sabias euritmias las discordias de los mortales. Las diosas con sus divinas manos me lavaron en aguas purísimas y pusieron por mantillas sutiles gasas, que un cinturón de oro a mi cuerpo sujetaba. La severa Temis, la que vela por la ley y la regla del universo, no quiso verme nutrir a los pechos de mi madre y llena de amorosa solicitud me dio a beber el néctar y la ambrosía de los dioses. Así que los alimentos olímpicos dilataron por mis venas sus vitales influjos, la sangre en alegres borbollones subióseme al cerebro, sentíme henchido de irrefrenables energías y haciendo estallar los finos pañales y el refulgente cinturón me esparcí gozoso por el mundo, entreteniéndome en disparar mis flechas luminosas contra los monstruos de las tinieblas. Maté a Pitón; recobré las terneras celestes que me había robado el sutil Hermes; ayudé a Zeus a combatir los Titanes, hijos de Urano y Gaea; establecí mil cultos y oráculos, y en mi constante afán de claridad y armonía, desde las primeras luces del alba hacía sonar por todos los ámbitos del mundo la lira melodiosa y al doblar la tarde, vestido de púrpuras y oros, me

guarecía en la caverna de Satmos, donde, toda temblorosa, venía a compartir mi lecho de hierbas aromadas la pálida y melancólica Selene, la de las suaves caricias.

El hombre, apenas salido de la animalidad, ignaro, miserable, transido de frío y enfermo de pavura, sin otras armas para defenderse de las cóleras divinas y las garras de las fieras que una vacilante lucecita en el cráneo, vagaba por broncos riscos y selvas temerosas como un fantasma del miedo. Vivía temblando. Pero aquella lucecita prodigiosa, aunque débil, le permitió fabricar cuchillos y hachas de piedra que vencieron en el rudo combate la saña de los colmillos más terribles. Por este arte el ingenio hizo su aparición sensacional en el escenario del mundo. El hombre mostróse prevenido y artero. Obtenía con mañas y artificios, a una candorosos y sutiles, lo que nunca pudiera lograr de poder a poder y en franca lucha. Así, por ejemplo, para medirse con el enorme mammuth, en cuyo pellejo rugoso y cubierto de fuertes crines rebotaban las flechas, con grande sigilo y riesgo de la vida acercábase a él, esperaba pacientemente, en medio del inminente peligro, que la tremenda bestia le volviese las grupas y mostrase el pequeño orificio, velado por la cola, único y recatado sitio por donde resultaba vulnerable, y entonces, con ojo certero y pulso firme, le disparaba la traidora saeta, que se metía por el intestino y causaba allí mortal estrago. Huía el mammuth dando saltos y tirando coces como picado por furioso aguijón, y la horda humana, entre gritos de júbilo salvaje, lo seguía en su desesperada fuga durante días y aun semanas, atravesando valles soledosos, dilatadas llanuras, enredados matorrales, cobija de toda suerte de alimañas venenosas, hasta que el dardo revolvién-

dose en la herida y enconándola concluía por abatir la perseguida bestia. La despedazaban y empezaba el festín de carne cruda bajo la serena bóveda del cielo.

Estas cacerías y otras semejantes obligaban a los efímeros a recorrer grandes extensiones y vivir siempre errantes, sin otros habitáculos que las sórdidas cavernas y los antros donde la oscuridad y el frío los recluía. Y en la oscuridad poblada de espíritus y propicia a las alucinaciones, se afinó la imaginación del troglodita; en la negrura medrosa apuntó el alba del arte como sale la rosada Eos de la negra noche. A fin de matar las interminables horas de reclusión forzosa, el mísero mortal inventaba estupendas aventuras o se entretenía, mientras vagaba la imaginación por países quiméricos, ya fabricando toscas armas, ya ornamentando, con mano torpe y pueril fantasía, sus utensilios de hueso, ya esculpiendo en el cuerno del rengífero las cándidas visiones que el espectáculo del mundo le sugería. Y al experimentar, aunque vagamente, los primeros e inefables goces de artista, la pobre criatura humana sintió también el afán de perfección, el ansia de lo infinito y empezó a participar, en cierta manera, de la existencia divina, que no es placidez como se ha creído, sino inquietud, no éxtasis sino acto. Del apasionado connubio de aquel afán y de esta ansia nació una bellísima princesa con alas de mariposa...

El salvaje se hizo hombre. Yo lo saqué de sus hoscos retiros y lo incité a asociarse en grupos, luego en tribus, después en pueblos. Yo establecí en las familias la omnímoda autoridad del padre y el culto del fuego sagrado; en el grupo el primer contrato social: la obediencia al jefe y la repartición equitativa por éste del botín de la caza y la guerra; en las tribus los primeros barruntos de las legislaciones, que ilus-

traron luego los Licurgos y los Solones; en los pueblos los primeros rudimentos de la ciencia política llevada a tan alto punto de perfección por los hijos de la Loba. Yo, por decirlo todo, *pues eso lo explica todo,* formé la inteligencia del hombre en los moldes de las necesidades; le enseñé a pensar, es decir, a utilizar las cosas en su provecho, y le dí las severas disciplinas de la regla y la ley apolónicas, para que domara los bajos instintos del limón terreno, distinguiera lo animal de lo humano y perfeccionándose llegara a convertirse en un dios de carne y hueso, aspiración secreta e hito supremo de los mortales que saben interpretar las palabras de mis pitonisas. Otros de oídos menos sutiles permanecen, hasta cierto punto, sordos a ellas y así se origina y mantiene el conflicto del mundo, que es, en resumidas cuentas, el antagonismo de los que oyen y los que no quieren oir, de los que afirman y los que niegan, del espíritu del bien y el espíritu del mal. Llamo bien lo que favorece la ascensión del hombre, mal lo que le pone trabas y diques.

—¿En un dios de carne y hueso?... ¡Vana quimera!; en un fantoche relleno de metafísica estopa querrás decir ¡oh, Apolo! —interrumpió Dionisos, que había escuchado el discurso de su hermano sin cesar de sonreir maliciosamente, lo cual le prestaba una expresión entre irónica y cariciosa, pero de un encanto indecible a aquella boca que los antiguos, para simbolizar su dulzura, adornaron con cuatro alas de abeja a guisa de barba.— Antes de rematar la obra que tú juzgas divina y que yo, con tu perdón, considero nefasta, los hombres tenían entrañas, hoy, gracias a tí, sólo tienen en la cabeza viento, en el pecho estopa. Por lo demás te vanaglorias de muchas cosas que, a

mi entender, son verdaderos crímenes, y de otras, las menos, que son buenas, pero que no llevaste a cabo tú, aunque a tí te lo parezca. Es muy curioso, en verdad, el desparpajo con que te atribuyes los hechos de los otros. Harías bien en recordar que en el mismísimo Delfos, donde tuviste el más grande culto, tuve tantos adoradores como tú y que tus pitonisas para inspirarse, tuvieron siempre que someterse a la acción de mis vapores. Generalmente, cuando tu inteligencia pierde el derrotero, yo la traigo al buen camino; generalmente yo doy el son y tú lo pones en música.

Dejó de sonreir el dios coronado de frescos pámpanos, cobró repentinamente su rostro grave majestad y contemplando un instante las divinas perfecciones de la esplendorosa Afrodita y el encanto infinito de Aglaé, Talía y Eufrosina, que para oirlo mejor se habían agrupado graciosamente cerca de él, y con acento convencido prosiguió:

—Los mortales son hijos de la tierra y participan de su naturaleza. Allí, como aquí, no reina, Apolo, tu voluntad ni la mía, sino la voluntad del universo, o por otro nombre, la voluntad de Zeus, nuestro padre y señor. Esta voluntad misteriosa para el efímero, la llaman Dios los sacerdotes, causa primera los filósofos, fuerza o energía los sabios de allá abajo, que, a vueltas de tantos metafisiqueos, empiezan a barruntar la índole guerrera de los fenómenos, así físicos como morales. Creen, y no van descaminados, que todos estos no son sino transformaciones más o menos complicadas de aquella energía o voluntad paternal, alma y sustancia del universo. La docta ciencia lo declara ahora solemnemente después de haberlo dicho hace siglos las religiones, aunque de una manera confusa y capciosa, por medio de alegorías y sím-

bolos de abstrusa interpretación. Si donde las religiones dicen Dios, dijeran voluntad del universo, fuerza o energía, desaparecería como por ensalmo, la oscuridad de los símbolos, los dogmas y los mitos. Todo es obra de la grande razón de Zeus. Cuerpos, criaturas y espíritus han salido del mismo vientre y obedecen a la misma ley. La chispa eléctrica que brota de la frente del hombre y la que parte del albo seno de la nube son hermanas. Aquí, entre nosotros, podemos decirlo sin ambajes: el tuétano de todas las cosas es de esencia divina, especialmente el de eso que tus espiritualistas trasnochados llaman con desdén la materia, porque lo divino ¡oh, Apolo! es la energía del orbe y la materia el gran depósito de ella. Mi culto entrañaba la glorificación de las formas más visibles y amables de esa energía: la fecundidad de Gaea, la fuerza generatriz de Priapo, las cópulas fabulosas de los dioses con Cibeles, Afrodita, Latona, Semele, el erotismo de la creación, el triunfo gozoso del amor y la vida que encarnan ciertos instintos y pasiones. Tú pretendes haber domeñado, por medio de la regla y la ley, los deseos, los apetitos, las energías intrínsecas, en una palabra, del alma humana e ignoras, malgrado tu grande sabiduría, que toda esa fuerza vital condenada por ti constituye la voluntad de la tierra, la enjundia olímpica de los mortales. Observa que la humana criatura no es inteligencia sino voluntad; no razón sino instinto. Tus mismos discípulos lo reconocen. La inteligencia, la razón ¡bah! cosas epidérmicas, cosas efímeras cuando no son los heraldos del egoísmo o, si quieres, de la tendencia a dilatar su poder, a enseñorearse del espacio que es el ánima misteriosa de todo lo creado. Ni las vírgenes, ni las flores carecen de esa combatividad nativa. Cuando

una púdica damisela te ofrece trémula las grosellas de sus labios, quiere hacerte suyo; cuando una cándida azucena te brinda sus aromas, quiere conquistarte. El egoísmo es la cosa sagrada por excelencia. Tú lo calumniaste. Tus discípulos, filósofos, moralistas y dómines pedantes trataron a porfía de envilecerlo y condenarlo, a pesar de que fuera él, y sólo él, quien los hiciera vivir. Luego los airados sacerdotes del Galileo le pusieron los cuernos del demonio mismo e hicieron del inocente el espíritu del mal y le dieron tormento en mil potros y lo quemaron en mil hogueras. Sin embargo el *doctor sutilis* siguió trabajando la pasta de las almas y aliándolas entre sí. He ahí el grande portento! Lo que une a las criaturas no es el amor, que sale del corazón, ni el interés, que se desprende del razonamiento, sino el afán de dominar, que brota del cuerpo entero. Créeme, ¡oh, divino Apolo!, si alguna vez los hombres aciertan a ponerse de acuerdo y establecer entre las repúblicas un equilibrio semejante al que existe entre los astros, no será por el amor, sino porque, como los astros, quieren atraerse para devorarse.

—Sólo que de esa mutua y pérfida atracción —replicó el dios luminoso— resulta el equilibrio sideral. Tirando todos los astros para sí se mantienen a distancia. El egoísmo, en la humanidad, es la mutua y pérfida atracción que, a fuerza de tanto tira y afloja, se resuelve en paz, fraternidad y amor. Primero reinó la discordia, después Eros. De la lucha de los sexos, por veces mortíferas, nace la vida; de la guerra de los oscuros instintos, tan cruel, las luces de la conciencia; de la pugna feroz de las conciencias, la inteligencia de las almas.

—Eso te prueba —interrumpió Dionisos— cuan

sabia y clemente es la voluntad de Zeus, aunque a primera vista parezca, en ciertos casos, cruel y obtusa. Sí, a la larga puede que haya paz... la paz que impone el combate, la única que han conocido y conocerán el universo y el mundo. Pero el hombre, aun en medio de la paz, seguirá luchando siempre contra los otros o contra sí mismo; no olvides que su alma es pura tendencia a ocupar más espacio y que los instintos, sentimientos e ideas que la forman viven en perpetua lucha. Suprimir esa lucha es suprimir el alma. Tu propósito de concordia y civilidad a todo evento, me parece artificioso, pueril y, por añadidura, malsano para el vigor de la planta humana. Esta dará flores y frutos si hunde las raíces en la tierra y se alimenta de sus truculentos jugos, en caso contrario, no. Te lo digo con pena porque te veo en camino de cometer irreparables errores: el día que terminen todas las guerras terminarán todas las paces y será el reino de la muerte. ¿Querrás tu eso, Apolo? ¡Qué horror!... Yo amo la vida desbordante de fuerza y hermosura; la vida simple y profunda en el seno de la vivificante naturaleza; libre de reglas caprichosas, libre de metafísicos embelecos, limpia de *moralina* y sin más leyes que las inspiradas por la vida misma para acrisolar su propio imperio. La existencia fecunda y radiosa como en la aurora del mundo! Recuerda Apolo: donde yo ponía las plantas el suelo se cubría de flores y frutos; de las rocas que yo tocaba con mi tirso mágico brotaban manantiales de vino, de leche y de miel.

Y cogiendo la flauta de siete tubos la acercó a sus labios y arrancó los sones cariciosos que dilatan el corazón y se suben a la cabeza cual los vapores de un vino añejo. Y como a la voz de un conjuro la oscura tierra apareció ante los ojos de los olímpicos toda

palpitante y enfervorizada por los cultos del riente dios. De los floridos bosques, sonorosos como arpas, salían, ya en ordenadas procesiones por núbiles canéforas presididas, ya en gozosos tropeles los cortejos de Dionisos y Pan: las bacantes coronadas de hiedras y rosas; los sátiros de orejas puntiagudas y patas de cabra; las ninfas perseguidas por los traviesos faunos; los centauros piafadores y los silenos ventrudos, frenética muchedumbre que hacía sonar con báquico furor platillos y sistros, zampoñas y tamboriles, pífanos y címbalos. Las riberas de los ríos se poblaron de nereidas y ondinas, diseminadas en graciosos grupos; las montañas aparecieron florecidas de rústicos santuarios donde se sacrificaban chivos y toros y ofrendaban canastos de frutas, tiernos quesos y vasijas de leche fresca; cubrían las praderas infinitas chozas, lozanas viñas, copiosos rebaños. Los labriegos cantando himnos al dios taumaturgo y a la próvida Demeter, pisaban la uva en los lagares; los pastores cubiertos sólo con una pelleja de cabra negra, conducían los ganados al blando son de la siringa agreste. Todo era gozo, armonía, belleza, esplendor; todo parecía vivir en íntima comunión con la naturaleza y que ésta le transfundiese a todos los seres su voluntad de vivir y gozar, su sensualidad radiosa, su ardiente sangre negra.

—Yo también —replicó Apolo después de algunos instantes de reflexión— quiero la vida desbordante de fuerza, hermosura... e inteligencia. Jamás desconocí, Dionisos, la magnitud de tu obra ni los bienes que a los hombres les hiciste. Tus combates fueron prodigiosos, tus hazañas inolvidables, tus aventuras estupendas. Sin ti la lúcida voluntad de Zeus no hubiera prevalecido sobre las fuerzas desordenadas de los

Titanes, quienes colocando montañas, sobre montañas querían escalar los cielos. Cuando los dioses huyeron del campo de batalla aterrorizados a la súbita vista de Tifón, el descomunal gigante de cien cabezas, mitad hombre, mitad serpiente, tú, convertido en león, seguiste guerreando junto a nuestro padre. Tu tirso mágico, que también era lanza, hería y curaba. La humanidad te debe muchos goces y secretas embriagueces. Siempre te fue sumisa. Como a Erigona la seducías y como a las fieras de tu carro victorioso las hacías obedecer, no por la fuerza brutal, sino haciéndole sentir los vapores de tus mostos divinos. Tú libertabas a la tierra de las glaciales caricias del invierno y a las almas de los pesados grilletes del cuidado y la pena. De las frases chuscas cambiadas en tus procesiones y de los ditirambos compuestos por Lasos d'Hermione, Simonide y Bacchylide de Céos y cantados en tus fiestas, nacieron la comedia, el drama y la tragedia, mundos prodigiosos donde sin atribulaciones se vive más intensamente que en el mundo real. Como yo fuiste siempre un dios taumaturgo, un dios libertador y también un dios utilitario. Esto último parecerá más extraño y contradictorio en lo que a mí toca que en lo que a tí respecta. Muchos creyeron que yo era el desinterés, tú el egoísmo. ¡Craso error! Nada hay más interesado que la inteligencia; es puro interés, una facultad que se formó y vive adaptándose a la realidad para asimilarla; es pura *gravitación sobre sí,* un velo utilitario interpuesto por mí entre el hombre y el mundo. Los hombres no pueden divisar a éste sino al través de aquel maravilloso cortinaje, que no les permite ver los objetos como son, sino como conviene al interés del hombre sean. Sí, ambos nos mostramos siempre igualmente respetuosos de la utilidad y siem-

pre la consideración de utilidad nos puso de acuerdo. Pero tus cultos con harta frecuencia degeneraban en charlatanismo sacrílego, lascivia, bestialidad y otros desórdenes abominables. Eso nos indisponía. Tu condición, un tanto licenciosa, te inclinaba a relajar las buenas costumbres que yo, con trabajo infinito, iba estableciendo. A pesar de ello nunca te quise mal, ni declaré la guerra abiertamente. Al contrario, sin que tú lo supieras te ayudé en muchas empresas y si alguna vez me opuse a tus designios no fue para destruirlos, sino para depurarlos y hacerlos concurrir a la obra del propio perfeccionamiento en que están empeñados los hombres desde que abrieron los ojos a la luz. Ese ardiente anhelo los distingue y coloca por encima de los otros animales. Es una inclinación incontrarrestable, una locura conmovedora, que a la postre ha concluido por enternecerme y hacerme defender, como causa propia, la causa de los efímeros. Es la causa de la libertad.

Rugando más el ceño argumentó el bello dios que criaron las ninfas con leche de cabra y destetaron luego con miel y zumo de uvas.

—No observas, generoso e incauto Apolo, que esa causa es contraria a la nuestra y además un intento vano e insensato que acabará por llover males sin cuento sobre el mundo. La causa de la libertad, es decir, la desobediencia a los mandatos olímpicos!; el capricho contra el orden eterno!!; la justicia humana contra la justicia divina!!! ¡Me haces sonreir! ¿Cómo contrariar las leyes establecidas por los dioses? ¿Cómo burlarse de éstos sin ser fulminados por las iras celestes? ¿Cómo oponer la voluntad del hombre a la voluntad del universo?; ¿la norma del microscópico mundo a la norma del orbe inconmensurable?; ¿la pueril y anto-

jadiza razón del espíritu a la razón formidable de la Naturaleza? El espíritu, ¡valiente cosa! no ha hecho sino crear engañosos espejismos tras los cuales, desatentada y loca, corre la doliente humanidad. Dejémonos de majaderías y embelecos. Los hombres nunca podrán gozar de otra libertad que la de cambiar de esclavitud; ni conocer otra verdad que la *mentira saludable,* el ideal útil que han menester para vivir y que los apetitos dictan y, en medio de todo, es gran suerte porque esa interesada conducta es la única probabilidad que les dejan los hados de acertar. Cuando piensan con todo el cuerpo dan en la tecla; cuando lo hacen con el cerebro solo desbarran. Sobre el haz de la tierra no hay criatura más propensa a engañarse que el hombre y tal acontece gracias a ese incierto fuego fatuo que lo guía y que él, ufano, llama la razón. ¡Pobre razón!; los sentidos la traicionan a porfía; las pasiones y los instintos la ciegan; las esperanzas la enloquecen y las ilusiones la fuerzan a vivir entre espejismos, fantasmas y espectros. ¡Quimérica existencia! Como en la maravillosa historia de los caballeros andantes, todo acontece en la atribulada vida del mortal por arte de encantamiento. Los ojos no ven lo que ven, ni los oídos escuchan lo que oyen, ni la razón juzga de las cosas imparcialmente, ni la voluntad hacia un punto determinado se encamina, sino que las desaladas criaturas ven, oyen, piensan y quieren a la manera de los sonámbulos, inducidas, no por las realidades sensibles y verdaderas, sino por los espejismos internos y mentirosos, cual si el mundo objetivo no existiese o existiera sólo para ser descompuesto por los jugos gástricos de los sentidos antes de ser asimilado por la inteligencia. Y así, armados de las refulgentes armas del engaño, con la bacía por casco, la

celada de cartón, la lanza en ristre y transido el rocín; confundiendo siempre los molinos con los gigantes, los rebaños con los ejércitos y tomando siempre, siempre las toscas aldeanas por finas duquesas, andan los hombres tras la verdad, tras la ilusión vital, tras la mentira saludable, que es su Dulcinea, que es su Aldonza Lorenzo. Y así también de extravío en extravío, de locura en locura y de colmo en colmo, he aquí ¡oh, dioses! lo que han llegado a pretender los seres racionales en un sin razón tremenda: la libertad, en un mundo donde todo es sumisión, obediencia ciega y esclavitud; la igualdad, donde todo es diferenciación y tiránica jerarquía; el derecho, donde todo derecho es la enseña insolente de una fuerza vencedora. Pero no es todo, aun quieren más todavía los efímeros; quieren la concordia, ellos que son pura guerra; quieren el desinterés, ellos que son puro egoísmo; quieren la dicha, ellas que son puro dolor. ¿Y eres tú, ¡oh, Apolo!, el dios de la armonía y la luz, quien apadrina tamaños dislates? ¿El alimentar y encubrir las ilusiones y mentirolas de los mortales no te habrán hecho iluso y embustero? No sin razón, a lo que veo, desconfié siempre de tus retóricas y metafísicas. Tus claridades deslumbran más que iluminan. Lo que tú aseguras tiene no sé qué de capcioso y falaz. Empiezo a explicarme por qué tus fieles, como Julián el Apóstata, mueren exclamando: "¡Oh, Apolo! por qué me has mentido?" Tú engañas y enseñas a mentir. Las vejigas infladas que, a guisa de linternas, pusiste por todos los caminos del mundo, formaron innúmeras generaciones de sofistas, charlatanes, ablandabrevas y bellas almas que, por darse pisto, apostrofan a Pan mientras le chupan la sangre. Yo los detesto por bajunos, trapaceros y bobos. Esos idealistas de chicha

y nabo me apestan. La vida es realidad y acción, no mentirola y ensueño. ¿Quieres que reine en el Olimpo la majadería y el sonambulismo del mundo? ¿Quieres que volvamos al caos? ¿Quieres traernos otra vez la guerra de los Titanes a quienes sólo pudimos someter los dioses después de ardua lucha? Contempla aquel monte temeroso de la tierra: allí encadenado purga Prometeo delitos semejantes a los que tú cometes. Cuida no te pase a tí lo mismo. Ofendes a Temis y al fin la cólera de Zeus estallará terrible.

Riendo a carcajadas repuso el rutilante Febo:

—Bien se echa de ver, hermano mío, que no obstante tu ingenio y travesura, eres un dios rústico, ajeno a las sutilezas de las ciudades. Hablas como hace medio millón de años, cuando el hombre, sin imaginación aún, obedecía a la ley natural y era un producto del suelo como la planta. Los tiempos han cambiado radicalmente El hombre ha roto muchas cadenas. Por otra parte, no te das cuenta de que si los efímeros acarician las locuras de que hablas, es porque los dioses, y tú entre ellos, lo han querido así, al darles, para hacerles acaso más soportable la amarga vida, esa facultad encantada que, en medio de las realidades más espantosas y los dolores más crueles, sabe engendrar ilusiones y esperanzas... Los fuegos fatuos de mi espíritu y el espíritu de tus mostos, sacaron al hombre por igual de sus naturales quicios .. y lo hicieron el rey de la creación. Si son legítimas tus embriagueces, legítimos son mis espejismos. Es singular que quien realizó sus hazañas y conquistas a fuerza de prodigios desconozca la fuerza irresistible de la ilusión. ¿Y qué es si no ilusión el teatro, la poesía y la mentalidad que supiste crear? Te lo repito: tú siempre fuistes un dios libertador, un dios taumatur-

go, un maestro en fantasmagorías. Para libertar la costa de Beocia del monstruo Tritón que diezmaba los rebaños, no lo ultimaste a flechazos como yo a Pitón, sino que, hábil en hechizos y arterías, pusiste una gran cuba de vino en la playa y presto el monstruo embriagado quedó a merced de los pastores. Tus prodigios vencieron las hechicerías de Buda; tus sátiros turbulentos a los ascetas silenciosos: tus bacantes gozadoras a las vírgenes misteriosas. El tirso tuyo dejó tamañita la vara de los magos. Triunfabas por artes mágicas y bromeando infligías terribles castigos. Cuando los piratas tirrenos, ignorando que eras un dios, te aprisionaron al borde del mar y llevándote a bordo se hicieron a la vela desoyendo las advertencias del piloto, que sospechó tu naturaleza divina, tú no opusiste la menor resistencia al secuestro y luego te dejaste maniatar tranquilo y sonriente. Mientras la veloz nave rompía las olas, las ataduras se desprendieron de tus manos y tus pies como si invisibles tijeras las cortasen; raudales de perfumado vino barren de súbito la cubierta; una maravillosa vid cargada de racimos brota del piso y sube hasta lo alto de las velas; una hiedra de sombrío follaje, toda florecida y cuajada de variados frutos, se enrosca al mástil, asciende por él y lo cubre totalmente. Entonces, convertido en rugiente león, saltas sobre los piratas y haces que, medio locos de espanto, se arrojen al mar. Y bien, como tú y como yo el hombre ha sabido crear un mundo ilusorio. En él se recrea sin enojarnos; al contrario. A todos los dioses nos encantan y seducen las travesuras y audacias del mortal. Es nuestro niño mimado, nuestro juguete y nuestro orgullo. En construir y montar la complicada máquina de esa criatura estupenda, han agotado los dioses el espíritu inventivo y la fantasía



creadora de que eran capaces. El dios de barro es la paradoja del Olimpo. Nada de extraño tiene, pues, que ahito de orgullo y consciente del poder que le hemos dado, se crea libre, desoiga a menudo los mandatos de la grande razón y se atenga a la suya. Por otra parte, esta desobediencia y petulante emancipación es más aparente que real. En el fondo, más que otra cualquier criatura acaso, el efímero acata la ley jupiterina por excelencia, aquella que lo incita a combatir y dominar y lo restituye por ese arte al seno de la naturaleza. Es lo importante, es lo esencial. Como todas las cosas del universo, animadas o inertes, materiales o espirituales, el hombre tiende a *ocupar más espacio;* tú lo has dicho y yo no tengo ningún empacho en confirmarlo; mas escucha bien: ese *instinto de soberanía, gravitación sobre sí, deseo de poder*, que todos estos pretenciosos motes y otros más le han puesto los filósofos a aquel esencial dinamismo, es tan fuerte y tan sutil a la vez en el alma humana, que para fortificarse, adueñarse de todo y osarlo todo, aun lo imposible, se fabrica siempre el muy brujo la moral que conviene a sus designios, transformándose entonces, como el gusano en mariposa, de materia en espíritu, de sórdido egoísmo en altruismo generoso, de fiero instinto de dominación, que es cuando gusano, en dulce ilusión vital, que es cuando mariposa He ahí el grande milagro y el grande misterio.

Y desde que nació la ilusión maravillosa, venció a tu instinto y a mi razón y tomó el gobierno del mundo. Mas no por eso creas ¡oh, Dionisos! que el mundo es una casa de Orates y las aspiraciones humanas puras locuras. Los portentos de la civilización te prueban lo contrario. Seamos justos, seamos sobre todo, comprensivos. Los dioses, ¡quién lo diría! se parecen

a los *filisteos* en que, no comprendiendo jamás, pecan por injustos siempre. No, no son locos de remate los que han sabido domar los elementos y cabalgar sobre ellos... La ilusión gobierna al mundo sabiamente, porque la ilusión es también hija del Olimpo y lleva en las entrañas el preñado de los dioses; es fuerza, energía, como dicen ahora los pedantes, soplo divino capaz de dar pábulo y norma a la acción fecunda y la realidad durable. Y la inteligencia tampoco es digna del desprecio con que injustamente pretendes afrentarla. Tienes razón que te sobra cuando afirmas que el hombre es voluntad, no inteligencia. Mis filósofos de las escuelas de Jonia y Abdera, ya lo habían sospechado antes que tus discípulos lo dijeren y probaran... hasta el punto que se pueden probar esas cosas, rebeldes por naturaleza a entrar en los casilleros de las verdades matemáticas. No me duele ni enfada el confesarlo: *la inteligencia es la mano de la voluntad*, pero no eches en saco roto ¡oh, Dionisos! que ese órgano prensil sabe fabricar instrumentos que le roban al cielo el fuego divino y lo colocan en el hogar de la familia humana. A su dulce calor, y esto es muy importante ¡oh, dioses! como una planta de estufa nace la conciencia, un mundo libertado de la voluntad olímpica, y esa conciencia es el nido donde pone sus huevos milagrosos la grande ilusión del hombre.

Y la ilusión también guerrea y manda.

Del mismo y maravilloso modo que Palas Atenas, la de los ojos centelleantes, brota de la testa de Zeus esgrimiendo la lanza y arrojando el grito de victoria que hizo estremecer a tierra y cielo, así el espíritu se desprende de la materia, la ilusión de la necesidad y aunque unidas a ellas por los lazos de la sangre las desobedecen a menudo y campan por sus respetos

La era humana comienza con la ilusión. Más que saber fabricar instrumentos, lo que distingue al hombre de la bestia es saber fabricar ilusiones. Estas lo han hecho descender a todos los abismos y subir a todas las cumbres. Son las alas del alma. Gracias a la ilusión el mísero mortal olvida sus flaquezas y osa parangonarse a los seres de esencia divina.

—No conozco esa deidad milagrera, ¿quién es? —interrogó Zeus desde su refulgente trono de oro y marfil.

—Es una encantadora criatura que los dioses hace tiempo han perdido de vista, pero que forma parte de nuestro cortejo y que hoy, acudiendo a tu llamado, está aquí presente.

—Que se levante y hable —ordenó el Tonante.

Y los ojos estupefactos de los inmortales vieron adelantarse a la bellísima Pandora y declarar con voz de una pastosidad y dulzura infinitas, cual si por labios tuviera una flauta y por boca un panal de miel.

—Yo, Pandora, soy la deidad que los efímeros llaman Ilusión —y sonrió, y su sonrisa hizo dilatar de gozo el corazón de los dioses.

—¡Pandora, Pandora! —exclamaban admirados y jubilosos, y corrían hacia ella y la cubrían de apasionadísimos besos. La alegría de los inmortales llenaba el celeste alcázar de estruendosos clamores. Apolo reía como un niño; Hefaisto, viendo la perfección de su obra, lloraba de contento; las Horas y las Gracias, dirigidas por la resplandeciente Afrodita, danzaban como ebrias bacantes en torno a Pandora; Hermes la colmaba de elogios, y hasta la augusta Palas enternecida la estrechaba de cuando en cuando contra sus firmes y virginales pechos. Y la deliciosa criatura correspondía con gracia inefable a los halagos de

aquellos mismos que, al enviarla Zeus a la tierra con un presente funesto para Prometeo, a quien quería castigar el padre olímpico por haberle hurtado la chispa divina y hecho peligroso don de ella a los hombres, la ornaron, al partir, de irresistibles hechizos y colmaron a porfía de preciosos dones. Eunomia, Dike y la dulce Irene, las vírgenes de los pies sonrosados y ágiles, la cubrieron de flores printaneras, cuyos aromas embriagaban el sentido; las Gracias divinas, Aglaia la brillante, Eufrosina la del regocijado corazón, Talía la sonriente, pusieron en el largo y flexible cuello de Pandora un fantástico collar de oro y piedras preciosas, cuya vista desvanecía; Afrodita, maestra en el arte de seducir, la armó con las supremas virtudes de la belleza y las magias de las sonrisas, la actitud armoniosa y el tocado voluptuoso; Hermes le concedió el don de persuadir o engañar por medio de las palabras dulces y suaves como caricias, y Zeus, por fin, dióle la caja fatal que contenía los males inherentes a la belleza y la seducción.

De pronto éste lanzó una formidable carcajada, que hizo vibrar las elásticas paredes del palacio olímpico y exclamó:

—Pero eres tú, la misma criatura enviada por mí a la tierra para esparcir los males que merecía la audacia del Titán; tú, Pandora, dechado de la seducción y la perversidad femeninas, la benéfica deidad de que nos habla Apolo? Bromea, acaso el dios luminoso.

Los dioses tornaron a sus asientos mansamente como se retiran las olas de la curva playa al seno del mar; las áureas copas servidas por la juvenil Hebe y el inocente Ganimedes circularon de nuevo; reinó el silencio y Pandora habló así:

—Sí, omnipotente, Zeus; Apolo dijo verdad: yo,

Pandora, soy la alegría de los mortales, la sonrisa del mundo, la flor maravillosa de la vida. Cuando descendí a la tierra conducida por los veloces corceles de Palas y me presenté al precavido Prometeo, éste, temiendo tu venganza, no quiso saber nada de mí ni del fatídico regalo que me ordenaste entregarle en castigo de su temeraria ambición: entonces acudí a su hermano Epimeteo, el cual, menos advertido, abrió la funesta caja y los males se diseminaron por el mísero globo, quedando únicamente en aquélla, porque no pudo volar, la debilucha esperanza. Los efímeros, que vivían felices y descuidados, sin ensueños, ansias, ni fiebres ambiciosas, al conocerme conocieron ¡ay! también los deseos sin nombre, las inquietudes del alma, los dolores del pensamiento, las angustias del saber, los tormentos del orgullo, los martirios de la ilusión. Yo, apiadada de ellos y creyendo hacerles un bien, les llenaba los ojos de paradisíacas visiones que infaliblemente se convertían en sórdidas realidades o fieros desencantos. En lugar de calmarlos mis capciosas promesas los enardecía y enloquecía más. ¡Pobres criaturas! Con mortales ansias buscaban los bienes, los tesoros ocultos, las tierras prometidas, los paraísos que yo les hacía imaginar sin punto de reposo y que ellos deseaban en seguida afiebradamente. Su deseo, exasperado por múltiples y prolijas imaginaciones, que unas veces se llamaban cosmogonías, otras religiones, otras sistemas filosóficos, se plugo en espiritualizar y hacer amable la miseria del mundo y no tuvo límites: su osadía, espoleada por mil seductores espejismos, degeneró en furiosa locura; creyóse capaz de todas las conquistas y aspiró a todas. Cual si fueran víctimas de un extraño embrujo que los impulsara a transformar tierra y cielo a compás del capri-

cho, fueron dando los efímeros en la flor de concebir el mundo y concebirse ellos mismos, no como era aquél y eran ellos, que eso hubiera sido harto desencantador, sino como convenía a la delirante ambición humana que fueran para desear más y osar más... Así, a fin de acometer animosamente las descomunales aventuras de enderezarles los entuertos a la naturaleza, enmendarle la plana a los dioses y otros empeños semejantes, el débil se cría fuerte, el tímido valeroso, el tonto listo, el efímero inmortal y todos osaban con más ardor; así también a fuerza de desearlo, tanto puede el deseo, la tiránica necesidad se les antojó pintiparada libertad, la arbitraria fuerza, legítimo derecho, la necesaria iniquidad, voluntaria justicia y todos también, a pesar de los cruentos desengaños que les acarreaba a cada poco tamaña tergiversación, seguían impertérritos adelante, porque yo, para consolarlos y darles nuevos bríos, tras cada derrota y cada desencanto, los arrancaba de las negruras del abatimiento metiéndoles en el alma las luces de la esperanza... Y sucedió una cosa estupenda, maravillosa, poco a poco las inquietudes torturantes, las ansiedades dolorosas, las angustias mortales y todas las penas y todas las tristezas del ser humano empezaron a teñirse de esperanza, a tomar las formas seductoras de la esperanza, a rematar en esperanza hasta que en esperanza monda y lironda se convirtieron. Y los efímeros dejaron de sufrir, porque sufrir por lo que se quiere y considera un bien, no es sufrir; hiciéronse sonámbulos para quienes el mundo era sólo la prolongación de sí mismos y su existencia fue, desde entonces, un prodigioso y perpetuo encantamiento que los hizo insensibles a las miserias de la realidad. Uno tras otro los males, desnaturalizados y como despro-

vistos de sus terribles virtudes, lobos sin colmillos ni afiladas uñas, fueron entrando sumisamente en mi caja. Y por eso ¡oh padre! en este solemne día puedo devolvértela, como me la diste: con todos los males dentro... pero, al revés de antes, sólo queda fuera, sólo queda en el mundo la esperanza, una esperanza robustecida y agigantada por el dolor infinito del hombre...

Y haciéndole a Zeus una graciosa reverencia y poniéndose luego de rodillas, le entregó la caja fatal.

—¡Pandora, oh, Pandora, deliciosa criatura! —exclamaban los dioses regocijados.

—¡Sí, deliciosa criatura! —confirmó Apolo una vez restablecido el silencio. — ¡Quién puede resistir a la magia de sus encantos! Ella sola hizo por los mortales más que todos los dioses juntos. Ella convirtió la enemiga realidad en vital ilusión, los males en esperanzas. ¡Qué prodigio! Guiados por ella, enfervorizados por sus seducciones, embrujados por sus hechizos, afanáronse los hombres en divinizar las energías madres, en espiritualizar la tosca materia, en humanizar la torpe y hosca animalidad. Desde que Pandora bajó a la tierra y gracias a los sortilegios que empleó para hacerles olvidar a los efímeros su miserable condición, el hombre se hizo un animal metafísico y vive luchando heroicamente por escapar al yugo de la ley natural y vivir según su ley.

—Pero siempre fue vencido —objetó Dionisos socarronamente. — Admiro tanto como tú los encantos de Pandora; no tienen rivales en el universo. Sus prodigios fueron superiores a los tuyos y a los míos, lo reconozco, pero no hay que llamarse a engaño ni que forjarse sobradas ilusiones sobre la influencia que pueden tener en el pleito del mortal con el cosmos.

A los inmortales no nos hace daño la verdad Y la verdad es que hasta el presente la voluntad de la naturaleza, descubierta o enmascarada, ha imperado sola lo mismo en la tierra que en el cielo. Las religiones, las filosofías, las morales, si bien se mira, son trasuntos y disfraces de aquella voluntad a la vez formidable y sutil. No has observado, Apolo, que las ideologías de cada hombre y cada pueblo se transforman a medida que lo piden las necesidades y que siempre se ponen al diapasón de los apetitos, cual si por único objeto tuvieran el acatarlos y servirlos? ¿Y no te dice nada tan cortesano proceder? Dejémonos una vez por todas de engañifas y tapujos. Los pueblos se fabrican fatalmente los dioses que les convienen y cuando, por extraña aberración, no lo hacen así, desdichados de ellos. La necesidad es la grande antesala del pensamiento; la ilusión, la fantasía del apetito. Cada vez que el espíritu cantó su triunfo sobre la materia, un examen escrupuloso demostraba infaliblemente que aquel era una simple prolongación de ésta.

—Pero no es menos cierto —observó sin alterarse el dios luminoso— que el espíritu, hijo rebelde y en traza de osarlo todo, sigue sin bajar cerviz frente a la madre imperiosa. El ha sabido apoderarse de muchas potencias oscuras y ponerlas a su servicio; él le ha arrancado a la naturaleza terribles secretos que ahora esgrime contra ella; sus inagotables artificios le enseñaron a parar los rayos de Zeus y hacer inofensivas las petrificantes miradas de Medusa; proscripto de la tierra se refugia en el cielo; perseguido por las iras celestes se encastilla y vive conspirando en el alcázar interior, a cuya puerta velan dos guardianes de espadas flamígeras: la Ilusión y la Esperanza.

¿Acabará el espíritu, acabará Prometeo al fin, por

aceptar humildemente la ley olímpica y poner su amoroso corazón al unísono del duro corazón del universo o seguirá ofreciendo los rotos hígados al corvo pico del águila mientras en la mente acaricia la temeraria ambición de vencer a los dioses? ¿Es aquello probable después de haber resistido miles de años al tormento sin claudicar y ser, por su bravura, digno del perdón y el aplauso de Zeus? ¿Cabe lo último si los dioses no lo quieren?

—Pero Apolo de mis pecados; ¿cómo podrán los dioses quererlo? ¿Cómo podrán los dioses dejarse vencer?

—Los padres se sacrifican por los hijos... y cuando no lo hacen, los hijos los sacrifican. Recuerda el ejemplo de nuestros antepasados. Urano, aburrido quizá de engendrar monstruos o temeroso de ellos, quiso detener el curso de la creación. A medida que le nacían hijos los iba enterrando en los abismos del Tártaro. Ge, indignada, arma a Cronos contra el cruel padre. Cronos vacila al principio, después se decide y aprovechando el momento en que Urano, solicitado por las pérfidas caricias de su esposa, iba a entregarse a las dulzuras del amor, lo ataca furiosamente, lo castra sin piedad de un fiero golpe de hoz y arroja los despojos viriles al mar. En torno a ellos se forma un leve círculo de espuma y de esa espuma nace Afrodita. ¡Oh, portento profundo!: el último vástago de la virilidad creadora es la belleza eterna... Luego, Cronos comete idénticos crímenes que Urano: apenas nacidos engulle a sus hijos. Rea salva al último, Zeus, dándole a Cronos en vez del hijo destinado a morir, una enorme piedra oculta en los pañales del recién nacido. Nuestro abuelo la tragó sin sospechar el engaño y Zeus se cría alimentado por las abejas, las ca-

bras, las palomas y las águilas. Y una vez en posesión de todas sus fuerzas, aprisionó y destronó a Cronos con la ayuda precisamente de Prometeo. Y bien, si el rey del Olimpo cometiera los mismos crímenes que Urano y Cronos los purgaría igualmente. Y quizá fuera el Titán su sucesor. Pero éste no pretende, por ahora al menos, destronarnos del Olimpo, sino del mundo o, mejor dicho, pretende que le demos amplios poderes para manejarlo a su antojo. ¿Por qué no habríamos de permitírselo?, ¿qué perdemos? Por otra parte, quien sufrió sin ceder tantos dolores y osa aún tamaña aventura no puede sino triunfar. En todo caso la divina locura del Titán encadenado por mandato de Zeus, es el sueño color de rosa de la humanidad, lo que ésta quiere contra viento y marea, lo que ansía con fatigas de muerte. ¡Escapar a la ley de la naturaleza y vivir según su ley!: he ahí la grande ilusión y la grande esperanza del efímero. Esa conmovedora locura, ese místico anhelo de sustraer el alma a las inexorables leyes que rigen lo creado y constituir el gobierno de una equidad caprichosa y pueril, la justicia del hombre, allí mismo donde reina la injusticia necesaria y formidable del cosmos, es paradojal y nimio y a la vez trágico y sublime porque aquél maltrecho, aunque no vencido empeño, constituye, en sustancia, la cosa humana por excelencia: la rebelión del mísero primate contra el orden del universo. La civilización, el progreso, la inquietud humana, la historia del mundo toda, material y espiritual, viene de ahí.

—¿Y puede triunfar y sería bueno que triunfase una rebelión del efímero contra los dioses? ¿No sería eso desquiciar el orden establecido por nosotros? Yo también fomenté algunas revoluciones en materia de cultos, usos y costumbres; puse ante los ojos del hom-

bre toda suerte de espectáculos imaginarios y creé para su recreo, mil paraísos artificiales, pero en lo esencial, en la obediencia a los mandamientos de Temis, siempre fui de una perfecta ortodoxia. No creo que nada pueda existir fuera de ellos, menos aún en contra de ellos. ¿No piensas tú lo mismo?

—Lo que sucede está en las previsiones de Zeus — respondió Apolo reposadamente. — Por lo demás la historia de la creación, rica en episodios dramáticos, registra otras rebeliones que salieron vencedoras, asegurándoles a los revolucionarios una existencia menos esclava de la fatalidad. Tal lo que podría llamarse la *insubordinación del vertebrado*, acaecida en el remoto escenario marino, cristalina y salada cuna de todas las especies. ¡Prodigiosa aventura! Al disminuir con el enfriamiento progresivo del globo la temperatura del medio vital, indispensable al progreso de los organismos existentes, la mayoría de éstos, para vivir, aunque declinando a medida que la temperatura declinaba, aceptaron humildemente la opresión exterior y se hicieron siervos sumisos de ella. Pero el vertebrado se insubordina, rehusa ponerse al diapasón del ambiente que lo constriñe a someterse o correr el riesgo de morir; no acepta la ley implacable que lo condena a enfriarse y descender; lucha, se repliega sobre sí, reconcentra sus fuerzas, hace un esfuerzo supremo y por artes milagrosas crea la increíble, la estupenda, la maravilliosa facultad de producir calor, de mantener *dentro de sí* las condiciones térmicas primitivas y óptimas que le son favorables para vivir y prosperar, y así asciende por la escala zoológica arriba, hacia formas cada vez más complicadas y perfectas de la animalidad, mientras las especies sometidas se estancan

en su evolución ascendente o retroceden hacia las modalidades más inferiores de la vida.

El mamífero metafísico le ha hecho a la creación una jugarreta parecida e igualmente trascendental. A fin de romper el círculo mágico de la ley natural, del que no pueden salir los seres ni las cosas; a fin de libertarse de las tiranías de la materia, que no lo deja despojarse de la vestidura animal y satisfacer sus ansias de escalar los cielos, el hombre le arroja el guante al destino, se declara señor de pendón y caldera, se encastilla en el alma, eleva sus fibres y crea artificiosamente, *dentro de sí* también. la *temperatura moral* que producirá luego el portento de una justicia propia, el prodigio de una conciencia, el milagro de un mundo donde no manda la cruel voluntad del universo y donde el primate libertado campa por sus respetos y vive como un rey en su reino. Y como el vertebrado, protegido por su temperatura. subió hasta el hombre, éste, haciendo escudo de su conciencia, asciende hasta los seres de esencia divina y se dispone a enseñorearse del Olimpo.

Un clamoreo en el que se confundían exclamaciones de admiración y gritos de protesta resonó en el palacio azul. Todos los dioses se agitaban y hablaban a la vez. Sólo la augusta Palas y la púdica Artemis permanecían silenciosas y quietas, la primera apoyada en la lanza de oro, la segunda en el arco de plata. Apolo contestaba a unos y a otros erguido en medio de la alborotada asamblea como un majestuoso cedro desafiando el huracán.

Jove rugó el terrible ceño, donde se amasan las tormentas, y los dioses sumisos guardaron silencio, cual callan y entran en sus casillas a la voz imperiosa del amo, los perros ladradores.

Restablecido el orden interrogó Dionisos:

—¿Puede Zeus permitir una enormidad semejante?

Apolo miró a Zeus, éste sonrió y entonces dijo el liróforo celeste:

—¿Por qué no, si el hombre lo merece? ¿Cuántas bellas mortales, en recuerdo de sus amores, pusieron los dioses en el cielo? ¿El mismo Jove, convertido en águila, no transportó al Olimpo al inocente Gaminedes? ¿Las Horas no corrieron el cortinaje de nubes del portón olímpico para darle libre paso a Heracles? No está en el ánimo de nuestro padre torcer el curso de las cosas. La civilización es un estado contra naturaleza y Zeus lo ha permitido. Y, en suma, la civilización ¿qué es sino precisamente la cifra y compendio de todo lo que el hombre, ayudado por los dioses propicios y sobre todo por Pandora, ha hecho para salir de la animalidad y establecer en el mundo el reino de la justicia humana? La guerra terrible que aflige a los efímeros y que los dioses presenciamos con horror, se me antoja sólo una crisis aguda, un pódromo de la lucha secular y perenne de aquel designio lúcido contra las fuerzas ciegas.

Y reforzando la voz prosiguió:

—Pueden creérmelo los dioses: el gran espectáculo que contemplamos sin decidirnos a tomar partido, con ser tan grande, no es, en realidad, el que ofrece a nuestros ojos atónitos el tumulto de las armas y el fragor de la batalla; otra lucha más encarnizada, mortífera y colosal, aunque menos visible, se desarrolla en un campo de honor que tiene por límites la historia del mundo y los ámbitos de la conciencia universal. En ella intervienen no sólo los ejércitos, sino los dioses, santos y héroes de las naciones beligerantes; la virtud anímica del pasado y del presente de muchos pueblos;

lo que obraron, pensaron y sintieron innúmeras generaciones desde la noche remota en que nacieron, y toda esa inconmensurable sustancia prisionera y concertada en el instinto de soberanía del galo y del germano, que son las dos primeras partes en la tragedia europea, por ser las dos almas que condensan más nítida y acabadamente, una el imperialismo de los apetitos, la otra el imperialismo de las ideas.

Y de industria digo instinto de soberanía porque yo sé también como tú, Dionisos, que no hay actividad que no sea esfuerzo y combate, ya que la tendencia a ocupar más espacio, es el ánima no sólo de los individuos y las naciones, sino de la vida misma. No se me oculta que todo organismo fisiológico o político es una *gravitación sobre sí*, un egoísmo que se defiende y que ataca. Preciso es confesarlo: las naciones son egoístas, interesadas, imperialistas y es saludable que, en cierta manera y proporción, lo sean para el progreso del mundo. Un pueblo sin instinto de dominio sería como un cuerpo sin alma; del mismo modo que el instinto de dominio sin atemperante alguno racional, les daría a los pueblos almas de fieras y las pondría fuera de la humanidad. ¿Pero cuál será aquella manera y proporción? En otros términos, ¿cómo robustecer el egoísmo invasor, que reclama la existencia y el progreso de cada quisque, con el egoísmo igualmente acaparante y necesario de los demás?; ¿cómo conciliar la vital tendencia a ocupar más espacio de cada pueblo con el respeto de las fronteras que la confina y condena a morir?; ¿cómo poner de acuerdo la *virtú* o el deseo de poder de cada individuo, que lo incita a obrar en el sentido del bien propio, con las reglas de la razón que lo desarma en beneficio de la colectividad? ¿No perecerá ésta al fin si se

desvirtúan los elementos que la componen? ¡Arduos problemas! Francia trató de resolverlos poniéndose resueltamente del lado de la razón; Alemania hizo lo propio quebrando lanzas por la ley de la fuerza. El eterno encono del espíritu y la materia, de las potencias de la luz y las potencias de las tinieblas, revive, se encarna y alquitara en aquellas dos naciones. Y yo me pregunto ¡oh, dioses! temblando, ¿qué debe perecer y qué debe perdurar de la pulida civilización que hicimos florecer en la Helada y el Lacio y de la cual es heredera legítima la gloriosa Francia? ¿Qué puede salvarse de la ruda Kultur salida de los bosques germanos, acicalada por los profesores alemanes y armada de refulgentes armas por deidades que nunca habitaron el Empíreo?

—Ni aun a los dioses nos es dado saberlo — afirmó Dionisos con cierto dejo de tristeza. — Lo único que sabemos es que la suerte está echada y que otra vez, triste será para tí el confesarlo, el juicio de Dios va a establecer la razón suprema de los pueblos a la existencia y el dominio. Eso debe hacerte reflexionar, Apolo. Como antaño las fuerzas de las armas resulta el argumento más elocuente de las flamantes civilizaciones. A pesar del Templo de la Paz y las doctrinas de los idealistas, veintitrés naciones se han ido a las greñas empleando para destruirse en aire, tierra y mar, una sabia y prolija imaginación, servida por máquinas de guerra y aparatos de venganza que dejan tamañitos los artificios del ingenioso Satán. Y yo, aunque no muy inclinado a filosofar, me pregunto: ¿por qué? ¿Será acaso que las crisis belicosas obedecen a alguna de esas leyes, crueles en apariencia, saludables en el fondo, que dicta nuestro padre y de la que ya tuvieron barruntos, Heráclito y Calicles en

Grecia; Lucrecio en Roma; Mandevil, Darwin y Carlyle en Inglaterra; Pascal, Helvacio y Gobineau en Francia; Gracián en España; Petrarca en Italia; Hegel, Mommsen, Treitschke y mil otros más en Alemania? ¿Las eternas luchas de los hombres por los bienes y privanzas del mundo tienen que resolverse fatalmente por el fuego y por el hierro como pretenden mesurados y truculentos a una los filósofos, historiadores y sabios del Imperio? ¿Tu tan cacareada razón, guía a la humanidad o son los instintos de dominio, el interés, el amor propio, los secretos resortes que la impulsan, según afirman La Rochefoucauld, Hobbes y Nietzsche? ¿El mundo es el mundo de la inteligencia, como los idealistas aseguran o el de la voluntad, como quieren Schopenhauer y Guyau? ¿Las ideas dan pie y margen a los hechos o son los hechos los que tiránicamente dictan las ideas? ¿El derecho es independiente de la necesidad o, lo que es idéntico, de la fuerza o sólo un legado o una máscara de ella? ¿La fuerza, en conclusión, es para los mortales un elemento divino o un elemento diabólico?

Dionisos, después de algunos instantes de glacial silencio, agregó:

—He ahí las temerosas interrogaciones que aparecen en los horizontes morales del mundo. Nadie sabe allá abajo a ciencia cierta, si es más provechoso para el vigor y la excelsitud de la humanidad que reine en ella francamente la despiadada y a la vez fecunda voluntad de la naturaleza, que mata, pero que matando vigoriza, vivifica y crea, o la artificiosa y sutil *voluntad de conciencia,* que lucha por libertarse de las tiranías de aquélla refugiándose en las fortalezas del espíritu y el alma. Las dos tesis tienen ardientes panegiristas y acérrimos detractores, pero los que sostienen

lo primero son, a mi entender, los mejor inspirados. La esencia de la condición humana, como la esencia de todas las cosas de tejas arriba o de tejas abajo, aseguran y en eso aciertan de medio a medio, es la lucha y el dominio; las almas, los corazones, los espíritus son tanto más nobles cuanto más belicosos, es decir, cuanto más desean extenderse e imperar; los hombres superiores son los que llevan en la frente el signo luminoso de la voluntad; los pueblos fuertes son los elegidos por Zeus para perpetuar entre los otros las leyes divinas y, en consecuencia, declaran justas las conquistas militares, eternos los derechos de la fuerza, no por ser la fuerza, sino por ser *la razón universal*, y sólo saludables para el mundo las realidades morales a que el triunfo legítimo y provechoso de los fuertes sobre los débiles, da nacimiento y vida. ¿No te parece a tí, Apolo, que hay mucha verdad en todo eso?

—Indudablemente, pero no es toda la verdad. También aciertan los que creen todo lo contrario. Para éstos la ley, no de la naturaleza, potencia oscura que urge combatir, sino del espíritu, que apremia robustecer, es el amor y la piedad; la salud y la fuerza del mundo, la concordia de los hombres; el bien de la especie humana, el reino de la Libertad, la Justicia y el Derecho. Son dos concepciones que responden a dos antagónicos temperamentos, a dos aspiraciones divergentes, a dos opuestas culturas.

—Germania —declaró Dionisos— representa la tendencia aristocrática, el naturalismo político, el darwinismo social y en eso me place.

—Lutecia la tendencia niveladora, el racionalismo, el ideal humanitario — expuso Apolo.

—Por las mil bocas de sus profesores, Germania

dice: "el derecho, la libertad, la justicia, siempre han sido el legado de la fuerza triunfante y ésta la forma perenne de la voluntad divina; los grupos dominantes crean e imponen por la fuerza primero, por el derecho después, la tablas de valores morales que gobiernan los pueblos; la crueldad es más noble y generosa que la piedad porque sacrifica el presente al porvenir, el hombre al superhombre, el individuo a la especie. La inteligencia es sólo la mano obediente de la voluntad, el alma una sirviente sumisa de la vida, el bien una forma amable del egoísmo. Dios está siempre de parte de los ejércitos más poderosos y los ejércitos más poderosos ponen, siempre en el trono al verdadero Dios". Y concluye no sin alguna razón: "El Dios germánico es el único verdadero y el Kaiser su profeta".

—Lutecia, por las inmemorables bocas de sus pensadores, artistas y vates, replica; —aseveró Apolo— "la justicia no existe en la tierra ni en el cielo, pero tiene un altar en el alma humana; reconozco la voluntad de la naturaleza, pero en las cosas humanas no la acepto y erijo frente a ella la *voluntad de conciencia;* el fin de la civilización no es el hombre superior, sino la dicha común y la superioridad de todos los hombres; más alta virtud que la fuerza es la gracia; más noble don que el pensar el sentir; más fuertes los derechos del hombre que los derechos del más fuerte. Todas las religiones son legítimas y los dioses de todos los pueblos verdaderos". Y bien, concretando en una sola expresión el residuo último, la quintaesencia, el substratum, por decirlo todo, de una y otra concepción de la vida, podría grabarse en el pendón marcial de Germania este lema: Fuerza, en el estandarte guerrero de Lutecia esta mágica palabra: Jus-

ticia. La lucha de la Fuerza y la Justicia, vale decir, de la ley del cosmos y la ley del hombre, es la historia del mundo. Por eso dije antes que en esta guerra no se trata de otra cosa sino del viejo pleito y la sempiterna lucha entre la razón universal, que es fuerza, y la razón humana, que es justicia.

—Pero ¿qué es la justicia misma sino una forma de la fuerza? ¿Has visto tú, Apolo, no ya entre los mortales, sino entre los dioses mismos que impere alguna vez la justicia del vencido? El código del vencedor: he ahí la justicia. Esta muda de ropaje y hasta de sexo con harta frecuencia; unas veces va bien engalanada, otras en harapos; ya es macho, ya hembra, pero nunca deja de ser hija de su madre ni de mostrar los colmillos y las zarpas. ¿Por qué tienes por más noble y legítima la justicia que la fuerza si son los mismos perros con diferentes collares?

Apolo respondió sin turbarse:

—Existe una razón esencial, Dionisos: la justicia va ungida por la grande esperanza humana, la fuerza no.

—¡Hum! palabras, palabras... En resumidas cuentas, Lutecia, se pone de parte de la pequeña razón, quiero decir, de parte del hombre contra Zeus. ¿No te parece insensata temeridad? Te confesaré, a fin de que no interpretes mal mis palabras e intenciones, que yo no tengo mayor simpatía por Germania; a pesar del culto ostentoso que me rinde siento que no me ama sino pedagógicamente. Tú sabes que las pedagogas y las latiniparlas me apestan. Por otra parte la encuentro desabrida, sosa, lela e insoportablemente pedante. Las cualidades que sería injusto negarle, no llegan nunca a convertirse en atractivos; no llegan nunca a esa armoniosa fusión de la gracia y la fuerza

en que estriba el encanto de Artemis cuando dispara sus flechas. Pero en esta emergencia se me ocurre que Germania obra con grande cautela y discernimiento acatando la ley olímpica. Su imperialismo, aunque despiadado y brutal, hunde las raíces en tierra firme y rica. Si toda actividad, bien considerada, es puro combate, como Job ya lo dijo en la tierra hace miles de años, y sólo por el combate, como nosotros sabemos, se establecen las eternas jerarquías de los elementos, los seres y las cosas, la nación que mejor batalle en las múltiples palestras de la actividad humana, será la más fuerte, la más noble, la más fecunda para el mundo y la que, por ley natural, impondrá sus leyes y constituirá los imperios más durables de la idea o la espada. Los hechos lo prueban. La historia y además el saber que sale de los laboratorios, libre de supersticiones y limpio de *moralina*, autorizan a proclamar los derechos primigenios de la fuerza; la legitimidad de las conquistas a mano armada; la organización marcial de las ciencias, artes e industrias; los evangelios políticos de Federico el Grande y Bismarck y hasta las atrocidades de Lovaina. ¿Qué derecho no es fuerza? ¿Qué legitimidad no es una violencia? ¿Qué organización no es un plan de ataque? ¿Qué evangelio no es un código militar? ¿Qué atrocidad no es justa si ha podido cometerse y Zeus no la castiga? Considerando el espectáculo del universo y el mundo, Germania puede aseverar que sólo las divinas jerarquías que establece en todo órdenes de cosas la fuerza, virtud de convertir los designios en realidades, son legítimas y eternas. No es digno de nosotros, Apolo, el gargarizarnos con palabras huecas y frases campanudas. Las fuerzas de las ideas, tan encareadas por tus prosélitos, es un mito cuando las

ideas no son la expresión de la fuerza; el derecho, sin fuerza real para sustentarlo, es un contrasentido, una negación, una nonada. Si Lutecia vence a Germania no será por el derecho, sino porque a la fuerza de Germania sabrá oponer otra fuerza mayor. Te lo repito: el código del vencedor, he ahí la justicia. Por lo demás la vida que es lucha y expansión, sólo acepta las verdades que la ponen de acuerdo con las leyes del universo, que también son expansión y lucha. Y es el criterio de esa señora el que resuelve a la postre los litigios de los pueblos. Lo más vital vence siempre

—Ya he dicho —objetó Apolo con viveza— cómo del odio nace el amor, de la discordia la armonía. Sí, la vida sólo acepta las verdades que la ponen de acuerdo con las leyes fundamentales del universo; pero, por otra parte, ella crea y dicta las verdades humanas, entiéndelo bien, Dionisos, las *verdades humanas* que le convienen aunque sean, desde el punto de vista científico o real, puras fantasmagorías; desecha las verdades que no la sirven, aunque sean muy verdaderas y, siguiendo sus misteriosos designios, les pone a las cosas las etiquetas del Bien y el Mal. Y tal acontece porque la vida, como el amor, tiene razones que la razón no conoce. Más que de verdades lógicas, se alimenta de ilusiones vitales. Y entre éstas, la más poderosa, la más fecunda es la de establecer el reino de la equidad y la dicha, en el imperio de la injusticia y el dolor. Esa es la grande esperanza humana y eso lo que hizo nacer y hace vivir a la humanidad. Lo repito: la era de la humanidad comienza con aquella esperanza y en ella radica la grandeza de la humanidad. Lo que se muestra adverso al sueño radioso por el que sin tregua bregaron y sufrieron los hombres desde que fueron hombres, resulta siempre anti-huma-

no, porque lo humano por excelencia es aquel ensueño; lo que va contra el temerario intento de oponer a la ciega y despiadada voluntad del cosmos, la inteligente y piadosa voluntad del hombre, no puede ser sino traición, porque el hombre es un puro egoísmo... que remata, por tácito convenio, en pura sed de justicia; lo que tiende a empecer o destruir la ilusión que gobierna al mundo y acarician los hombres como el más grande bien, no cabe que sea sino crimen de lesa humanidad, porque la tal ilusión, ¡cosa extraña! es lo único que le da sentido y significado a la vida, la cual, en sí, no tiene significado ni explicación, y lo único también que legitima las pretensiones del ideal superior y los postulados de la conciencia que lo autorizan, insostenibles como verdades lógicas, verdaderos y saludables como ilusiones voluntarias.

En no haberlo reconocido a su tiempo, estriba el error, el colosal error de la cultura alemana; cultura sin fineza crítica ni sales de humanismo; sin fermentos caballerescos ni levadura de amor, que arrancando de la torpe glorificación del hecho, en que viene a parar macarrónicamente el fachendoso idealismo de Kant y Hegel y pasando por las teorías de los sabios, filósofos e historiadores alemanes, desde Fichte y Mommsen hasta Treitschke y Ostwald remata, haciendo caso omiso de la ilusión universal, en el pangermanismo y las insanas doctrinas de los escritores militares de la escuela de Bernhardi. ¡Dominar, poseer! Este fervor belicoso y ansia acaparante del imperio germánico, se ha dicho que es la sistemática obra de las universidades alemanas, y el aserto resulta verídico si se agrega que esas universidades han sido concitadas y constreñidas a ello por las propensiones naturales y las necesidades orgánicas de la nación. La in-



teligencia germana no ha hecho otra cosa que servir, acaso un poco bajamente, el deseo de poder alemán. Servir la voluntad, *con discernimiento de lo humano,* he ahí la sana función de la inteligencia en cada hombre y en cada pueblo. Pero es el caso que el deseo de poder alemán no era sino el deseo de poder del feudalismo prusiano en que se reabsorbió la voluntad de la Alemania del imperativo categórico, las *grechens* y los claros de luna al constituirse el imperio. Y el feudalismo prusiano no comulgó jamás con las grandes esperanzas de concordia y dicha común; de libertad, espiritualidad y universalidad, en suma, que son así como el delicado tuétano del latinismo; nunca fue democrático ni pacifista; nunca aceptó, sino de dientes para afuera, los principios de la Grande Revolución, que en mayor o menor dosis, circulan en todos los organismos políticos; nunca reconoció el contrato social, ni los derechos del hombre, ni la inviolabilidad de los territorios extranjeros. Siempre que pudo derribó los dioses Términus y, como los antiguos, puso en su lugar una guerrera lanza, dando a entender por ese arte que el señorío de la tierra no es el resultado del convenio, sino el producto de la conquista. Ese virus prusiano, que se reconcentró en el alma dura de Bismark, pasó con sus cínicas teorías y las de los profesores que lo endiosaron, al torrente circulatorio de la nación alemana, ya constituida. Al revés de lo que debía suceder, según las optimistas previsiones de los filósofos, la levadura feudal absorbió a la masa. La ciencia, la filosofía, la industria y hasta la religión se prusianizaron e hicieron invasoras; todas las actividades, al intensificarse, tornáronse imperialistas; las líricas trompetas, las febriles usinas y los austeros institutos, proclamaron y favorecieron sin pararse en ba-

ras ni cristianos miramientos, las invasiones militares, las infiltraciones mercantiles, las penetraciones científicas, las conquistas económicas; con fines de expansión y dominio los poderosos métodos de los laboratorios se aplicaron pacientemente a la política y al comercio, y el espíritu belicoso y la estrategia militar a las universidades y las fábricas. Con esta especie de movilización de la inteligencia y la voluntad nacionales, enfervorizadas de antemano por un misticismo utilitario y de circunstancias, cristalizó el espíritu científico o de organización en el cerebro de todo alemán y el ansia de dominio universal en toda alma germana. A la razón y la sensibilidad latinas, de noble estirpe, pero un tanto desvirtuadas por las molicies ingénitas a los refinamientos extremados y los desvaríos del idealismo ensoñador, opuso Germania, y con ello operó una reacción saludable contra los excesos del intelectualismo, la razón económica, el realismo político y la franca voluntad de dominación. En todas las farmacias y especialmente en las favorecidas por Guillermo II, *deliciæ generis humanis*, como lo llama el profesor berlinés Lasson, se fabricaban y expendían las píldoras imperialistas. El pueblo se fue intoxicando. Las energías todas, aun las espirituales, regimentadas por el Estado en los cuarteles y las escuelas, pusiéronse incondicionalmente al servicio de aquella voluntad. Para robustecerla, las verdades universales fueron deformadas y convertidas en verdad alemana. Los historiadores falsificaron los hechos, los filósofos las ideas, los moralistas las nociones del bien y el mal. Las doctrinas ferozmente imperialistas, que en los otros países no salieron jamás del inofensivo terreno de la especulación filosófica, fueron formuladas y practicadas concienzudamente por Alemania en sus relaciones con el

resto del mundo. Una organización fabulosa de los apetitos, cual nunca conocieron los anales humanos, reunió en apretada falange las actividades de la nación entera y la encaminó por sendas vedadas a la conquista militar, comercial e industrial del globo. Interpretando torcidamente tu culto, Dionisos, los profesores alemanes destruyeron mis normas, así como las sabias leyes instituidas por Palas en Atenas, también los dulces preceptos del Galileo y ahitos de orgullo, dictaron los dogmas y las tablas morales de una cultura monstruosa, toda pedantería, sandez y crueldad.

—Sin embargo, —consideró Dionisos como dudando— los zumos de ésa cultura monstruosa le han permitido al Imperio organizarse férreamente y dilatar sus dominios en todas las esferas del saber y la producción. ¿Cómo puede ser ésto siendo aquella cultura tan rematadamente mala? Si al árbol se le juzga por sus frutos, fuerza es confesar la excelencia del árbol germano. Como productor de concertadas energías, orden político e inteligencia científica no tiene rival.

Apolo replicó sacudiendo la blonda cabellera:

—Pero su sombra es maléfica para la lozanía de la planta humana; sus flores monstruosas no tienen aroma ni variado color: sus frutos, opulentos y agrios, no satisfacen sino el rudo paladar germano; su savia robusta alimenta un organismo no más. "Sólo es rico aquél que en los otros se siente rico". Y bien, en la riqueza alemana, las demás naciones no se sienten ricas. Su egoísmo no ha llegado aún a ese punto de perfecta madurez en que lo particular se volatiliza espiritualmente y funde con lo general; su aspiración, va contra la aspiración de todos; su ideal, no es el ideal de la humanidad; su conciencia, no es la con-

ciencia universal. Los pueblos, aun considerándolas vencedoras, rechazan las tablas de valores morales del pueblo alemán por creerlas opuestas a la grande ilusión de los hombres. Esta, al fin de cuentas, es más eficaz que el saber. Por ignorarlo el germano nunca supo inspirar simpatías. Posee la ciencia y la fuerza, mas no el don y la gracia. Y la fuerza y la ciencia son cosas indigestas, repugnantes, odiosas, cuando no revisten formas amables y se convierten en simpatía, altruismo, ilusión vital, en lo que ha menester, en una palabra, el Espíritu, para urdir con hilos de seda, plata y oro, el vasto tapiz de la esperanza humana.

—Pero en justicia —contestó Dionisos impaciente— sólo puede reprochársele al Imperio la falta de tacto y gusto en las formas de practicar el culto de la fuerza, no la ilegitimidad de él, porque, si bien se mira, todas las naciones lo practicaron ayer sin saberlo y lo practican hoy más o menos sistemáticamente, desde que las filosofías de la inteligencia se trocaron en filosofías de la voluntad y con ellas las morales artificiosamente altruistas, en morales socialmente utilitarias; los pecados de producir y acaparar, en virtudes sociales; los condenados egoísmos en raíces y nervios de la vida. Y en religiones de la vida vienen a rematar a la postre por diversos caminos las filosofías, morales y religiosas de todos los pueblos. Ella es la cosa sagrada, la fuerza que la aquilata y pondera, lo divino; la riqueza que la sirve, la virtud social. Las nuevas tablas de la ley ciñen la testa de la vida con una corona de oro y le ponen en las manos el cetro jupiterino. Antes que las demás naciones Germania vislumbró el nuevo signo de los tiempos y reconoció los imperiosos mandatos de Ares y Hermes. He ahí la causa de su indiscutible poderío.

—Mas ese poderío, por desoír Germania en su satánico orgullo los mandatos de otros dioses no menos poderosos que los de la guerra y el lucro, la indujo a ir contra la grande aspiración del mundo hacia la paz y romper el pacto de lealtad, concordia y justicia, que por el hecho de coexistir, han formulado implícitamente las naciones civilizadas. Faltóle al pan de la Kultur para ser asimilado por la humanidad, aquel dulzor de simpatía, aquella amorosa levadura que Jesús puso en el pan cristiano. De ahí que sea amargo e indigesto, aunque científicamente confeccionado; de ahí que, al salir del horno alemán y enfriarse, se convierta en bodrio mortífero para los otros pueblos. No tengo por qué ocultarlo: detesto la Kultur y pido a los dioses que a muerte sea condenada. El mundo no perdería gran cosa. A pesar de su enorme petulancia la Kultur no ha producido ningún tipo humano superior ni esas *beaux mœurs* en que cierto profesor de Basilea, muy sutil, aunque alemán, veía la flor y reconocía la sal de las civilizaciones avanzadas y finas. En cambio ha exaltado y así como embravecido la simpleza, la duplicidad y la barbarie de que, refiriéndose a sus compatriotas, nos hablan los grandes alemanes Goethe, Herder, Heine, Schopenhauer, Nietzsche. Los elementos nobles y utilizables de la civilización alemana: el culto de la energía, la acción y el oro, no como fuerza material sola, sino como semilla de la voluntad y habitáculo sagrado del deseo de poder, lo que transforma el vil metal en sustancia divina, lo poseen, expurgados de principios tóxicos, el alma viril del inglés y el yanqui, almas de ataque, almas invasoras, pero que saben mantenerse dentro del diapasón humano y no desafinan en el concierto de las voluntades que pugnan por establecer el bien universal en la

palestra misma de la competencia y la lucha. La vida intensa no excluye las relaciones amables entre los países como no las excluye entre los individuos de una misma patria. La fuerza, como la riqueza, impone altos deberes morales de solidaridad; implica más bien la protección que no el aniquilamiento de los débiles. Combate mutuo y mutua alianza, he ahí los *contrarios* que los alquimistas del Olimpo concilian en las retortas y alambiques de la armonía universal. En la tierra el culto de la Vida no será jamás el culto de la muerte; lo humano no será nunca lo inhumano; la norma del hombre no podrán darla jamás los hombres que no tienen conciencia de hombres. Si la humanidad rechaza con horror la razón germana, es porque la religión de la vida estrechó su círculo y tomó en la Alemania prusianizada, la forma obtusa y agresiva del pangermanismo, el cual, si bien sirve los intereses alemanes inmediatos, está en abierta oposición con las aspiraciones de la conciencia mundial y encarna un peligro inminente para los pueblos de cultura greco-latina sobre todo, de esa cultura cuyos principios de universalidad la hacen simpática y propicia a los intereses espirituales de todas las naciones. Para defender una tradición gloriosa y una divina locura, la locura de Prometeo, se yergue Lutecia frente a Germania. Aquella tiene los ojos verdes como las risueñas praderas del mundo; ésta los ojos azules como la impasibilidad del cielo.

La humanidad ama el color de la esperanza.

Dionisos reflexionó un instante y luego con voz grave y como preñada de arrullos declaró:

—Yo también amo el color de la esperanza; mi encendido y constante amor por Ariana lo prueba; yo, como tú, estoy obligado a defender la civilización que

juntos hicimos florecer en la Hélade y en el Lacio; yo como tú quiero de la entraña a la amable Lutecia y jamás contrariaré los designios de Atena, su numen protector, porque nunca podré olvidar que cuando los Titanes me arrojaron en una olla de agua hirviendo, después de haberme descuartizado cruelmente, ella recogió del suelo mi corazón aún palpitante y se lo entregó a Jove, que me formó de nuevo. A ella le debo la vida; mi corazón siempre será suyo.

Y cambiando de acento prosiguió:

—Yo no estimo de Germania sino lo que la acerca a mí. No crean por eso los dioses que soy germanófilo. ¿Cómo podría querer a un pueblo que no sabe reir ni danzar? Pero no lo condeno a muerte como tú, Apolo, aunque sus simplezas y abominaciones me sean tan repulsivas como a tí. Germania no posee el don ni la gracia, pero posee la ciencia y la fuerza, que no son cosas despreciables. Despojados de sus principios tóxicos; limpios de *bismarquinas* y *spurlos* los caldos de la Kultur serían acaso un gran reconstituyente para la sangre un tanto anemiada del latino. ¿Pero quién podrá convertir el veneno en medicina?

—Lutecia misma —respondió Apolo resueltamente.— La misión histórica de Francia en el drama actual es, no tanto ponerle trabas y diques a la invasión de los bárbaros, cuanto asimilarse primero y convertir después en levaduras morales, los principios, las doctrinas y los métodos que le dieron a Prusia el poderío material.

—¿Y podrá hacerlo Lutecia?

—Sin duda alguna: su don de simpatía y universalidad siempre supo humanizar y revestir de formas amables los feroces instintos de dominación. Oíd ¡oh, dioses! Francia es en los vergeles espirituales del mun-

do el árbol de Minerva, un majestuoso olivo cubierto de frutos, florecido de rosas y poblado de pájaros cantores. Su inteligencia, su arte, su poesía diríase macerados en aromas y trinos Como la rosa, todo lo que es francés, atrae irresistiblemente las miradas; como el ruiseñor, cuando deja oir sus arpegios, al hablar Lutecia canta y su canto caricioso es para los hombres lo que para los tiernos infantes la cantilena de las nodrizas: ahuyenta el miedo, cierra los ojos al mal, mitiga la pena y llena el alma de esperanza. Atenas y Roma, sus hadas madrinas, pusieron en el amoroso corazón de Francia la virtud de todas las auritmias y la prepararon lo mismo para la galana empresa de arte que para el arresto heroico. Una le dio la mitra y la lira mías, tu flauta y tu tirso y el escudo y la lanza de Palas; la otra la cava gladiadora y las sandalias de Hermes. De Grecia recibe el sentido de las proporciones, la claridad, la precisión, la ironía alada, la gracia divina: de Italia el vigor, la sobriedad, la razón ciudadana, el sentido de lo útil y lo social. Los zumos de una y otra cultura fundidos en el humanismo se filtran y depuran en el alma cristiana de Lutecia, la ornan luego con todas las elegancias del espíritu y poco a poco la templan, ennoblecen y ponderan para que echen hondas raíces allí y den óptimos ramos la sociabilidad, las ideas generales, el precioso don de lo universal.

Tomó aliento y continuó:

—El ideal humano es una rosa de Francia. Lutecia, como aquella encantadora Manon Phlipon, podría decir: "Alejandro, para conquistarlos, deseaba que hubiese otros mundos, para amarlos desearía yo que los hubiera". Gracias al influjo de este calor comunicativo el pensamiento francés ha hecho suyas todas

las aspiraciones de la humanidad y no parece extranjero en ninguna nación; no hay ninguna que no le deba algo, muchas lo mejor de sí mismas y son muy pocas las que no llevan en el medallón del alma, como un recuerdo de sus primeros amores, la imagen adorada del bello París. Desde la Edad Media la literatura francesa introduce en la cultura general la levadura *humanitas* y después los fermentos del idealismo social, los códigos sentimentales y las modas líricas. Rabelais, Calvino y Montaigne llenan el siglo XVI; Descartes, Pascal, La Rochefoucauld y Molière el XVII; Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Buffon el XVIII; Comte, Proudhom, Hugo, Pasteur, Renán, Verlaine el XIX; Bergson los comienzos del XX. Lo que es justeza, transparencia, elegancia, fineza sale de Francia; lo que es entusiasmo, altruismo, independencia, ánimo generoso, espíritu fraternal lleva el cuño francés. Si la cultura de más subidos quilates es aquella que produce hombres más completos, ninguna, después de la cultura griega, aventaja ni siquiera iguala a la cultura francesa. A pesar del incurable irrealismo y los prejuicios obtusos contra las actividades mercantiles que, entre tantas excelencias y como natural reverso de ellas, entrañaba el humanismo; a pesar de la verbigracia, la sensiblería, las embriagueses literarias y los opios enervantes del intelectualismo, hasta mediados del siglo XIX las disciplinas francesas fueron las más eficaces para la formación del espíritu y la educación realmente humana del carácter. La invención de la decadencia de la raza es una burda especie. Nunca el galo ostentó cualidades más diversas ni brillantes que en la época contemporánea; nunca tuvo más enjundia ni fuste el pensar y el sentir franceses. Lo que hubo fue que el medio social cambió: tornóse realista,

positivo, utilitario y ciertas aptitudes, las efectivas en particular, dejaron de ser actuales, perdieron gran parte de su eficaz influjo y hasta llegaron a parecer antagónicas a las virtudes viriles y productivas que reclamaba con urgencia el signo de los tiempos, el reino de la acción, el batallador imperialismo de todas las naciones, de todas las clases y de todas las actividades.

—Y en efecto —consideró Dionisos— había algo podrido en Dinamarca: mucha retórica, mucho claro de luna, mucho canto del ruiseñor. No sin alguna razón decía el maleante Renán: "Francia morirá por culpa de sus hombres de letras"; no sin algunos atisbos de verdad afirma el travieso Anatole France: "la literatura es el opio del occidente". Los que analizan demasiado la vida no la viven: los refinamientos excesivos de la sensibilidad traen aparejados, harto frecuentemente, la ironía y el escepticismo; las elegancias espirituales suelen degenerar en incapacidad práctica; las extremas delicadezas del alma mellan los filos de la voluntad. He ahí por qué humanismo y realismo, espíritu clásico y espíritu científico, razón lógica y razón universal, egoísmo y desinterés no fueron, sino a ratos, buenos amigos; y aunque reconozco que el reconciliarlos es una necesidad urgentísima de la civilización y será acaso la obra magna del siglo XX, aquellos elementos adversos que excluyen todavía y dan ocasión a la pugna de los contemplativos y los activos y la derrota irremisible de los primeros en la arena candente de la competencia universal. Por algo quería Platón coronar de rosas a los poetas y expulsarlos luego de la república.

—Pero te haré observar, Dionisos, que el irrealismo, mal esencialmente literario, y los tócigos destruc-

tores de las energías viriles no compusieron nunca el tuétano de la gala cultura, sino que constituían un vicio superficial, una erupción de la piel que saltaba a la vista de los observadores incautos y les impedía ver la Francia eterna, la Francia que deponiendo mi lira augusta y tu flauta mágica ha vestido los arreos guerreros y le da al mundo asombrado un ejemplo de dignidad nacional y heroísmo a la manera espartana. Antes de la guerra existía ya esa Francia en la reacción encarnada por la juventud de las universidades y las palestras contra el escepticismo enervante de las generaciones vencidas en 1870; contra los artificios del intelectualismo; contra el desprecio de las actividades prácticas, que falsos sacerdotes de mi culto predicaron y, en fin, contra todo lo que fuera opio de la voluntad, filtros adormecedores de las energías nacionales. Despertaba el gallo galo: renacía el orgullo francés: Lutecia se sentía de nuevo capaz de grandes cosas; las Palas greco-latina, la de los ojos color esperanza, miraba hacia los Vosgos y requería otra vez la lanza y el escudo. La fórmula nacionalista: "la tierra y los muertos", triunfaba entre la juventud estudiosa, a la par que la influencia de los aviadores, los pugilistas y los atletas le comunicaba al resto de ella el gusto de la acción, el esfuerzo y la audacia. Esa juventud, toda confianza y todo ardimiento, palpaba la anarquía moral, intelectual y política en que, a vueltas de tantas promesas, venía a rematar el idealismo revolucionario, y sintiéndose vendida se hizo realista, utilitaria, nacionalista; empalagada de tanta mentirola y gollería jacobina dejó de oir el canto de las sirenas, los discursos sutiles de los sofistas, que la incitaban al suicidio nacional y solo prestó el oído a los órganos de las catedrales, que le hablaban de lo infinito, y a

los rotundos acordes de la Marsellesa, que le hablaban de la patria. Cuando llegó la hora suprema de los grandes sacrificios, esa juventud tachada de prosaica e interesada, fue la primera en sonar los bélicos clarines y la que encendió en divina cólera el alma de la nación entera. Y he ahí cómo se operó el milagro del Marne y repitieron por la muñeca de Lotz, los inefables heroísmos de la muñeca de Orleans.

Lo que va a perecer y es bueno que perezca de la cultura greco-latina, de la que cabe considerar a Francia como el paradigma y la flor, es lo que estaba podrido y condenado a muerte por la juventud francesa antes de la invasión del germano y lo que hoy de hecho en las trincheras muere: una gran parte del espíritu de Rousseau, lo que tenía de utópico y enervante; el escepticismo suicida de los mandarines de las letras; los espejismos engañadores de la razón razonante, que es lo contrario de mi razón; los idealismos sin arraigo en la realidad fisiológica; los estúpidos prejuicios de las democracias con respecto a las jerarquías sociales, la fuerza y el oro; la enfermiza disposición sentimental; el canto de los cisnes embalsamados; las moralinas destructoras de la voluntad. Y de esas trincheras, donde tantas cosas se funden o cristalizan, se evaporan o aparecen en los tenebrosos matraces de la realidad viva y trágica, saldrán las nuevas "Tablas de la ley" que gobernarán en lo futuro las conciencias.

¿De qué mixturas espirituales se compondrán? ¿Predominarán los elementos realistas, científicos, utilitarios o los místicos, de cuyo misterioso poder no se conoce el alcance aún? ¿Quién gozará de mayor predicamento, tú o yo? ¿Prometeo o los dioses? ¿La augusta Palas o la seductora Afrodita? ¿La severa

Temis o la deliciosa Pandora? ¡Arduo problema! Sin embargo, todo bien pensado y medido, determinados hechos e indicios, actuales unos, anteriores a la guerra otros, dan margen a ciertos barruntos de lo que será la nueva moral de los pueblos. A todas luces una crítica avisada, luego de reconocer los fueros de la naturaleza y al mismo tiempo, la legitimidad de la esperanza humana, se esforzará por conciliar, en lo posible, la razón del universo y la razón del hombre. Si hay discordancias existen también afinidades; la ciencia ha descubierto algunas que permiten vislumbrar una probable fusión y armonía de los *contrarios*. Sí; la materia tiene sus fueros, el espíritu los suyos, pero urge recordar que éste es el hijo de aquélla y ambos nietos de los dioses. Las filosofías de la voluntad, el *energético* y la intuición en regalada privanza antes del conflicto mundial, así como el culto de la acción y la vida en que se traducían prácticamente, implicaban una tendencia antirracionalista que la dura experiencia de la guerra afirma y robustece a diario, poniendo ante los ojos cegados por las cataratas idealistas, la irrisoria vanidad de la justicia teórica frente a la fuerza real; las lamentables flaquezas de las morales desinteresadas para resistir, sin vapores ni desmayos, los galanteos de los apetitos; la supremacía de los intereses en las relaciones de los hombres y, en fin, el determinismo económico de los fenómenos sociales.

Mas, por otra parte, el resurgimiento inopinado de las virtudes heroicas y el espíritu religioso en la época más positivista y mercantilizada de la historia, y, por añadidura, la certeza científica de la legitimidad y la eficacia de la ilusión como servidora de la vida, dan claros indicios de que, si bien las evaluaciones de un

realismo integral, sustituirán a los viejos valores románticos, ese realismo no será la proyección lógica de un inhumano y macarrónico naturalismo a la alemana, sino el hijo carnal del deseo de poder, imperante en el universo entero, con la voluntad de conciencia que sólo alienta en el alma del hombre. Es muy posible y aun probable que las morales futuras sienten sus basas sobre la roca firme del egoísmo, como antaño sobre la arena movediza del desinterés, mas ese egoísmo, lejos de ponerle trabas a las ilusiones fastuosas y divinas esperanzas de los mortales, les servirá de rodrigón y las hará viables, destruyendo previamente, por la sola virtud de su naturaleza, mitad ángel, mitad demonio, las tozudas antinomias que existen entre el derecho y la fuerza, entre el interés propio y el ajeno, entre el mundo y el cosmos.

—Buena falta hace —afirmó el bello Dionisos.— Aunque nobles y bien intencionadas las morales altruistas no supieron hacerlo y perpetraron un gran crimen: pusieron al individuo en abierta pugna consigo mismo, y naturalmente, como no podía menos de suceder, obrando tan contra naturaleza, remataron en hipocresía y embuste. ¡Grotesca pantomima! se mantenían las histriónicas apariencias del desinterés y se obraba interesadamente. Y quieras que no, todo el mundo vivía en la mentira y el fraude. De ahí, sin duda, el malestar profundo de la conciencia contemporánea y las contradicciones fragantes de su moral. La guerra ha hecho a éstas más visibles por ser ella misma una crisis aguda de la lucha en que, sin reconocerse y siendo hermanos, pretenden destruirse el egoísmo y el desinterés; en que siendo madre e hija quieren aniquilarse, la mínima razón del hombre y la máxima razón de la Naturaleza.

—Esa lucha colosal y perenne —aseveró el radioso arquero— trasunto de la guerra colosal de los dioses con los Titanes, antes de establecerse el nuevo orden de cosas presidido por Jove, informa la civilización toda y es la historia secreta de la humanidad, del mismo modo que antes la lucha de las fuerzas ciegas con las fuerzas lúcidas fue la historia del universo cuando reinaba el caos. La inteligencia de Zeus triunfó en el Olimpo, la inteligencia del hombre triunfará en el mundo. La naturaleza tiende fatalmente a convertir las discordias en armonías y transformar la materia en vida, la vida en espíritu, el espíritu en conciencia o ley humana. Por su condición amorosa y ensoñadora, fiebre del alma y don de lo universal, Francia se hizo, desde muy remotos tiempos, algo así como la pitonisa de la ley del hombre. Todas las ilusiones idealistas y todos los sueños de dicha común, tuvieron en ella eco simpático y arrimo de amor. Su lírico corazón fue y sigue siendo, el tabernáculo de la esperanza humana: sus pendones guerreros son las enseñas de la heroica ambición que incita a los efímeros a rebelarse contra la despiadada voluntad de los dioses adversos. Por eso van hacia Lutecia la calurosa simpatía de los pueblos que prefieren a la realidad olímpica la realidad moral. Esta puede vencer, pero aquélla no puede ser enteramente vencida ni conviene que lo sea. Las energías cósmicas son necesarias al vigor de las almas. — Sin esa enjundia robusta la grande esperanza del hombre remataría en puerilidad y sandez. La humanidad empieza a tener nítida percepción de ello y reclama con ansias mortales la formación de una nueva conciencia, toda luz, pero también toda fuerza, de una conciencia que no sea, como lo quiso el espiritualismo, raquítica planta de estufa,

flor de trapo, apariencia sin vida, sino árbol potente, nutrido por las raíces con los jugos vitales del mundo, nutrido por las hojas con los elementos eternos del éter azul.

—¿Y qué empece, divino Apolo —interrogó Dionisos conciliante— la realización de esa visión, barca encantada sobre mar de bonanza en la que a mí también me gustaría bogar hacia la era de paz y ventura? Los sempiternos antagonismos entre las fuerzas oscuras y las fuerzas lúcidas, entre el espíritu y la materia, entre la voluntad del universo y la voluntad del hombre van en camino de desaparecer, así como nuestra enemistad que fue sólo aparente. Entonces...

Con el rostro ensombrecido por repentina tristeza respondió Apolo:

—Lo que realmente dificulta ahora la suspirada armonía de los contrarios, por la cual he bregado sin punto de reposo ya en la tierra, ya en el cielo, es la tirria que se tienen nuestros sucesores en el mundo Cristo y Mammón. En el primero delegué yo mis poderes, en el segundo tú. Ellos se han hecho y se hacen más cruel guerra que nosotros y, sin su reconciliación, la paz humana será imposible. Mientras haya provecho en violar las leyes del amor, siempre habrá naciones, que, como la torva Germania, se prepararán durante años y años concienzudamente para agredir y despojar a las otras.

—¿Y es cosa averiguada, Apolo, que Germania fuese la causante de la guerra y la que primero agredió?

—¿Cómo, tú, Dionisos, tan maligno, puedes dudarlo? Si vieras reñir a una oveja con un lobo, ¿quién pensarías tú que quiso la lucha y atacó primero?, ¿la oveja? Sería ridículo imaginarlo. Por lo

demás, las ambiciones imperialistas de Germania corren impresas en los textos de sus doctores, y las tenebrosas trapacerías que empleaba sin escrúpulos para darles cima, han sido descubiertas y puestas en la picota de la pública reprobación. Pero eso tiene poca importancia. Lo importante es escudriñar una a una las recónditas causas del conflicto y ver lo que conviene más para la salud del mundo: si la razón de Germania o la razón de Lutecia. Después Zeus decidirá.

—Es necesario que oigamos antes a Cristo y a Mammón. ¿De qué parte se pone Prometeo?

—El Titán favorece ya al uno, ya al otro.

—¿Y Pandora?

—Lo mismo, aunque a decir verdad, Pandora, así como Irene, se inclinan un poco más del lado de Mammón.

—¿Irene, dices?...

—Sí, Irene, la fuente de toda dicha y de todo bien, la más dulce y amable de las hijas de Temis, la que solía llevar en sus brazos a Pluto dormido, en fin, cuando figuraba en tus cortejos, es, no la existencia, sino la voluntad de vivir o la Vida misma de los mortales. Ella asiste a Prometeo en sus torturas, lo consuela y lo anima presagiándole una próxima liberación. Por las noches desciende a la tierra y cura con hierbas misteriosas el hígado ensangrentado del Titán. Gracias a tan prolijos cuidados la parte de la entraña que devora por el día la furia insaciable del águila, vuelve a crecer por las noches bajo el manto encubridor de Latona, mi buena madre. Irene y Pandora son inseparables amigas. Creyéndolas a veces una sola persona los efímeros suelen darles el nombre de *Ilusión-vital* y bajo esa apariencia ambas forjan, jugando

con las Horas, las Gracias y las Musas, las mentiras saludables que, como los niños los cuentos de hadas, apetece la humanidad. La misión de Irene es más amable aún que la de sus hermanas Eunomia, cantada por Tirteo y Solón, y Dike, la que revela al padre celeste las acciones injustas de los mortales, y tan importante como la solemne función de las mismísimas Parcas. Ella no teje la trama de la existencia con hilos blancos y negros como las hijas de la necesidad; no retuerce el huso de la vida ni canta el pasado como Laquesis; no tiene en la mano la rueda del destino ni canta el presente como Cloto; no corta el hilo de los días con una tijera de oro ni canta lo porvenir como Atropos. Irene, en cuyo corazón se funden las voluntades olímpicas y los deseos humanos, dicta las normas y las pautas de su propio y divino juego, les pone a las cosas según su capricho, las etiquetas del Bien y el Mal y vuelca sobre los mortales la opulenta cornucopia de los placeres y los goces. Y los mortales la adoran sobre todas las cosas y cuanto piensan y obran es por servirla. Su voluntad es la ley del mundo, pero no peca de antojadiza o versátil, nunca olvida que sus padres son Zeus y Temis. Aunque parezca ceder al mal lo vence siempre. Cuando la espantable muerte, con quien vive en eterna lucha, la arroja a tierra y la cree sin vida, se levanta sonriendo, se corona de frescas rosas y se aleja cantando. ¡Oh, Irene! ¡Oh, Vida!, ¿dinos quién interpreta mejor tus secretos designios si Cristo o Mammón?

Irene salió del grupo de los inmortales conducida de la mano por Pandora y juntas se adelantaron hacia el padre olímpico. Al contemplar la resplandeciente belleza y el hechizo irresistible de aquellas dos criaturas, otra vez el corazón de los dioses se hinchó de

gozo, de un gozo hondo, turbador, jocundo, que ni los encantos de Afrodita alcanzaban a provocar. Y dijo Irene:

—Desde que Apolo y Dionisos se retiraron al Olimpo, Cristo y Mammón, que así llaman a Pluto ahora los mortales, se disputan el imperio de la tierra. Ambos han procurado servirme, cada cual a su manera; yo, indiferente a las rencillas en que siempre andan envueltos, acepto gozosa las ofrendas de los dos. Ora llevo en los brazos al niño Pluto dormido, ora el niño Jesús. Deléitame verlos travesear y ellos lo hacen alegres y confiados porque me quieren de la entraña. Cuando el cansancio los vence, se duermen como unos benditos en mi amoroso regazo. Si he de decir verdad, ignoro quién me sirve mejor, si el hijo de María, sin pecado concebido, o el hijo de Demeter, engendrado sobre la tierra tres veces labrada: a uno lo quiero por su infinita dulzura, al otro por su belicoso ardor. En cuanto a lo que conviene más para la salud de las repúblicas, si la razón de Germania o la razón de Lutecia, no puedo declararlo antes que los inmortales oigan a Prometeo, que mejor que nadie conoce el corazón de la humanidad, y luego al dios del desinterés y al dios del egoísmo. El pleito entre aquellas matronas es, en cierta manera, el pleito entre Cristo y Mammón y el de éstos, hasta cierto punto, el viejo pleito de Apolo con Dionisos, trasunto a su vez de la lucha colosal de los dioses con los Titanes o sea de las potencias de la luz con las potencias de las tinieblas. Como la mayoría de los olímpicos, yo trato de fundir en mis crisoles los elementos antagónicos, pero nuestra peliaguda tarea no ha terminado aún ni probablemente terminará jamás. Por lo que toca a la paz absoluta con la que algunos me confunden torpemen-

te, no la conocerá, a Zeus gracias, el mundo ni yo la ansío. Más que la paz yo soy la armonía que nace del combate. El dios bicorne lo ha dicho muy bien: si terminaran todas las guerras, terminarían también todas las paces y sería el reino de la muerte. A mí me armaron las voluntades olímpicas para combatirla. Y en eso estoy.

—Sí, oigamos a Prometeo y después a Cristo y a Mammón, —dijo Zeus magnánimo, mientras hacía que Irene la adorable y Pandora la hechicera se sentasen a sus pies.— Si el Titán no teme arrostrar mis iras que se levante y exponga sus pretensiones.

Adelantándose resuelto hacia el prepotente Zeus; erguida la cabeza, impetuoso el formido pecho y firme la mirada, dijo el gigante, cuya recia musculatura impuso admiración y respeto hasta a los más valerosos de los dioses.

—Bien sabes ¡oh, Zeus! que yo no temo a nada.

—Audaz es tu lenguaje.

—Es el que corresponde a quien sufre sin ceder ni pedir clemencia, largo e injusto martirio. Este no ha cesado para mí ni cesará jamás. ¿Qué puede temer quien tiene por inseparables compañeras la pena, la amargura y la angustia? Las flechas de Heracles me librarán un día del corvo pico del águila; pero ese día no ha llegado aún. Ved, dioses inmortales, mis miembros desollados por las cadenas con que Hefaisto me aprisionó en la más alta y áspera roca del Cáucaso, donde Zeus amasa las tormentas; ved mis entrañas manando la sangre bravía con que alimento los sueños ambiciosos del mortal; ved los ojos que osaron desafiar las cóleras divinas y que las cóleras divinas, si anegaron en lágrimas, no lograron humillar.

—¿Cómo? ¿Qué osa decir? Su insolencia raya en delirante locura —exclamó Zeus entre iracundo y admirado.

—Mi insolencia es mi virtud.

—Los castigos no han logrado corregirte; preciso será comenzar de nuevo.

—El resultado sería el mismo; nada pueden los castigos contra quien no se reconoce culpable. La pena injusta cae en el alma inocente como el rocío sobre las rosas. Si cometí algún crimen largamente lo purgué: mis penitencias fueron más grandes que mis pecados. No soy yo quien debe bajar la cerviz. Te inspiraría desdén si me vieras, por temor, pedir gracia como quien demanda una limosna, en lugar de reclamar justicia con airadas voces. No, no me avergüenzo, no puedo avergonzarme de lo que pareció criminal osadía y después de tantos siglos resulta sólo virtud; no puedo mostrarme pesaroso de haber sido, con razón, valiente y soberbio; no puedo olvidar que por mis venas corre sangre olímpica; que, en gran parte, tu trono me lo debes a mí y que los seres de un día son alma de mi alma y carne de mi carne. Desde que te hurté el fuego divino para dárselo a los mortales, éstos fueron mis discípulos, compartieron mis penas e hicieron suyos mis audaces sueños. Y como yo formé su alma y su espíritu, los aedas antiguos inventaron la fábula de que el hombre era hechura mía y que con mis manos lo había modelado, como Hefaisto a la bellísima Pandora. En camafeos y vasos milenarios se me ve dándole forma humana al barro inerte en compañía de la augusta y venerable Palas. La verdad es que junto con ella, Apolo y Dionisos sacamos al hombre de su miserable condición y lo convertimos en un ser racional, o, lo que es lo mismo, en un for-

jador de ilusiones. Y en tamaña empresa, mi concurso no quedó por bajo del de los otros dioses, pues si Apolo fue el espíritu, Palas la razón y Dionisos el instinto, yo fui la voluntad, que vale tanto como decir la ambición, el deseo de poder, el afán de dominar, en resumen, el alma y la vida del mortal. Una vez en posesión del inquieto fuego, el efímero tuvo calor y tuvo luz, dejó de temblar en las tinieblas frías, dejó de vivir en los antros pavorosos, coció el barro, fabricó portentosos instrumentos que le permitieron componer y descomponer los cuerpos, ver lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, penetrar los misterios del ser, descubrir uno a uno los íntimos secretos de la avara naturaleza y enseñorearse de tierra, cielo y mar.

—¿Y qué pretenden ahora los efímeros?

—Apolo lo ha dicho: la libertad, el reino libre y gozoso del mundo.

—¿Es compatible ese reino con el mío?

—No ha de serlo, siendo el reino del fuego animador.

—¿Y si yo me opusiera a aquella pretensión?

—Tratarían de destronarte como Cronos a Urano y como a Cronos tú.

—¿Tanto osarían?

—Los mortales lo osan todo.

—En ese caso los aniquilaría, como aniquilé a los Titanes.

—Los mortales son más fuertes que los gigantes de cien cabezas.

—No importa, los vencería.

—Los mortales son invencibles; sus rayos son más poderosos que los tuyos. Por otra parte tú no puedes

destruir la obra excelsa de los dioses y la obra magna tuya en particular.

—Tienes razón, yo no puedo hacer eso. El alma ardida y avasalladora del hombre es aliento mío; sus olímpicas ambiciones son hijas de mis designios. ¿Quién se opone a ellas?

—Un pueblo que, a pesar de su avanzada civilización, conserva el alma violenta y sanguinaria de los tiempos bárbaros. El es la causa principal de la desavenencia y el encono de Cristo y Mammón.

—¿Qué crímenes le imputas?

—Muchos, pero sobre todo uno, porque de él se derivan todos los demás: el haber olvidado la divina esperanza del efímero, esperanza que es como la sal del mundo.

—Sin embargo, ese pueblo discípulo tuyo también es.

—Cierto, pero desde algún tiempo a esta parte obedece a influencias extrañas, a las sugestiones de un demonio que lo hace negar la ley del hombre.

—¿Qué castigo reclamas para él?

—Lo diré después de oir al dios del amor y al dios del egoísmo.

—¿A quién prefieres tú?

—Uno es mi corazón, el otro mi voluntad.

—Está bien, oigamos a Cristo y a Mammón — concluyó Zeus.— Así como así tengo muchos deseos de saber lo que piensan esas dos deidades y me place recibirlas en mi alcázar. Pero ahogando sus pujos de independencia y rebeldía, bien pueriles por cierto, ¿acudirán solícitos a mi llamado? No quisiera emplear contra ellos la violencia.

—Dionisos, el dios taumaturgo por excelencia — insinuó Apolo — podría sacarnos del paso, emplean-

do las seducciones de sus mostos como hizo con Hefaisto para volverlo al Olimpo. El obrero celeste, acaso para vengarse de Hera, que avergonzada de las deformidades de su hijo y las burlas que inspiraba a los dioses, lo quiso ocultar a los ojos de todos y luego concluyó por arrojarlo del palacio al mar, pues fue ella la que cometió tal demasía y no nuestro padre, le envió de regalo un magnífico trono de oro construido y portentosamente obrado en sus talleres oceánicos. Apenas Hera lo ocupó quedó prisionera y como paralizada en el misterioso artefacto. Los esfuerzos que hicimos los dioses para sacarla de aquella deslucida situación, fueron inútiles. Zeus, con voces que rodaron por los espacios como roncos truenos, llama al desterrado comprendiendo que sólo éste podría libertarla: pero el muy cazurro se hace el sueco; entonces Dionisos bajó a la tierra y embriagándolo pudo engañarlo y traerlo a la paternal vivienda, donde el dios del fuego del brazo del dios de la viña entró haciendo eses.

—Dionisos —ordenó el Tonante— vuelve al mundo y, sin hacerles ningún daño, trae a mi presencia a Cristo y a Mammón. Apolo, mientras regresa tu hermano cántanos alguna canción; pulsen las nueve Musas las cítaras celestes; dancen las radiantes Horas; deléitennos las Gracias con sus divinos juegos y hagan circular Hebe y Ganimedes las copas rebozantes de los mostos olímpicos. Las desdichas de los mortales no deben turbar nunca la serenidad de los dioses.

El Charrúa, abril 1º de 1918.

CRISTO Y MAMMON

Iiene la adorable y Pandora la hechicera, corrieron los radiosos cortinajes de nubes del portón olímpico para darles libre paso a Cristo y a Mammón, quienes, acompañados del jocundo Dionisos, acababan de llegar al palacio de los dioses. El Nazareno con las flacas manos cruzadas sobre el hundido pecho, el rostro demacrado y la mirada afligida, avanzó con paso vacilante como si llevara aún sobre los flagelados lomos el peso de la cruz. Los ojos cavados y lucientes parecían dos cisternas en un campo cubierto de nieve, que no era otra cosa la palidez cadavérica de la cara entre el renegrido marco de las crenchas lacias y la barba sedeña. Vestía humilde ropón, iba descalzo y las heridas de las manos y los pies, los estigmas santos, vertían sangre todavía, cual si hubieran sido recién abiertos por los clavos del martirio. No caminaba, se deslizaba más bien como una sombra. Su aspecto acabado y cogitabundo, que acusaba mortal fatiga e infinita pena, hizo hinchar de compasión el duro corazón de los inmortales.

Mammón lo seguía a cierta distancia. Si en Jesús todo era humildad, mansedumbre y resignada tristeza, en el empaque soberbioso y donjuanesco del dios del oro, todo respiraba confianza, osadía y altivez. No aparecía bello y desnudo como cuando habitaba el Olimpo con el nombre de Pluto: tampoco viejo y ciego como lo pinta la sórdida leyenda, sino, al contrario, joven, apuesto y gentil. El más moderno de los

inmortales lucía la indumentaria que convenía a su carácter actual y mundano; usaba monóculo y llevaba entre los dientes, con desgarro, no exento de gracia, un soberbio puro. La mirada impasible, la sonrisa irónica, cuasi cruel, que le elevaba el ángulo izquierdo de la boca, y el porte altanero de la cabeza, aún en presencia de Zeus, delataban el origen olímpico, la esencia divina del financista celeste. La severa y suprema elegancia de su vestimenta, insólita en el Empíreo, hacía singular contraste con las coloreadas túnicas y las opulentas desnudeces de los otros dioses. Estos lo examinaban con más curiosidad que al Galileo. Y Mammón se dejaba admirar sin asomos de encogimiento, como el pugilista seguro de la perfección de sus formas y la plenitud de sus músculos.

Cuando ambos dioses se detuvieron frente al padre olímpico dijo éste:

—Bienvenidos seáis a mi palacio. Quería interrogaros sobre los disturbios de la tierra y las pretensiones que ambos tenéis al gobierno del mundo. Grandes responsabilidades pesan sobre vosotros. Vuestra enemistad parece ser la causa en gran parte al menos, de la desinteligencia que reina entre los hombres. ¿Por qué os detestáis? Jesús, tú anunciaste hace veinte siglos el reino del amor y la verdadera dicha y después de veinte siglos de practicar tus preceptos reinan en el mundo más encarnizados que nunca, el odio y el dolor. ¿Merecía la pena haber destruido tantos poéticos cultos, perseguido como fieras tantos amables dioses, ocasionado tantas torturas y exigido tantos sacrificios para obtener, en conclusión, menos ventura y más inquina que antes? ¿Qué puedes argüir en tu descargo? ¿Cuáles son los resultados positivos de tus doctrinas? ¿Por qué, mal grado tus buenas intencio-

nes, de las que nadie duda, no pudiste descepar de las almas ni la enemistad, ni la avaricia, ni la concupiscencia? ¿Por qué naufragaron tus esperanzas unas tras las otras dejando a la humanidad cada vez más desencantada y afligida? ¿Por qué vives en abierta pugna con la verdad de los filósofos y los sabios más eminentes? ¿Por qué te acusan tus detractores de haber elevado la Iglesia sobre las endebles basas de la mentira, la superchería y el fraude? ¡Jesús, Jesús! ¿sospechas los terribles cargos que podrían hacerte los que, sin miedo ni prevenciones, estudian tu obra a la luz fría de la razón?

Y tú, Mammón, ¿cómo podrás justificarte de los crímenes que te imputan? ¿Es cierto que destruyes implacablemente los sentimientos nobles y desinteresados y envenenas las almas con los fermentos del egoísmo, la avaricia y el odio? ¿Es cierto que fomentas y enconas la guerra entre los mortales? ¿Es cierto, como muchos aseguran, que eres el acérrimo enemigo del amor, la virtud y el bien? ¿De qué obra buena puedes jactarte? ¿Has hecho algo por la dicha y la perfección de los hombres? ¿Serviste de alguna manera la *grande esperanza* del efímero? ¿Fuiste en alguna ocasión, el intérprete fiel de mis designios o te pusiste siempre de parte de las fuerzas oscuras, de los monstruos de las tinieblas que combatieron el luminoso Apolo y la impetuosa Palas; el encantador Dionisos y el rudo Heracles? Pero procedamos con orden. Hable primero el Galileo

En medio de la ansiosa expectativa de los dioses Jesús habló de esta manera:

—Soy inocente. Prediqué y practiqué lo que creí el bien; mas, ¿para qué negarlo?, dudo de mi obra. Quizás no vi todos los aspectos de la verdad; quizás

por amor de la justicia, fui injusto; acaso, por exceso de piedad, fui cruel; acaso juzgué mal lo que no comprendía bien. Sea lo que fuere, a pesar de la sinceridad con que obré, no tengo la conciencia tranquila. Hace dos mil años que llevo la cruz a cuestas y siento que mi vía crucis no terminará jamás. ¡Ay de mí! pagué tributo a las supercherías de la época, ahora lo comprendo; ignoraba la fisiología del hombre y las leyes de la Naturaleza, lo confieso humildemente. Muchas de mis predicciones no se han cumplido; muchas de mis esperanzas no se han realizado: muchos errores materiales entraron en la composición de mi ideal supremo, y sin embargo, con eso y con todo, en lo importante, en lo esencial creo no haberme equivocado. De mi pan de vida se alimenta la humanidad. Mis doctrinas forman la buena levadura de todas las morales. Si el reino de Dios no se realizó cuando yo creí, ¿quién puede negar que se va realizando, aunque tal vez por otros caminos de los que yo imaginé? Si yo no aparecí ni apareceré seguramente a los mortales al son de las trompetas vengadoras el día del juicio final, que no llegó ni llegará acaso, ¿quién afirma que a la hora de la muerte no me ierga amenazador ante cada conciencia para pedirle cuenta a cada uno de lo que hizo en la vida? ¿Quién niega que el justo, si no resucita en el Paraíso, no habita el paraíso de la felicidad interior mientras vive? ¿Quién duda que el perverso, si no es devorado por las llamas del infierno, es consumido en el infierno de la inquietud y el remordimiento? Y terminada nuestra existencia material, la ciencia no asegura que las almas perezcan, ni que el espíritu del justo y del pecador vivan de la misma manera en el mundo misterioso de los puros espíritus. Si todo retorna al seno materno de donde

salió para continuar allí otra suerte de existencia; si la materia y la energía son indestructibles, según aseveran los sabios, ¿cómo había de ser mortal el alma y no volver un día, como aquéllas a su patria celeste? Si lo que llaman la *ley de permanencia* es un hecho incontestable; si todo se transforma y nada se pierde en el laboratorio de la Naturaleza, ¿cómo había de perderse por excepción caprichosa, la fuerza consciente? Y si ésta tampoco se pierde, ¿adónde va?, y si a alguna parte va, ¿cómo pueden existir y obrar del mismo modo la luz y la sombra? La ciencia no lo sabe todo aún. En sus dominios limitados también reina el misterio, inconmensurable abismo donde fatalmente caen y funden en un mismo haz de rayos negros las creencias y los conocimientos más divergentes. La verdad es infinita y caben dentro de ella infinitas verdades, al parecer, contradictorias. Cuando pase el período del análisis negador y llegue el momento de la síntesis afirmativa muchos antagonismos se resolverán en concordia, muchas enemistades en amor, muchos pecados en virtud. Entonces volverán a hermanarse la religión, el arte y la ciencia; el creer y el amar, con el saber y el comprender. Por lo demás yo no proclamé la verdad, que nadie conocía ni reclamaba, sino la esperanza, que todos necesitaban y pedían; no la ciencia, que desencanta, sino la fe que consuela; no el saber, que aisla y enemista, sino el amor que une las almas porque hace comprenderlo, amarlo y perdonarlo todo, ¡oh dioses! que me creísteis enemigo y a quienes yo siempre tuve por hermanos. Mis prédicas fueron inspiradas por la misma voluntad omnipotente que dicta sus mandatos a todos los dioses y a la cual, a sabiendas o ignorándolo, todos los dioses obedecen. El cristianismo, lejos

de destruir la religión de los gentiles, heredó lo sustancial e imperecedero de ésta y continuó, bajo otros aspectos. la magna obra de la *diosificación* de la fuerza y la *espiritualización* de la materia. el esfuerzo tradicional, en suma, de Apolo, Palas, Dionisos y de tí mismo ¡oh Zeus! Como tú venciste a los Titanes, Apolo a Pitón y Atena a Medusa, mi San Jorge partía con su lanza las entrañas del dragón. Perseguíamos idénticos objetivos. Era necesario domeñar las energías oscuras y desmandadas de la materia y los groseros apetitos de la carne a fin de preparar el nacimiento del alma, el reino del espíritu. Hasta el mismo Dionisos, aunque pareciera enemigo. colaboró en aquel propósito con sus ficciones y embriagueces. Las potencias de las tinieblas. para hacerse armoniosas y lúcidas. necesitaron concentrarse en el Olimpo y convertirse en principios inteligentes. Así nació el orden instituido por tí. Zeus. Luego la concordia del mundo reclamaba la fusión amorosa de las adversas voluntades olímpicas en el seno de nuestro Padre ¡oh dioses!, y nació el dios único, el dios del amor, el dios de la humanidad. Yo vine al mundo para anunciar la buena nueva y prediqué la bondad, el perdón, el desinterés, y condené. como Apolo cuanto conspira contra la libertad y entorpece el perfeccionamiento del hombre, porque, al igual de Apolo, llamo bien lo que eleva al hombre y lo pone por encima de los bajos instintos de la animalidad; mal las ataduras egoísticas que al suelo lo sujetan y mantienen en la condición *inhumana*. A pesar de las enseñanzas olímpicas, los ojos de los efímeros se obstinaban en permanecer clavados en la tierra y sólo veían la tierra; yo los hice volver al cielo y les mostré las inefables perspectivas de la patria celeste. Y empezó una vida nueva para aquellos

que las antiguas religiones y los viejos cultos, sin savia ya y reducidos a fórmulas vacías y prácticas puramente exteriores, dejaban sumidos en las negruras de la ignorancia, la inquietud y la tristeza. Eran los más, y los más ínfimos de entre ellos fueron los primeros en venir a mí. Pobres pescadores, sencillos labriegos y empedernidas rameras escucharon mis palabras, abandonaron sus bienes y me siguieron Con un reducido montón de mendigos vencí los ejércitos de los Césares e hice caer de rodillas a mis plantas a los príncipes más poderosos de la tierra. La razón era muy simple. El mundo antiguo, fundado en la iniquidad de la Naturaleza, naufragaba en un mar de sangre y corrupción: yo le ofrecía la única tabla de salvación: la justicia divina o, por otro nombre, la ley de la conciencia. "No sólo de pan vive el hombre", dije, y los hombres comprendieron esa verdad augusta y vislumbraron el Paraíso, las tierras celestes, las dichas eternas. Ante tales visiones la tierra pareció pequeña y despreciable. La amarga boca del mortal conoció las mieles divinas. Los sentidos percibieron lo infinito. Los corazones penetraron los misterios del amor. Ansias de libertad, de justicia, de sacrificio se encendieron en las almas como hogueras devorantes y ese fuego salvó al mundo. Fue una verdadera revolución que invirtió los polos del bien y del mal. Todo cambió. Un soplo de purificación pasó por las conciencias más negras como un aura primaveral sobre los campos yermos. Los desposeídos obtuvieron, de improviso, inagotables tesoros: los miserables riquezas sin tasa; los tristes alegrías infinitas; los últimos fueron los primeros. Millones y millones de criaturas que vivían en la desesperación, bebieron el dulce néctar de la esperanza y conocieron la dicha inefable,

la beatitud, la santidad. La presencia de Dios se hacía visible y real en todas partes. Nunca el espíritu dominó tanto a la materia; nunca el alma fue más libre en las carnales prisiones del cuerpo; nunca las criaturas humanas estuvieron más cerca de los ángeles. Mis mártires bendecían las manos que los ultimaban; mis vírgenes iban al suplicio cantando. La miseria y la estultez del mundo, tocadas por la varita mágica de la fe, transformábanse en hechizos: la existencia florecía en maravillas y milagros. Los ciegos vuelven a ver; los paralíticos echan a andar: los muertos resucitan. Mil hombres no pueden mover a Lucía, condenada por el inicuo Pascasio a ser violada por todo el pueblo. Irritado el tirano quiso hacerla arrastrar por mil yuntas de forzudos bueyes, pero la virgen permanece inmóvil. En medio de la hoguera y con la garganta atravesada por una espada, la seráfica criatura sigue desafiando las iras del verdugo y anunciando el triunfo de la Iglesia. El pacto divino hace a las almas cristianas invulnerables e invencibles. Los dolores, las miserias y flaquezas de la humana condición no las perturban. Las uñas y los colmillos del mal se gastan y se rompen sin ofender siquiera la tierna carne de la paloma mística. Segundo y Colocerus beben la resina inflamada con que pretende asarles las entrañas el protervo Sapritius, como si fuera una bebida dulce y refrescante. Santa Juliana, condenada a perecer en un baño lleno de plomo hirviente, entra en él y experimenta la dulce impresión del agua tibia y perfumada. San Lorenzo se acuesta sobre la parrilla como en un lecho de rosas. Mientras se tuesta le dice a Valeriano: "Sabe, desdichado, que estos carbones encendidos me traen a mí grato frescor y a tí el fuego eterno" Los tiernos pechos de Agata, que la bellísima

virgen se deja arrancar por no querer abjurar su fe, renacen milagrosamente y se ofrecen a los ojos lascivos del verdugo frescos y lozanos como manzanas. Cierto joven cristiano de grande pureza, para impedir que su carne cediera a las diabólicas caricias de una pecadora, a quien le han ordenado poner a prueba con sus artimañas y cebos amorosos la virtud que él quería guardar como tesoro inestimable, y no pudiendo defenderse, pues está desnudo y atado de pies y manos, se muerde la lengua ferozmente, se la troncha y toda ensangrentada la escupe al rostro de la vil ramera. Y no sólo las vírgenes y los donceles, sino hasta los más empedernidos criminales son tocados por la gracia, viven vida recogida y penitente y hacen milagros. Innumerables bandidos murieron en olor de santidad; numerosas hetairas remataron en mártires y santas. El serafín de Asís no fue en su juventud sino un disipado mancebo. María Egipciaca, después de muchos años de prostitución, se convierte a la fe y se dedica en un apartado desierto a la oración y la penitencia. Tres panes que ha recibido de limosna, la nutren durante cuarenta y seis años. Para recibir la hostia, que le ofrece el monje Zosimo, desde la ribera opuesta del Jordán a la que ella se encuentra, hace el signo de la cruz y atraviesa el río caminando sobre las aguas. Un año después Zosimo vuelve al desierto, según lo convenido con la santa, y la encuentra muerta. Una inscripción sobre la arena, cuyo texto los huracanes y las lluvias respetaron, le anuncia que María había expirado instantes después de recibir la santa comunión que él le diera. Zosimo entonces queriendo cumplir la última voluntad de la antigua pecadora, el deseo de ser enterrado allí mismo, y no teniendo pala ni fuerzas para cavar la sepultura, implora el au-

xilio de un león, que en ese punto acertaba a pasar por aquel sitio, y la fiera con sus poderosas zarpas lo hace, alejándose después mansa y dulce como un cordero. Y como María Egipciaca, Thais, Pelagia, la Magdalena, Teodora y tantas otras. Y no crean los dioses que tales milagros fueron patrañas y supercherías, sino hechos reales, abonados por numerosos testimonios. La ciencia moderna niega lo sobrenatural, que no ha llegado a descubrir todavía en el fondo misterioso de las retortas, y desde su punto de vista tiene razón. Pero en el reino de Dios el milagro es tan natural y rigurosamente cierto como los fenómenos físicos en la Naturaleza. Sólo la fe es necesaria. La fe es la verdad limpia de lo contingente; la realidad suprema, el poder absoluto, la ley única y por eso también es el agua pura y viva que apaga todas las ansias y enciende el amor, que todo lo puede. Yo no he ido contra la verdad, como pretenden mis detractores, ni con engaños exploté, en mi provecho, la candidez de los ignorantes. La ciencia tiene razón en su diminuta esfera, la religión en la suya inmensa. Son dos mundos, sino antagónicos, por lo menos distintos y, hasta cierto punto, independientes. Las verdades científicas, indiscutibles a veces en el orden positivo y material no revuelven el pozo misterioso ni llegan al agua pura y viva del manantial infinito; nunca serán verdades religiosas, ni éstas se nutrirán de aquéllas, sino de la sustancia del mundo, que es ilusión y esperanza. En los primeros siglos de la era cristiana el fervor hacía posible lo imposible. Si ahora los hombres creyeran, verían y oirían lo que entonces vieron y oyeron. La materia, el egoísmo, el mal, Lucifer, en fin, parecía vencido; sus artimañas sutiles a nadie engañaban; las legiones infernales huían

despavoridas ante el signo de la cruz. En ella había expirado yo para resucitar luego, por obra y gracia del amor, en todos los corazones amantes y hacer de cada uno de ellos una fortaleza inexpugnable de la fe. He ahí mi verdadera y *carnal* resurrección. La ternísima María Magdalena no me vio ascender al cielo con los ojos del rostro, sino con los ojos del alma. Jamás me comprenderán quienes esto no comprendan. Mi resurrección fue *amorosa*, no corpórea; ésta hubiera sólo obrado en mí y concluido en mí; la otra se operó en todos los corazones que heredaron mi amor, y en cada corazón que nacía tornaba a resucitar yo pronunciando las mismas palabras: "Amaos los unos a los otros". A su mágico poder caían las barreras del odio y los hombres se entendían, aun hablando distinta lengua. Las virtudes suaves ganaban el influjo que perdían los apetitos violentos; la piedad vencía a la crueldad; el amor al odio, el desinterés al egoísmo; el espíritu a la materia. La purificación del mortal era cierta: las almas se despojaban de las groseras envolturas de lo terreno y vestían las cándidas túnicas de los serafines: el tránsito de lo imperfecto a lo perfecto o fusión de lo individual en el todo, se iba operando gradualmente. Pero ¡ay! el maligno se transformó en Mammón para vengar la derrota que mis santos y mis vírgenes les infligieron a los faunos y las bacantes de Dionisos. El heredero del dios de la viña tomó las seductoras apariencias del placer, de la riqueza, del triunfo, del amor, y exasperando la concupiscencia, el deseo de poder, el instinto de lujuria, rapiña y posesión, en suma, que anida en las almas como la serpiente del mal, despertó los desordenados apetitos de la carne pecadora; corrompió las conciencias, endureció los corazones, e hizo que los mortales

vivieran en continua y enconada lucha. Los puros, los nobles, los piadosos, los buenos, mal armados para las batallas de la crueldad, sucumbían, mientras los impíos, los viles triunfaban e iban enseñoreándose del mundo. Este se fue descristianizando. El noble amor que unía a las criaturas en el seno de Dios misericordioso, convirtióse presto en lazo interesado; las relaciones de los hombres se hicieron relaciones pecuniarias; las estructuras económicas dictaron las jerarquías sociales y las nacionales ideologías. El sacerdote, el asceta, el santo perdieron sus prestigios, dejaron de ejercer su benéfico influjo sobre las muchedumbres y las muchedumbres, sin guía espiritual, descarriadas y seducidas por las tentaciones de Mammón, cien veces más arteras que las del demonio mismo, sólo ambicionaron las riquezas, sólo creyeron en Mammón. Y naturalmente, le atribuyeron todas las virtudes y le vendieron el alma. Entonces, llevando las doctrinas de la legitimidad de los instintos voraces, hijos predilectos de los instintos invasores, a sus extremas y lógicas consecuencias, hubo un pueblo que negó la *ley humana*, la *grande esperanza* del mortal y se impuso por norma y sin ningún freno, producir para enriquecerse, enriquecerse para vencer, vencer para dominar, dominar para chuparle a los otros pueblos la sangre y los tuétanos. Y ese pueblo, en tal pie ya, se preparó metódicamente durante luengos años para la conquista y la explotación de las demás naciones. Faltando a las leyes del honor tendió las redes de su política tenebrosa por todas partes. Cada cónsul se hizo un espía, cada ministro un Judas, cada ciudadano un Caín. Sobornó, engañó, traicionó, y en cuanto supuso llegada la ocasión de satisfacer sus criminales ambiciones, rompió todos los pactos y no va-

ciló en provocar la guerra más espantosa de la historia. Y esa es la obra nefasta de Mammón. Yo lo acuso de haber envilecido el alma humana y corrompido los manantiales de la verdadera dicha; yo lo acuso de haber envenenado la existencia de los hombres y convertido a cada hombre en un enemigo mortal de los demás. La avaricia, el pecado anti-cristiano por excelencia, siempre produjo esos males, porque la avaricia es la discordia, el insano deseo de posesión, no de lo propio, sino de lo ajeno; no de lo *mío* sino de lo *tuyo*. Con harta razón dije: "No se puede amar al mismo tiempo a Dios y a Mammón". El reino de éste es la negación del espíritu, el triunfo de la materia, la victoria de Satán. Mammón ha destruido no sólo mis altares, sino los vuestros ¡oh, dioses! Nada queda en pie de los nobles y viejos cultos. En el comercio con la Naturaleza todo es explotación. En los templos las multitudes sólo adoran los símbolos de la fortuna y el poder. Las plegarias son actos interesados. El pan eucarístico no contiene mi cuerpo ni mi sangre, sino la sangre y la carne de Mammón. La hostia santa hase convertido en vil moneda. Nada tiene, pues, de extraño que los hombres, habiendo olvidado las leyes del amor y puesto en libertad, por otra parte, los bestiales instintos de dominio y crueldad, se despedacen ahora como lobos hambrientos, ¿qué otra cosa podía suceder? Si el mundo es el patrimonio de los que tienen el valor de apropiárselo; si la ambición de cada uno no tiene más límites que su poder y si hoy la base del poder es la riqueza, cae de su peso que enriquecerse por cualquier medio y aprisa es la tarea trascendente por excelencia. Y siendo así, nada tiene de extraordinario que los hombres vivan tendiéndose lazos mutuamente y cazándose sin piedad

para arrancarse los bienes, como antes cazaban a las fieras de los bosques para arrancarles la piel. La cultura es la organización del despojo mutuo, la explotación científica de los débiles y el asesinato legal. ¡Mammón! ¡Mammón! Tú has asesinado la libertad, la justicia y el amor.

Indignados los dioses prorrumpieron en insultos contra el hijo de Jasón, el cual los oía sin mover pestaña. Algunos hasta quisieron golpearlo. Dionisos, Irene, Pandora y también el Titán lo protegían con sus cuerpos. La asamblea olímpica se convirtió en alborotado mar. Como empujado por las olas el grupo en medio del cual estaba Mammón, ya avanzaba, ya retrocedía; ora era arrastrado hacia un lado, ora hacia otro, y cuando las fuerzas de los que empujaban y las que resistían se neutralizaban, el oprimido grupo permanecía sin retroceder ni avanzar, balanceándose como si estuviera sobre la cubierta de un navío en día de borrasca. De pronto la voz formidable de Zeus retumbó en el palacio azul y los dioses corridos de verguenza, como los colegiales sorprendidos en una travesura, tornaron a sus asientos sin chistar.

Mammón se colocó el monóculo en el ojo izquierdo; tiróse los puños de la camisa con despreocupado y elegante ademán; arreglóse la corbata y paseando una mirada desdeñosa por el auditorio dijo:

—Vano y pueril intento es ¡oh dioses! el querer intimidar con palabras y gestos arrogantes a quien lleva en la frente el signo luminoso de la voluntad olímpica y es en el mundo el depositario de ella. Yo no he hecho otra cosa que cumplir el mandato de los inmortales, vuestros mandatos. Ninguno de vosotros quería la resignación, el renunciamiento, la paz del no ser, porque eso es la muerte; sino la lucha, la

dominación. la guerra, porque eso es la vida. Cristo, tú mismo aseguraste que venías al mundo a traer guerra, no paz. Nadie me pedía misereres, sino cantos de combate e himnos de victoria. Mi acción no sólo fue benéfica, sino misericordiosa. Yo transporté la lucha de los campos de batalla al comercio, la industria y la finanza. Y así, ahorrando sangre y triplicando al mismo tiempo las energías humanas, conservé en el alma del efímero lo esencial. lo que constituye su fuerza y su nobleza: el gusto de la acción, el afán de dominio, el instinto de poseer, que una moral obtusa y sórdida, una moral de esclavos y mendigos, iba en camino de destruir torpemente. Lo repito, ninguno de vosotros quería la paz, sino la guerra. Entonces ¿a qué viene tanta palabra soez y tanto gesto destemplado? ¿Porque os serví bien? Jesús, siempre fuiste conmigo injusto y cruel. Me atribuyes gratuitamente todos los males y no menos gratuitamente te atribuyes todos los bienes. Sin embargo, mirando las cosas desde el punto de vista de la vida, y es de ahí que conviene mirarlas. tú eres el *espíritu que niega,* yo el espíritu que afirma. Irene y Pandora no tuvieron nunca amante más rendido ni más fiel servidor que yo. Y si lo dudas pregúntales quien de los dos ha interpretado mejor los deseos de ambas. Ellas, te contestarán que mi pan de vida es más nutritivo que el tuyo; que yo soy mejor maestro de ilusiones que tú lo fuiste y que mis praderas terrenales dan más suculentos y óptimos frutos que tus praderas celestes. Aquellas existen, se ven y se palpan; a las tuyas nadie las ha visto todavía. Su existencia es puramente espiritual, un mundo extranatura, como el de la conciencia y en el que acaso se realizará un día la justicia divina, como ahora en la conciencia la justicia humana;

pero ello no implica la negación del mundo material y sus virtudes supremas, porque de éste salen lo humano y lo divino. Es el carozo lo que da la pulpa y no la pulpa el carozo. La ley de la Naturaleza es el egoísmo y sus derivados: el interés, la crueldad, la dominación; si imperase sola destruiría al mundo; tu ley, la del amor y sus consecuencias lógicas: el desinterés, la piedad, el renunciamiento, sin atemperante llevaría el mundo al suicidio. Mi ley es la amalgama de las dos; la amalgama de la voluntad del universo y la voluntad de conciencia, que es la ley de Irene y Pandora. ¿Osarás maldecirlas? ¿Osarás anatematizarme ahora? ¿No comprendes aún por qué soy el más fiel servidor de la Vida?

Cristo reflexionó un instante: parecía aquilatar el grado de verdad de lo que afirmaba Mammón. Luego suspiró y dijo:

—¡La vida, la vida!... No dudo que seas, como afirmas, su más fiel servidor. ¿Pero acaso la vida es todo? ¿Acaso es siquiera lo esencialmente importante? Todas las religiones tuvieron barruntos de que sólo era un tránsito, un lugar desapasible y pasajero donde los peregrinos mudan de ropa, dejan la perecedera envoltura material para vestir otras envolturas más sutiles y luego otras y otras y seguir avanzando cuesta arriba, camino de la perfección hasta llegar a fundirse, de progreso en progreso y de claridad en claridad, con la sustancia divina. Alguien dijo que la muerte es el principio de la vida. Ya hemos visto como de cierto modo los materialistas también afirman ogaño lo que, sin prudencia, negaron antes: la inmortalidad, la vuelta de las almas a la patria celeste. La materia no muere, afirman, se transforma, y el alma, que ellos llaman la energía, tampoco perece, se trans-

figura y vuelve a los espacios infinitos de donde salió, que es lo mismo que decir, al seno de Dios. ¡Cuántas cosas va descubriendo la ciencia que las religiones afirmaron hace luengos siglos! Pronto tal vez acertará a descubrir el verdadero significado de la existencia humana y entonces posible es que los sabios no le den tanta importancia y hasta la desdeñen profundamente como mis monjes y mis ascetas. Por otra parte, Mammón, ¿llamas vida a la existencia infernal del mundo? ¿a la lucha y la matanza? ¿a la sordidez, el odio y la impiedad? ¡Tristes amos sirves, en verdad! ¡Ah, Mammón! el orgullo te ciega. ¿Cómo no ves que los apetitos que despiertas son los diabólicos acicates que incitan los hombres al mal?

—Para ser dichosos es necesario sufrir. Ya lo dijeron aquí Apolo y Dionisos: la armonía nace de la discordia, la paz de la guerra, el desinterés del egoísmo. Sin *contrarios* no habría progresos. El mundo hace buenamente lo que puede. Su existencia pecadora es más moral que lo sería si reinase, como monarca absoluto, el desinterés predicado por tí. Eso fue un atentado contra la vida y la vida, aunque tú aseguras lo contrario, es por excelencia la cosa respetable, la cosa sagrada. Cristo, si yo te juzgara con tanta severidad como tú a mí, te llamaría sin ambajes el Apóstol de la Muerte. Pero no, soy bastante filósofo; me precio de poseer una inteligencia abierta y comprensiva; en todo me atengo más al espíritu que a la letra y no olvido nunca las circunstancias de tiempo y lugar. Por eso, aunque enemigo tuyo, aprecio tu grande obra, o mejor dicho, aprecio la excelencia de tus intenciones; admiro tu bondad infinita y me postro de rodillas ante la religión del amor, de la cual, aunque te sorprenda, soy devoto ferviente. Pero

lo dicho no empece que rechace con todas mis fuerzas y combata por todos los medios las doctrinas del desinterés. Yo combato lo que se opone al triunfo de la Vida. Nada hay que le ponga más trabas que el desinterés. El desinterés es una mentirola, una paparrucha, un *cache misère*, la perla falsa de la moral, y, en conclusión, una cosa inmoral. ¿Para qué mentir?, ¿para qué engañarse? La inteligencia humana ha llegado a un grado tal de desarrollo, que no le permite reparar sus pérdidas orgánicas sin acudir a los poderosos reconstituyentes de las verdades positivas. Los cucos no la asustan. A todo trance quiere levantar con mano osada los velos de Isis. Y bien, digámosle la verdad; no existen actos desinteresados; el hombre es un egoísmo en acción y no puede jamás salirse del círculo mágico que trazan alrededor suyo los instintos, las pasiones, los apetitos y hasta la razón misma, la cual, como muy acertadamente lo dijo Apolo, es utilidad pura. El espíritu no obra menos interesadamente que la carne pecadora. Las austeras doctrinas que sacrificaron el egoísmo en los altares del bien supremo, remataron siempre en el supremo mal, que es la negación de la vida. Tú lo hiciste, Jesús, por tener los ojos sólo puestos en el cielo y tus verdaderos fieles como los monjes solitarios, los anacoretas de los desiertos, los ascetas de la Tebaida fueron más lejos que tú: no sólo desdeñaron los bienes materiales, las riquezas, el poder y declararon santa la pobreza, la haraganería y hasta el desaliño y la suciedad, sino que llenos de *resentimiento* e inducidos por la *mala conciencia* condenaron las formas nobles del vivir elegante y deleitoso y luego la vida misma. La salud, la fuerza, la gracia, la belleza parecieron sospechosas a los buhos del bien y los buhos del bien se aplicaron

fervorosamente a destruirlas. Todo se volvió tormento de la carne, tortura de los apetitos, suplicio de los sentidos, asco del cuerpo y horror de la existencia, como si el hombre y el mundo no fueran las obras máximas del Creador. La divisa de la Iglesia fue, en un principio, miseria y fealdad. Sería curioso recordar lo que dijeron sus doctores sobre la pureza y los extremos a que llegaron los estagiritas, penitentes y charlatanes de los primeros siglos cristianos, para honrarla y hacerla prevalecer. La salvación de las almas requería la destrucción de la vida y los buhos del bien pusieron la esperanza en la muerte. Yo puse la esperanza en la vida. De ahí nace, Cristo, nuestra acérrima enemistad. Los cargos que me haces son manifestaciones de la aversión que me tienes, no testimonios de un noble deseo de verdad y justicia. Tú me has juzgado siempre sin inteligencia y sin misericordia. Te lo repito: yo no soy el espíritu que niega, sino el espíritu que afirma. No, no niego ni negué nunca la conciencia, ni la ilusión humana, ni la *grande esperanza* del hombre, sino que, por el triunfo de ellas, trabajé junto a Apolo y junto a Dionisos, porque, al revés tuyo, encuentro sabrosos y me sustento y regalo con los frutos del árbol de la ciencia y los frutos del árbol de la Vida. Niego rotundamente que yo haya corrompido los manantiales de la verdadera dicha y envilecido el alma. Al contrario, purifiqué a aquellos limpiándolos de la *mala conciencia* y ennoblecí el alma haciendo revivir en ella, las energías celestes de que la voluntad del universo la había hecho depositaria. A voz en cuello protesto contra el crimen que me imputas de haber envenenado la existencia de los hombres y convertido a cada hombre en un enemigo mortal de los demás. Lejos de eso, devolviéndole

al efímero la alegría de vivir y el gusto de luchar y poseer, lo desintoxiqué de los venenos sutiles del renunciamiento, que lo llevaban al sepulcro, y le permití, por medio de las armonías económicas, que nacen del combate económico, realizar. en parte y sin emascular las voluntades. como lo hiciste tú para que entrasen en el reino de Dios. la suspirada concordia de esas voluntades, fatalmente en lucha.

Jesús replicó dulcemente:

—¿Me reprochas que haya querido libertar al alma de las cadenas de los apetitos y suprimir. entre otros males, los nefastos odios y las odiosas pugnas que aquellos engendran entre los hombres? ¿Me echas en cara el noble propósito de sustituir la crueldad por el amor, la injusticia por la equidad, el pecado por la virtud, el mal por el bien? ¿En verdad te digo que tienes ojos y no ves, orejas y no oyes? Sólo una cosa es esencial en el hombre para que deje de ser bestia y sea hombre; el triunfo de la razón sobre el instinto. la salvación del alma. el reino de la conciencia. Esta es el fruto maravilloso del universo y la economía entera de la planta tiene por exclusivo fin ese fruto. Para lograrlo absorben las raíces los jugos de la tierra y las hojas los elementos vitales del aire. Toda esta máquina prodigiosa de los cielos y esta variedad infinita de la Naturaleza: todo este movimiento y vida de lo creado: todo este esfuerzo colosal del cosmos entero va encaminado a producir aquel fruto. Por él lucharon los dioses contra los Titanes; por él Apolo persiguió a los monstruos de las tinieblas, por él Prometeo gime encadenado en la roca, por él expiro yo en la cruz. Bueno es reconocerlo: la ley de la Naturaleza es fuerza; la ley del hombre es justicia; aquella es verdad real y triunfa en el universo entero;

ésta es verdad moral y reina sólo en el mundo infinitamente pequeño, pero también infinitamente elástico de la conciencia. Y lo más prodigioso es que este mundo, hecho con las sutiles mallas de la esperanza, va en camino de absorber y diluir en su diminuto seno al cosmos inconmensurable... El reino de Dios, si no existía, se va formando. Irene y Pandora a él se encaminan; están de mi parte, no de la tuya: Irene transforma la guerra en paz, Pandora los males en esperanza. Créeme, Mammón, lo importante, lo esencial es que triunfe el espíritu sobre la materia; que la chispa divina anime la estatueta de barro antes que se seque, raje y caiga en pedazos. Lo demás es superfluo, contingente, deleznable. El que se regala pulcramente con un sabroso melocotón, tira la cáscara y come la pulpa; el que busca oro en la generosa arena que lo contiene la lava, la filtra y se lleva el oro y deja la arena; el que cosecha trigo, arroja la paja y guarda el grano.

—¿Y crees tú, Jesús, que el cuerpo es cáscara, los instintos y las pasiones arena, los intereses paja? Ese profundo error, que fue el error de una época ignorante y cándida, te indujo a levantar la Iglesia sobre la arena movediza del desinterés absoluto. La arquitectura ostenta ufana el misterioso atractivo de lo paradojal; las pupilas ojivales reflejaban los cielos; las flechas góticas atraviesan los corazones y se pierden en las nubes. Pero los cimientos de la fábrica carecen de solidez y los muros se rajan por todas partes. Yo levanté mis templos sobre la *roca dura*. La roca dura del alma es la absoluta utilidad. A cada nuevo terremoto del saber, los edificios levantados sobre la arena caen por tierra; los que se elevan sobre la *roca dura* permanecen firmes y derechos. Mientras tus iglesias

se derrumban mis templos van cubriendo literalmente el planeta del uno al otro polo. Cada casa es un santuario, cada alma un altar, cada espíritu un sacerdote. Y es lógico: tú ofreces el pan del dolor y la muerte; yo el pan del goce y de la vida. Este pan es el alimento de la voluntad y la voluntad la esencia divina del alma. No te extrañe, pues, que en las iglesias las multitudes adoren los símbolos de la fortuna y el poder, ni te admire si las plegarias son actos interesados, ni te indignes si el pan eucarístico, al entrar en el cuerpo del creyente, se convierta en alimento. No podía ser de otro modo. Tu hostia contiene tu sangre y tu carne; la mía, la moneda y la sangre del mundo, la carne y la sangre del universo, la carne y la sangre de todos los dioses.

—¡Cómo blasfemas, Mammón! Siempre fuiste el mismo. Por tu boca habla el demonio. Eres Judas, eres Caín, eres el Angel protervo.

Mammón rugó el ceño y lentamente, como pesando las palabras, arguyó:

—Lucifer, castigado por un crimen semejante al de Prometeo, ¿no es acaso el más bello y poderoso de los arcángeles?... Su inquietud, actividad y orgullosa independencia siempre me fueron simpáticas. Son raros los ángeles trabajadores y por ello lo tengo en grande estima. Andando el tiempo se le considerará como el noble émulo del Titán. Antiguos teósofos daban a entender que, sin Satán, el mundo moriría de inanición, porque no habría esfuerzo, ni entusiasmo, ni ansia de saber. Algunos magos le atribuían una misión divina. Y seguramente la tiene. Recuerda, Cristo, que tu sangre es recogida gota a gota en el vaso hecho con la piedra fulgurante que se desprendió de la diadema del Rebelde cuando, precipitado del cielo,

cayó a la tierra. Ese vaso se llenará y entonces el alma desbordará de amor. El Protervo representa la corriente del *saber* y el *comprender*, tú la del *creer* y el *amar*, que, según afirmaste, se alcanzarán y juntarán un día como se alcanzan y juntan en la ciencia cabalística la cabeza y la cola de la serpiente para dar margen al símbolo de lo infinito. No me ofendes, pues, Jesús, cuando dices que soy el Angel protervo. Pero te observaré que también podría llamarme el Hijo del hombre; también el Salvador.

—¡Qué sacrilegio! ¡Tú, el banquero del mal, el Hijo del hombre!; ¡tú, que corrompes cuanto tocas, el Salvador!...

—Soy el Hijo del hombre porque nací de la apasionada cópula de la blonda Demeter y el héroe Jasón sobre el lecho nupcial de un campo tres veces labrado, pero el padre que me dio la leyenda, cuando Irene dejó de llevarme en sus brazos y descendí del Olimpo a la tierra, no era un personaje real, simbolizaba sólo el trabajo de Prometeo. Soy el salvador porque liberto a las criaturas de los grilletes de la miseria y del dolor; les ofrezco no fementidos paraísos, sino bienes reales, y llevo a todos los ánimos la fortaleza y la esperanza. Yo le doy de beber al sediento, a todos los sedientos; de comer al famélico, a todos los famélicos; le vuelvo el habla a los mudos, el andar a los paralíticos, la vista a los ciegos y resucito las almas muertas que andan por el mundo sin creencias, sin finalidad, sin resorte propulsor, porque resucitarlas es introducir en ellas el apetito violento de poseer y dominar, la fiebre de la acción fecunda, el ansia loca de vivir. Observa, Jesús, que soy el gran excitador y organizador de las energías humanas, y que las virtudes sociales que el mundo necesita se forman y acicalan

en mis talleres. No olvides que por cada criatura que tú libras del mal, yo libro cien mil, y que mis milagros se ven y no son menos portentosos que los tuyos. Donde pongo el pie nacen vergeles encantados, se levantan ciudades fabulosas y brotan de la sórdida tierra y de la *roca dura* tesoros inauditos.

—No pecas de modesto —observó sonriendo Apolo.

—En efecto, entre mis vicios no cuento la modestia —replicó al punto Mammón, y arrojando el puro que hasta entonces había conservado revolviendo entre dientes mientras hablaba, exclamó: —Escúchenme los dioses con calma y luego juzguen tan severamente como quieran. Oyeme, Jesús, sin prevenciones y verás como tu obra y la mía, aunque en apariencias antagónicas, como la de Apolo y Dionisos, concurren al mismo fin.

Entornó los ojos, reconcentróse algunos instantes y luego prosiguió:

—El hombre, digan lo que digan, no es un animal metafísico, sino un animal económico. Antes que pensar le fue necesario comer. Sus finanzas empezaron en el vientre de la madre. Buscar el lado útil de las cosas, es decir, valorarlas según el grado de utilidad que le reportaban, fue la primera y más grave preocupación del salvaje y el duro troquel donde su inteligencia se modeló. Bien dijo Apolo cuando afirmó que la inteligencia era utilidad pura. Para satisfacer los preciosos instintos de posesión, que habían de darle un día el dominio del mundo y le darán acaso mañana el dominio del universo, tuvo el hombre que acumular fuerzas, que armarse y estimular las aptitudes combativas capaces de asegurarle el triunfo. Así formó la riqueza, el poder y la virtud de cada época; así las morales,

las religiones y los códigos destinados a defender y acrecentar en un momento preciso el patrimonio de la tribu, del pueblo, de la nación y luego el acervo común de la humanidad, porque urge declararlo, las religiones, las morales, los códigos, son lo que los vestidos a las estaciones, no tienen nada de inmutables, absolutos, ni eternos; cambian a compás de las necesidades y priman en razón directa de su humana utilización. Y la valoración de las cosas trajo, como rigurosa consecuencia, las pautas y normas del Bien y el Mal, las jerarquías de las capacidades y el precio de las aptitudes. Que éstas se vendan y se compren no es una desdicha sino una gran suerte, porque eso le da a la conducta un valor específico que antes no tenía. Lo bueno no sólo fue lo conveniente a la vida, sino también a la ilusión del hombre, porque Irene y Pandora, en vista únicamente de sus misteriosos designios, son las que disciplinan las energías del mortal. Yo, comprendiéndolo, me apliqué a servirlas. Me precio de ser el *cavalier servant* de ambas. Los que estúpidamente me tachan de materialote y bajuno, debían meditarlo. Si acumulo tesoros para depositarlos a los pies de Irene, creo esperanzas para ponerlas a los pies de Pandora. Por eso soy a una el más utilitario y el más idealista de todos los dioses. De ahí mi fuerza y mi grandeza. Los materialistas y bajunos son los que no perciben en la riqueza la sustancia y la condición de la libertad. Para vencer definitivamente a las fuerzas oscuras necesitan Irene y Pandora extraer todo el carbón de las entrañas de la tierra, todas las perlas del fondo del mar, todas las energías del corazón del hombre. Entonces los hombres se verán libres de la miseria y del dolor: siendo libres serán poderosos; siendo poderosos serán hermanos, siendo

hermanos serán puros y reinarán la libertad, la justicia y el amor. Tú Jesús, creíste que a eso se llegaría destruyendo, el egoísmo, los instintos acaparadores, los intereses, las riquezas, la vida en fin, y bien no: al contrario, es exaltando hasta el paroxismo las potencias que la vida en sí atesora que un día el espíritu dominará a la materia. Y estimular la vida es estimular la riqueza, porque todo lo que el hombre obra, piensa y sueña a aquélla va a parar por caminos invisibles e ignorados, pero ciertos. Bien considerada no es sino la acumulación de las energías y las ilusiones vitales del pasado y del presente, por la cual lleva en las áureas entrañas las posibilidades del porvenir. El oro es la semilla de la voluntad. No puede darse cosa más espiritual, cosa más rica en contenido ético. Los que no perciben en el símbolo de mi poder la sal del mundo, la esencia del sol, lo divino, el trasunto, en fin, de las fuerzas cósmicas convertidas en fuerza social, tienen ojos y no ven: los que no oyen en el sonido del precioso metal cantos de vida, himnos de victoria y armonías celestes, tienen oídos y no oyen; los que no pueden seguirlo en sus maravillosas transformaciones, transformaciones que van transfigurando el mundo, tienen piernas y no andan; los que no aciertan a cogerlo y exprimir sus jugos divinos, tienen manos y no agarran.

—Entonces lo fundamental, según tú, —observó Jesús— es lo que la sabiduría de todos los pueblos condenó siempre por bajo y torpe; la avaricia, la acumulación de riquezas o, lo que es idéntico, la acumulación de egoísmo?

—Justo, —contestó Mammón— porque sólo las riquezas harán bastante poderoso al hombre para vencer a los monstruos de la oscuridad.

—Craso error, —replicó Cristo,— no es poseyendo, sino poseyéndose que los mortales serán libres y fuertes. Para apoderarse del mundo es más eficaz la posesión de sí mismo que la posesión de las cosas. La criatura humana nada puede poseer realmente, si no se posee primero, porque sólo esta posesión le permite penetrar y hacer suya el alma de lo poseído, sin lo cual la propiedad es sólo una apariencia vana, el adueñamiento irrisorio de un cuerpo sin vida. ¿De qué le sirve al potentado ignorante ser dueño del cuadro cuya belleza se entrega únicamente a quien la comprende y admira? En realidad el cuadro es de quien lo goza, no de quien lo posee. La riqueza misma es materia inerte y sólo capaz de adquirir cosas inertes, si no la anima y le comunica su poder de encantamiento la riqueza interior. Sin ésta, las otras riquezas, por fastuosas que sean, son bien pobres tesoros, y con ella los más grandes tesoros resultan superfluos. Luego lo esencial y práctico sería enriquecer la conciencia.

Mammón parecía dudar, luego de algunos instantes de reflexión dijo:

—Tienes de cierta manera razón en lo que atañe al individuo, pero no en lo concerniente a la sociedad, que es lo que a mí me interesa. Socialmente la conciencia es la sombra espiritual de la riqueza. Son cosas que van paralelas. Acumulando riquezas se establecen, en gran parte entre los hombres, los valores morales que enriquecen la conciencia. Mas lo primero es lo primero. El cuerpo puede no proyectar sombra, pero la sombra no existe sin el cuerpo.

—¿Y para acumular riquezas y vencer a los monstruos de las tinieblas empiezas por darles libertad y

azuzarlos contra la virtud? ¡Singular camino de perfección el tuyo!

—De los gusanos salen las mariposas —contestó Mammón sonriendo.— Es necesario, para hacer posible el reino de la conciencia, que Pandora termine su misión divina; es preciso que acabe de convertir las desencantadas realidades en ilusiones vitales, los males en esperanzas.

—Largo es tu camino, Mammón, y lleno de espinas, —replicó Cristo.— Yo elegí el más recto y limpio. Para salvar el alma; para extraer el oro verdadero, el oro del espíritu, de la sucia ganga que lo aprisiona, condené lo deleznable, lo perecedero, lo impuro y dije: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas os serán añadidas". Y el alma, como aligerada de peso inútil, se remontó muy alto.

—¡Pero a costa de qué sacrificios!... —replicó Mammón vivamente.— Después de ese aletazo vino la parálisis del renunciamiento, la muerte en vida de la Edad Media. Si la fiebre del alma subió a cuarenta y tres grados, el valor de la existencia bajó a cero. El estado monástico a que tú aspirabas y en el que sólo podían realizarse tus doctrinas, era un *estado de sepultura,* una actitud para morir, la actitud que convenía a la espera ansiosa del anunciado fin del mundo. El ideal cristiano perfecto, una sociedad de pobres y santos, no podía cristalizar en formas vivientes y no cristalizó, sino de un modo pasajero y parcial. La primera en apartarse de él y adaptar humildemente la fe a la vida, fue la Iglesia; predicó el amor, el renunciamiento y la piedad y se consolidó, como todas las cosas del pícaro mundo, por el egoísmo, la conquista y la crueldad. Los bienes escarnecidos por tí, Jesús,

constituyeron la más grande preocupación de tus vicarios, tanto más gloriosos cuanto más dominadores y cupidos. La Iglesia para sustentarse y vivir, tuvo que traficar y guerrear. Los condotieres la servían mejor que los santos. Los corderos se convirtieron en lobos, los pastores en señores de horca y cuchillo, los monasterios en fortalezas, los esposos de la pobreza y la virtud como los Templarios de simbólicas vestes blancas, en banqueros y en bandidos. Por la historia de los Papas discurren harto a menudo los Calígulas, Nerones, Heliogábalos y Maquiavelos. Tú fuiste ajeno a sus prevaricaciones y crímenes y no ignoro que a pesar del feudalismo, las costumbres licenciosas y el caos que sombreó las almas en los siglos medios, hubieron muchas órdenes religiosas y monjes y cenobitas de una pureza ejemplar y un desinterés absoluto. Pero no se me oculta tampoco, Jesús, que si esos intérpretes fieles de tus doctrinas hubieran tenido a su custodia el tesoro de San Pedro, la Iglesia habría sido vencida y arruinada por falta de *gravitación sobre sí*, aunque a decir verdad, ésta es tan poderosa que seguramente hubiera hecho de los ascetas administradores y guerreros, como hizo con Gregorio VII, que llegó a Roma con la cabeza desnuda y descalzo y fue luego uno de los Papas más ávidos y batalladores, —lo cual no le impidió, por otra parte, ser también uno de los más austeros. Y tú mismo, Jesús, no lograste escapar a la ley terrena. Cuando incitabas a colocar los capitales en el cielo porque allí daban mejores frutos, creías dirigirte al desinterés y sólo hacías llamado al egoísmo del hombre. El reverso del desinterés es siempre el mismo.

—¿Quiere decir entonces —exclamó Jesús con lágrimas en los ojos y sollozos en la garganta— que la

crueldad de los malos, las violencias de los más bestiales y el egoísmo de los más ruines son y serán las condiciones necesarias de la vida y la perfección de los hombres? ¿Pero no ves, Mammón, que pregonas lo irracional, lo inhumano, lo inconsciente, y que por ese despeñadero el hombre iría a parar a los lóbregos abismos de la barbarie primitiva? ¿Existe o no existe una impertérrita progresión que va de la materia inerte a la materia organizada y luego del insecto al hombre y que en el hombre se transforma en luz? ¿Es evidente o no es evidente la tendencia de la vida a convertirse en espíritu? ¿Es cierta o no es cierta la aspiración del mundo hacia la libertad? Y si es así, ¿para qué ponerle delante las cortapisas y trabas del egoísmo y la crueldad?

—Son... las raíces de la planta, y sin arrancarlas de la tierra donde se hunden, saben los arboristas avisados aumentar los frutos y hacerlos cada vez más hermosos, tiernos y dulces. Hagamos sabios injertos; podemos las ramas como sea menester: abonemos la tierra de mil modos, pero no toquemos las raíces. La sociedad de pobres y santos, de hombres sin intereses, de hombres sin raíces, fue una paradoja. Piensa, Jesús, en lo que sería la nación, el pueblo o el hombre que practicase al pie de la letra el ideal cristiano; infaliblemente remataría en el suicidio. Por eso te dije que, juzgándote con severidad y sin tener en cuenta tus propósitos de purificación, podría llamarte el Apóstol de la muerte.

Con resignada tristeza Cristo replicó:

—Lo soy, en efecto, si se entiende por muerte la vida espiritual — y reanimándose continuó. — Pero si ésta es purificación, libertad, resurrección, retorno del alma a su patria celeste, perfección, en fin, sería, como

lo creo y mil hechos lo prueban, el profeta de la verdadera vida.

—A fin de llegar a esa perfección del mortal en que todos los dioses colaboramos de una o de otra manera —aseguró Mammón— lo primero para aquel es vivir y vivir intensamente. Ya he explicado cómo la lucha por la dominación, que abarca también la lucha por la existencia, lo comprende todo y entraña todas las potencias, todas las perfecciones, todas las virtudes. Yo no quiero que haya hombres libres y hombres esclavos, sino sólo libres; yo no quiero que haya pobres y ricos, sino sólo ricos; no fuertes y débiles, sino sólo fuertes; no buenos y malos, sino sólo buenos. Yo no quiero que el Titán viva llorando, sino riendo y que riendo llegue a libertarse de todas las cadenas; yo no quiero que el efímero aniquile su cuerpo con el ayuno y la penitencia, sino que lo robustezca con el néctar y la ambrosía de los dioses. El árbol más sano y vigoroso da los mejores frutos. La conciencia es una carga sobrado pesada para que llevarla pueda gozosamente un cuerpo débil. Despojarlo, so pretexto de perfección, de sus energías vitales, es aniquilarlo. Lo prudente es encauzarlas y dirigirlas hacia la *grande esperanza*. Tú empleas para ello el narcótico del desinterés, que es muerte, yo el estimulante del egoísmo, que es vida; tú la disciplina de la oración, que es éxtasis; yo la disciplina del trabajo, que es acción. Me parece más eficaz para robustecer las virtudes activas que las sociedades reclaman actualmente. Aunque nadie lo reconozca aún y me tachen frecuentemente de corruptor, yo soy un pedagogo y un austero moralista. Las aptitudes que formo son el producto del afinamiento de las más conspicuas potencias humanas; los deseos que provoco estimulan y dan pie a las in-

venciones del mortal; las energías que desarrollo y educo le permiten al efímero luchar con la Naturaleza y vencerla. ¿Te parece poco?

—Es cierto y me parece mucho, pero no es menos cierto que los deseos, las energías y las aptitudes de que hablas se convierten, a la postre, en odio y guerra entre los mortales.

—Odios y guerras fecundas, que terminarán un día entre las naciones como entre los hombres de una misma patria, en amor y paz... sin destruir por eso la combatividad intrínseca y necesaria del individuo que, lo repito, es algo así como la raíz del ser. Los trabajadores, los gremios, las clases sociales luchan entre sí, pero el substratum último de esas luchas es la riqueza, el poderío y el progreso de la nación, cuando las clases, los gremios y los trabajadores comprenden las estrechas relaciones que existen entre sus intereses y el interés común. Estas relaciones de los intereses no resultan tan concordes ni estrechas entre los Estados y la humanidad. Las morales nacionales son más egoístas, vale decir, más naturales y por lo tanto, más *inhumanas* que las morales del individuo Lo primordial en aquéllas es el interés inmediato de la nación. La verdad, la justicia, el bien general no aprovechan a la vida de la nación en el concierto del mundo, como a la vida del individuo en el concierto de la patria. El egoísmo nacional no ha llegado todavía a su perfecta madurez; no ha llegado a convertirse en egoísmo humano en el mismo grado que el egoísmo individual en egoísmo nacional. La conveniencia de la primera conversión no se ve clara nunca; generalmente los intereses humanos parecen enemigos mortales de los intereses nacionales y acontece en casos de guerra, por ejemplo. que los individuos, como si reco-

nocieran implícitamente aquella enemistad, se despojan de la moral de hombres y visten el uniforme de la moral ciudadana, que les permite, sin mengua, cometer atropellos y desmanes y perpetrar robos y crímenes, útiles para la conservación o el acrecentamiento de la patria, pero condenados, al menos teóricamente, por la otra moral, en cuya composición entran más elementos desinteresados, es decir, que interesan a todos y que por tal razón dictan las pautas de la acción *humana*. Hacer visible y multiplicar los intereses entre los Estados es la mejor manera de combatir el espíritu de conquista y usurpación militar. Yo no sólo no favorezco las tendencias belicosas, sino siempre fui acérrimo enemigo de ellas. Donde quiera que establecí mis talleres y mis usinas las guerras homicidas fueron expulsadas del interior al exterior de las naciones y en el exterior mismo se hicieron raras o desaparecieron. El tráfico suprime las fronteras, une a los pueblos y establece entre ellos una lengua común. Créeme, Jesús, la concordia humana no la traerán el amor y el desinterés, sino los intereses, los cuales, por su propio dinamismo y naturaleza simpática, se convertirán de individuales en nacionales, de nacionales en mundiales, de mundiales en humanos o universales. Y ya van muy avanzados por ese camino. El hombre o la nación que no lo echa de ver retrograda; rompe el pacto social, la afinidad oculta o visible, la correlación pública o secreta que existe entre el interés propio y el común y obra contra sus intereses particulares, que son una parte integrante del interés general. Es un crimen que se paga caro. Germania lo ha cometido, Germania lo purgará.

—¿Pero no fue el afán de posesión y dominio prescripto dogmáticamente por tí lo que la indujo a co-

meter los desmanes que ahora censuras y condenas? —objetó Jesús.— ¿En qué otra cosa podrían haber rematado y era lógico que rematasen las despiadadas doctrinas de la fuerza y el interés? ¿El Oro, no es el heredero legítimo de la fuerza? Y si, con ésta, no reconoce más límites que su poder, ¿qué pueden importarle los pactos sociales?

—Los pactos sociales, aunque engañosas apariencias lo disimulen, son inspirados siempre por los intereses, —respondió Mammón.— El afán de posesión y dominio, nervio del ser y origen de la actividad humana, tiene por límites las fronteras del bien general. Germania, inducida por el espíritu de conquista y usurpación, ilegítimo e inactual, las violó. No fueron sus mercaderes los que prepararon en las escuelas y los cuarteles aquel espíritu, sino sus profesores de idealismo. El desarrollo portentoso del comercio, la industria y la finanza alemanas, constituye el esfuerzo noble y fecundo del germano. Si los hombres de números hubieran tenido intervención directa e influjo eficaz en la política alemana, no habría estallado la guerra, por la simple razón de que no convenía a los intereses alemanes que estallase, y por consiguiente, debía parecerles inmoral, es decir, perjudicial a los hombres prácticos, a quienes la vida enseña diariamente que el *interés bien entendido y la moral son la misma cosa.* Como no se concibe siquiera que exista una moral cuyo fin sea la desdicha del hombre, tampoco es posible concebir un interés que no entrañe de alguna manera el bien de aquél. Si los pequeños sacrificios que la sociedad le impone al individuo en cambio de todo lo que le da, no le reportase al individuo grandes ventajas los rechazaría de plano. Por otra parte, lo que llaman los moralistas actos desinteresados, son

los que se llevan a término en virtud de un *interés superior*, de un interés interesado en grado superlativo. La absurda dualidad entre el bien y el interés que tú, Jesús, llevado de un divino afán de perfección estableciste, da pábulos a las mentiras de la civilización, fecundas en contradicciones, conflictos y males. Esa dualidad hace, por modos varios, que los hombres se engañen mutuamente, que los pueblos se mientan entre sí y que todo el mundo se traicione, ya que todo el mundo afecta el desinterés, siendo puro egoísmo: muestra una cara y tiene otra. Las morales desinteresadas son las torres de Babel que trajeron la confusión de las lenguas. Nadie se entiende; nadie sabe a ciencia cierta lo que quieren los demás ni lo que quiere él mismo. Pero si hablase el interés sin máscaras ni afeites, todos se comprenderían y todos los valores morales entrarían en sus quicios. Y sería un gran bien. Yo, como tú, le digo al mortal: "Ama a tu prójimo como a tí mismo", pero añado, "es lo más inteligente y útil que puedes hacer". Si el mundo no ha caído en furiosa demencia, a pesar de las doctrinas que convirtieron al hombre en irreconciliable enemigo de sí mismo enseñándole que su mal era su bien, fue porque el hombre, en lo esencial, siempre obró interesadamente. Yo soy sincero, soy verídico, no quiero que la moral tenga por fundamento, la mentira. Cuando intervengo en el juego de la vida caen las caretas, las cosas toman su fisonomía propia y acaban las farsas ridículas. ¿No es grotesco y por añadidura malsano que el instinto de dominio lleve la máscara del amor?; ¿el afán de poseer el antifaz del renunciamiento? ¿Para qué usar de engañifas que, en el fondo, a nadie engañan, pero que perpetúan el equívoco sobre el cual se cimentan las relaciones humanas?

Tengamos el valor de declarar la verdad. El alma es pura utilidad y la moneda alma pura. El hombre es un egoísmo andante que tiene por Dulcinea la Justicia. Aun entre padres e hijos y entre hermanos, impera la ley universal de la gravitación sobre sí. ¿Habéis considerado alguna vez ¡oh dioses! el grupo escultórico de Clodión que lleva por título *La Familia?* Un fauno está sentado y tiene sobre las rodillas cierto canasto rebozante de garrafales uvas; una ninfa parada junto a él, le pasa el brazo por el cuello; un robusto infante, fruto amoroso del fauno y de la ninfa, se tiene cerca del provecto pobre. En la serena y eterna inmovilidad de aquel grupo delicioso, se desarrolla una escena viva y apasionada, aunque estática y muda: el fauno mira a la ninfa, la ninfa mira al niño, el niño mira las uvas. Mejor que *La Familia* podría titularse ese grupo: *Chacun sa vie.*

—¿Y no sería mejor que los tres se mirasen amorosamente? —insinuó Cristo.

—Sí, —respondió Mammón sin titubear,— pero para ello sería necesario que cada uno viese reflejar su imagen en los ojos de los otros... En vista de tal armonía he bregado siempre. Yo no busqué nunca el interés mezquino, sino el interés generoso; no el egoísmo pequeño, sino el grande egoísmo, no el bien propio, sino el bien común. Yo siempre serví la expansión de la vida y sirviéndola serví secretamente tu ley de amor, Jesús. Si lo consideras despacio y sin los prejuicios con que siempre me juzgaste, comprenderás que ningún dios abonó tanto en tus intenciones como aquél a quien tú creíste más enemigo.

—Y bien, Mammón —concluyó Cristo con grave acento— yo te digo que si tu interés se resuelve al fin en generosidad, tu egoísmo en altruísmo y tu bien en

bien general, bendito será tu interés, tu egoísmo y tu bien. ¿Pero quién me asegura que dices la verdad? Tienes fama de embaucador.

—Yo valgo más que mi reputación. La mala fama se lo debo a esa carnavalesca estirpe de falsos idealistas y mentecatos del espíritu que, a pesar de sus líricas actitudes, quieren vivir a costillas del prójimo y no pueden perdonarme que les descubra el juego y muestre a los otros la falsía y la perversidad simplotas y así como de buena fe con que se engañan y engañan a las gentes. Desconfía de ellos; ellos son los mentirosos, los sórdidos y los trapalones. Juzga por tí mismo. Contempla desde estas alturas el microscópico mundo perdido en la inmensidad, confundido entre millones de astros y perceptible sólo por la resplandeciente aureola con que lo rodea la ambición infinita del mortal. Sin esa ambición, que yo formé exclusivamente, ¿qué sería del miserable globo? Ella provoca por mil artes y en formas distintas y múltiples la afiebrada animación, el constante anhelar, el apasionado ajetreo que demanda la laboriosa fabricación y luego la circulación de los productos. ¡Cosa maravillosa la riqueza! Es como la generosa savia que lleva la vida a toda la planta y va reventando en hojas, en flores, en frutos. Y adonde la savia no llega las ramas se secan. A medida que el efímero acumulaba bienes, iba venciendo a la fatalidad y haciéndose cada vez más poderoso, más libre, más humano. Sólo los pueblos ricos pueden permitirse el lujo de una conciencia. La riqueza es necesaria a la libertad, a la justicia y al amor. Mira aquella tribu de negros salvajes que se multiplican en uno de los lugares más feraces de la tierra. Los desdichados no saben qué hacer de los dones con que los colma la pródiga naturaleza. Esta los

alimenta y los esclaviza también. porque el oro no ha hecho todavía al hombre bastante poderoso para vencerla y explotarla. El frío los hiela, el calor los quema, la lluvia los ahoga, la seca los mata. Y como no producen ni cambian sus productos, permanecen extraños e indiferentes los unos a la suerte de los otros. He ahí el grande mal. Los intereses particulares, que no existen. no los hace solidarios ni crean los intereses generales; los egoísmos son demasiado débiles para penetrarse mutuamente y convertirse en altruísmo; la lucha económica no es bastante intensa para transformarse en alianza y amor. Pero así que circula la riqueza mil lazos invisibles y misteriosos atan a los hombres entre sí. La arañita económica, dejando tras de ella los hilitos de oro y de plata, va y viene sin darse punto de reposo en tejer la red de las relaciones pecuniarias y ligar las bolsas y las almas hasta que todos los hombres de un modo o de otro, quieras que no, a sabiendas o sin saberlo, quedan prisioneros y concertados en la telaraña prodigiosa. El más pequeño movimiento de uno hace temblar toda la red, toda la comunidad. Cuando los hombres lo sienten o lo saben brilla el sol del espíritu y del amor. Como Apolo, como Dionisos, como tú, Jesús, yo también fui un dios taumaturgo, un maestro en fantasmagorías, un profesor de idealismo. La excelsitud de mi obra no consiste tanto en los apetitos que satisfago y los progresos que determino, cuanto en los deseos insaciables que provoco: éstos robustecen y afinan las facultades del mortal. Ni una sola permanece inactiva; en mis gimnasios se educan todas. Yo mantengo las voluntades tendidas como la cuerda del arco al disparar la flecha. Ningún dios tuvo en más alto grado que yo, el arte supremo de hacerles dar a los efímeros cuanto

eran capaces de dar. El oro como estimulante de la actividad humana, no tiene rival, y esto acontece no sólo por razones sicológicas, sino por razones metafísicas, porque es en las sociedades el depositario de la voluntad de dominación imperante en el universo entero y al mismo tiempo el fiel ejecutor de la voluntad de conciencia. De ahí que la moneda sea virtud pura y pura ilusión vital. Cierto chusco dijo: "Un hombre sin dinero es un muerto que camina"; yo te digo, Jesús, que un hombre sin deseo de poseer es un muerto que no camina. Yo quiero que los mortales caminen y vibren por igual. Sólo la riqueza hará a los hombres libres y justos. Y cuando haya convertido la riqueza en libertad y justicia me retiraré al Olimpo. Entonces tomarán el gobierno del mundo la severa Palas y la voluptuosa Afrodita. Pero aún no he concluido mi tarea, aún estoy empeñado en la acumulación individual, que es asunto de los más enérgicos y aptos. El día que el resto de los hombres haya adquirido las virtudes sociales de aquéllos, vendrá la producción y la repartición colectivas y desaparecerán las luchas de clases y con ellas muchas prerrogativas e injusticias, hoy por hoy, necesarias. Mas ello no implicará la abolición de la propiedad privada, ni de las excelencias sociales. Al contrario, ambas cobrarán más extensión; todos serán propietarios y todos aristócratas, cada cual en lo suyo y a su manera. Nadie se revela contra la superioridad indiscutible y amable de los grandes hombres; débiles y poderosos la acatan y le rinden pleito homenaje; idéntica cosa pasará con la propiedad, cuando sea motivo de provecho y orgullo para todos. Las pretensiones integralmente igualitarias, o sea el imperialismo democrático de los humildes que hoy, por falta de inteligencia y ecuanimidad,

origina los crímenes, infamias y abominaciones del maximalismo ruso, es legítimo como posibilidad futura, pero sólo será viable y provechoso cuando quede definitivamente establecido por la norma de la utilidad, no por el privilegio aristocrático o el capricho demagogo, el valor social y luego el derecho de los individuos. Este valor es muy distinta cosa del valor productivo, que sólo quieren tener en cuenta y aquilatar ciertos sociólogos para la apreciación equitativa del esfuerzo humano, y sin oprimir al débil ni debilitar al fuerte, ni poner el sabio al diapasón del necio, permitirá que se desarrollen dentro las sociedades, en lugar de las superioridades arbitrarias, a todas luces superfluas, las superioridades de hecho, a todas luces indispensables para la suspirada evolución de la humanidad hacia la libertad, la justicia y el amor. Pero mientras la capacidad intrínseca de las masas no provoque por la propia excelsitud el establecimiento de las nuevas jerarquías que ambiciona el proletariado, las agitaciones revolucionarias de éste rematarán fatalmente en sandez y locura. Pasadas las crisis epilépticas tornarán a regir las viejas gradaciones determinadas por la fuerza de las cosas y consagrada por la experiencia de los siglos. Sólo es viable lo que nace y crece en las entrañas impuras, pero fecundas de la utilidad. Las sociedades son realidades históricas, no entidades lógicas, y nunca las modela el capricho sino la necesidad. Examinad ¡oh, dioses! los intrincados conflictos del mundo: terminada la guerra con la derrota del ideal bárbaro y triunfo del ideal humano, queda en pie y encendida la lucha colosal de los intereses y ambiciones correspondientes al nuevo estado de cosas que dictan la baja de los valores imperialistas y la suba de los valores democráticos o, mejor dicho,

las nuevas valoraciones del *deseo de poder*. ¿Quién puede reducir a equilibrios estables y sabias euritmias tantos antagonismos discordias y pugnas? ¿Quién es capaz de conciliar el interés propio y el interés común?: ¿el capital y el trabajo?; ¿las excelencias sociales y la ola igualitaria?; ¿la fatalidad económica y la libertad?: ¿los nacionalismos invasores y la paz? ¿Tú, Apolo, con las panaceas del espíritu? ¿Tú, Dionisos, con las embriagueces de tus mostos? ¿Tú, Jesús, con las sedantes del amor y el renunciamiento? ¿Tú Palas? ¿Tu, Afrodita? Si sois sinceros diréis que no y que en el actual momento nadie puede sustituirme en el gobierno de las cosas humanas. Se trata, en fin de cuentas, de un problema económico del que pende la riqueza y, por lo tanto, la cultura y la conciencia del mundo. Las muchedumbres, los pueblos, las naciones piden a gritos mi intervención y me nombran Juez. Por mil circunstancias, que sería prolijo enumerar, a mí sólo me es dado resolver, sin pérdida de tiempo, aquel apremiante problema y a ello me comprometo... pero necesito que los otros dioses arrimen el hombro, apoyando mis gestiones y actos con las ideologías pertinentes. Ahora, Zeus, sabes lo que he hecho y lo que puedo hacer por el efímero; condéname o absuélveme. Dispuesto estoy, a acatar, sin protesta, tu soberana voluntad.

Hubo un largo silencio. Jesús parecía absorbido en profundas reflexiones. De pronto, irguiendo gradualmente la abatida cabeza, como después de la borrasca se endereza la doblada espiga al beso del sol, puso sus ojos desmesuradamente abiertos y llenos de luz en los de Mammón y dijo con dulce y conmovido acento:

—Hermano, Mammón, veo que te juzgué mal y humildemente te pido perdón.

—No me conocías, Jesús —respondió el dios de las riquezas, y avanzando hacia el Nazareno, que al verlo venir hacia él le tendió los magnánimos brazos, cayó de rodillas a sus plantas y cogiéndole las manos se las besó respetuosamente mientras decía: Jesús, confía en mí; yo soy tu más fiel servidor.

Después se abrazaron efusivamente y el gozo hinchó el ancho tórax de los dioses como el gas el desinflado globo, luego presto a ascender y perderse en las radiosas nubes. La lira de Apolo, la flauta de Dionisos y las cítaras celestes llenaron al palacio azul de inefables melodías. Las Gracias y las Horas con arte supremo y encanto infinito, danzaban alrededor de Cristo y Mammón, mientras Irene y Pandora derramaban sobre ellos una perfumada lluvia de rosas, y Hefaistos con su martillo. Poseidón con su tridente, Hermes con su caduceo, Ares con su espada, Palas con su lanza de oro y Artemis con su arco de plata marcaban cadenciosamente el compás.

Pasada aquella explosión de júbilo, el padre olímpico secándose las gozosas lágrimas que le corrían por las mejillas declaró:

—Por lo dicho aquí saco en conclusión que todos los dioses, aunque inducidos por razones diferentes y sin excluir a Dionisos, el cual, si bien simpatiza, como no podía menos de suceder, con el naturalismo alemán por lo que toda filosofía inspirada de la Naturaleza tiene de dionisiaca, muéstrese adverso al imperialismo inhumano de la KULTUR, condenan a ésta y loan y juzgan provechosa para el mundo la razón de Lutecia. Ese es también mi dictamen. Pero a fin de saber a qué atenerse y obrar con estricta justicia, ruego a los dioses concreten sus cargos y pidan después la merecida pena. Irene y Prometeo, que no quisieron pro-

nunciarse sin haber oído antes a Cristo y a Mammón, podrán hacerlo ahora. Convendría mucho también que siguieran esos ejemplos la severa Palas y la voluptuosa Afrodita. No han tomado parte en esta controversia de los dioses, suscitada con motivo de la Grande Guerra, quizás por no repetir los argumentos de Apolo y Cristo la primera, de Dionisos y Mammón la segunda; no sabemos lo que piensan, y aunque lo presumimos, no estará demás oírlo de la misma boca de aquellas deidades, sobre todo después que la reconciliación entre el dios de la inteligencia y el dios del instinto, entre el dios del amor y el dios del egoísmo, abren inusitadas perspectivas a las aspiraciones del mortal. Mas procedamos con orden. Hable primero el liróforo celeste. Su voz siempre es un canto, su palabra un himno a la vida. Apolo, ¿de qué acusas a Germania y qué castigo pides para ella?

Irguiéndose cuanto le permitía su estatura prócer y mondando el pecho dijo el divino arquero:

—Yo acuso a Germania de haber traicionado la causa de la humanidad, el crimen más horrendo y al mismo tiempo más estúpido que pueda cometer una nación, y pido que la KULTUR, por anti-humana y por obtusa, sea quemada viva y esparcidas sus cenizas a los cuatro vientos de la universal reprobación. Sólo así quedará el planeta desinfectado de *bismarquinas* y *spurlos*. Mas urge no confundir la KULTUR, fruto amargo e indigesto del árbol del saber, con la cultura germana, ni creer que todo en ésta es despreciable. Sería crasísimo error. Perezcan los historiadores que falsificaron los hechos; perezcan los filósofos que le inocularon a las ideas el virus prusiano; perezcan los moralistas que desconocieron la *grande esperanza* del hombre. Pero ni una sola partícula de lo que sea útil

al ideal humano, debe perderse del fárrago ideológico alemán. Hasta los mismos desordenados apetitos de conquista y dominación, que le hicieron cometer a Germania tantas abominaciones y tantas sandeces, purgados de sustancias tóxicas por el alado espíritu de Lutecia, podrían ser muy tonificantes para la salud del mundo. Temo que la reacción idealista traiga aparejado mucho espiritualismo a la violeta y mucha bobería racionalista. Los tragadores de viento me inspiran tanto horror como los generalotes imperiales. Si éstos son más bárbaros, aquéllos son más corruptores; si éstos degeneran en tiranos, aquéllos acabarían en verdugos. Del charlatán al demagogo hay poco trecho: del demagogo al inquisidor menos aún. Lo diré sin ambajes: el espíritu jacobino me es profundamente antipático. Los Robespierre, los Marat, los Lenin, los Trotzky no fueron nunca santos de mi devoción y siempre los tuve, a ellos y a todos los profetas de su calaña, por unos solemnes mentecatos. La experiencia bolsheviki, como antes le experiencia jacobina, como todas las experiencias que pretendieron establecer un orden social sin diferenciaciones ni jerarquías, a hechura y semejanza de las aglomeraciones inorgánicas y por lo tanto ineptas para vivir inteligentemente, me confirman en mis convicciones: la masa nunca está para bollos si no intervienen, la estrujan y modelan las expertas manos del repostero. De ella salen los bollos, y serán muy necios los gobiernos que no la preparen y afinen para que llene cumplidamente su cometido, pero los bollos son mejor cosa que la masa: son como las acabadas expresiones y subidos grados de perfección a que puede llegar la materia amorfa. El privilegio del número es el más absurdo e inicuo: es una potencia de las tinieblas que va contra la ley

del cosmos y contra la ley del hombre y tiene por término la miseria y la esclavitud. La suma de las ignorancias no acrecientan ni en un ápice la luz temblorosa que guía al efímero en la noche oscura del alma. Y es necesario que esa luz se vea y que todos la sigan. Por eso sólo se enciende en las cumbres. Que haya muchas luces en las alturas y habrá mucha luz en los llanos. No mandar sino obedecer y seguir sumisas a quien nació para dirigirlas; he ahí el grande, el enorme, el inmenso don de las multitudes clarovidentes. En todo órdenes de cosas alguien hay dotado de oídos más sutiles que los demás para percibir las voces sibilinas de Irene y Pandora y ese va adelante con paso firme y ánimo resuelto. En la mano lleva una antorcha. Los otros lo siguen y los más dóciles en seguir son los que precisamente suben más alto y llegan más pronto. Mis rayos luminosos penetran por igual las inteligencias, pero unas los absorben y otras no; únicamente las primeras irradian luz propia; las segundas, si aquéllas no los iluminan permanecen a oscuras y como privadas de movimiento. Convertir al inferior en superior, al débil en fuerte, al pobre en rico, al vulgar en refinado es lo que reclama el perfeccionamiento de la criatura humana, es la obra inconclusa aún, pero siempre en constante progreso de la civilización: lo contrario trae a las grupas la desorganización y la muerte. Más que nivelar *bajando* debían las democracias nivelar *subiendo*. Todos iguales y todos inferiores es un grito de muerte; todos desiguales y todos superiores es un grito de vida. Dichoso día será aquél en qué la masa entera se convierta en bollos y a eso vamos, pero ese día no se columbra aún ni vendrá repentinamente, sino anunciado por muchas auroras. No importa, vendrá. Entre tanto es urgente a fin

de llegar cuanto antes a la deseada meta, nivelar un poco las bolsas; suprimir, como quiere Mammón, las prerrogativas sociales fundadas, no en la utilidad de la grey sino en el privilegio o el capricho, y asegurarles a todos los hombres el completo desarrollo de sus facultades y un puesto cómodo en el festín de la vida. Igualdad civil, igualdad política, igualdad económica, igualdad social, todas las igualdades... que dicte la norma de la actitud superior, pero no el rasero de lo más bajo y vulgar. Los dioses pueden ser propicios de los humildes, pero no a los inferiores. Para convertir en realidades vivientes la libertad y la justicia ilusorias y obtener la mayor suma de dicha común: para hacer carne la divina ambición del efímero, urge que éste la cultive antes dentro de sí, porque es únicamente en la estufa mágica de la conciencia y a cierta temperatura donde la flor celeste se abre y desvanece en aromas. Las muchedumbres llenas de angustia, rabia y esperanza gritan: "No más esclavos", y tienen razón, pero el eco rebotando en los cóncavos cielos, responde: "No más inferiores", y tiene más razón aún.

Al presente, rotos los frenos religiosos: desvanecidos los espejismos de la vieja concepción de la vida; libres y desmendadas las ambiciones de bienes reales y ansias de dominio, mantenidas antaño en los cauces del orden social por razones y doctrinas sin fuerza disciplinante ya. sólo a Mammón le es dable resolver los conflictos que crean en la tierra los encontrados intereses de las clases, las sociedades y las naciones, porque, aun en el caso de conservar aquellos frenos, espejismos y doctrinas su espiritual poder, lo más vital y el necesario fundamento de todo siempre sería, para las naciones, las sociedades y las clases, los intereses materiales de cada una de ellas. "Prima vivire,

dopo filosofare". Si alguien lo duda no tiene sino contemplar el mundo que va saliendo, con zozobra y dolor, de la férrea y candente matriz de la guerra. Las turbas quieren poseer y dominar; los pueblos quieren extender su imperio; la humanidad entera quiere satisfacer sin tardanza ni tasa su hambre de carne, su sed de vino. Es un caos agitado y revuelto por antagónicas fuerzas económicas, las que engendran, por añadidura, opuestas morales y enemigas ideologías. Como siempre la inteligencia sigue siendo la *mano de la voluntad;* como siempre las ideas que se ponen a las órdenes de los apetitos, pero los apetitos, grato es reconocerlo, parecen respetar cada día más el ideal humano y servirlo mejor. Es mucho, es casi un grande milagro Y bien ¡oh dioses! ayudemos a Mammón en su estupendo propósito de convertir la riqueza en Libertad y Justicia. Jamás ningún dios acometió tan descomunal aventura ni empresa más idealista. Mammón, todos hemos sido injustos contigo y particularmente los mortales, cuyos furibundos anatemas contra ti aún suenan en nuestros oídos. Tú, empero, no hiciste otra cosa que libertarlos de viles esclavitudes y colmarlos de bienes. Sí, potentes deidades, ayudemos a Mammón. Antaño desconfiaba de él, pero luego de haber palpado su obra y considerándola altamente benéfica, lo aplaudo, estoy dispuesto a prestarle decidido apoyo. Y como yo presumo que piensan ahora los demás dioses, sin excluir a Jesús.

Estos confirmaron unánimes lo que decía Apolo y entonces el Tonante le dio la palabra a Dionisos.

Levantóse de su asiento el dios coronado de frescos pámpanos y habló de esta suerte:

—Yo acuso a Germania de haber interpretado torcidamente mis doctrinas y convertido mis mostos ge-

nerosos en sórdida cerveza; mis embriagueces divinas en torpes borracheras; mis faunos gozadores en dómines pedantes; mis coros rientes en hordas disciplinadas de foragidos. El culto que los griegos me profesaron, el más profundo de todos, porque le muestra al mortal, por una parte las raíces que lo sujetan a la materia y le enseña, por otra, los filamentos espirituales que lo ponen en contacto con la sustancia divina, entraña, es verdad, la sumisión a las leyes de la Naturaleza; el amor de la fuerza, alma del universo, y el libre juego de los instintos de dominio y posesión, sal y pimienta del mundo El yo cósmico y las energías que encarno así lo requieren. Pero mi instinto vital, que crea las ilusiones favorables a la vida; mi intuición, de la que se nutre la vida misma; mi *deseo de poder*, del que se sirve Mammón a todo evento y en el que exclusivamente y con criterio estrechísimo fundó Germania su derecho a la conquista del globo, no se opusieron jamás a la temeraria ambición del efímero, como creyó aquélla torpemente, sino que, al revés, la espolearon y le dieron alas. Por algo figuró siempre la hechicera Pandora en mis cortejos; por algo la grávida Irene me sonreía siempre; por algo me cree Apolo maestro en fantasmagorías; por algo me llaman mis fieles un dios libertador. Y he ahí lo que no consideró bien el prusiano al fabricar con harina verdadera, pero sin levadura humana ni fermento divino, el naturalismo filosófico que había de dar pábulo luego al imperialismo político de Germania. No vio ¡inconcebible ceguera! que si yo ando a menudo en dulces coloquios y me refocilo con la Razón física, no permanezco indiferente, ni mucho menos, a los encantos de la Razón mística y a menudo también la jaleo y retozo. Con vino hacían los sa-

cerdotes sus libaciones litúrgicas La sangre de la tierra, mi sangre, es espíritu. Mi cálido aliento les comunicaba el delirio báquico a los faunos de los bosques y el delirio sagrado a las pitonisas de Delfos. Si mi culto popular degeneraba en embriagueces, orgías y locas bacanales, los arcanos de mi alma inmensa atraían a Eleusis las sagradas procesiones que yo. coronado de mirtos, conducía a la luz temblorosa de las antorchas. Orfeo aseveraba que los dioses nacían de mis sonrisas y los hombres de mis lágrimas. Soy multiforme, los griegos me llamaban ora Dionisos-Zegreus, despedazado por los Titanes y disperso en todos los seres; ora Dionisos, hijo de Semele, conductor de las bacanales del amor y de la alegría: ora Yacos, el principio orgánico, el yo cósmico, llegado a la plenitud de la vida y la conciencia; pero únicamente los iniciados en los Misterios conocían mi verdadera naturaleza y vislumbraban mis encarnaciones sucesivas, mi paso a través de todas las formas vivientes para llegar al hombre y en él unirme al alma, a Proserpina Con este dulce himeneo terminaba el drama místico de los Misterios, donde la idea de la inmortalidad y los castigos y las recompensas futuras no sólo se anunciaban claramente, sino que se mimaban y vivían en la acción taumaturga. ¿Cómo Germania olvidó, al pretender remozar mis doctrinas, lo que de mí decían Hesiodo. Píndaro, Aristófanes, Pausanias y casi todos los poetas y los filósofos de la antigüedad? ¿Cómo no comprendió la influencia decisiva que ejercí no sólo sobre las ficciones escénicas, obra exclusivamente mía, sino sobre la poesía, la música, la danza, la escultura, la pintura y el arte en general? ¿Cómo no sospechó los paraísos, las *tierras celestes*, las *ciudades futuras*, las divinas ilusiones que entra-

ñaban mis odres en sus panzas fecundas? ¿Cómo no aquilató el significado profundo de mi doble nacimiento, terreno el uno divino el otro, ni barruntó mi futura reconciliación con Apolo, la infalible reconciliación del dios estático con el dios dinámico: del dios que lo sabe todo con el dios que lo es todo? El presuntuoso espíritu científico de Germania quedó muy por bajo de la vieja y cándida sabiduría de los magos. La pedantería la indujo a cometer apocalípticas necedades. Descubrió una zona riquísima de la verdad y no supo explotarla *humanamente*. De los diamantes hizo carbones. Lo repito. Germania poseyó la ciencia y la fuerza, pero no el don y la gracia, sin lo cual todo saber y todo poder es fárrago, y ese es el pecado original suyo, la causa generadora de sus errores, locuras y crímenes. Yo pido que le limen las uñas y los dientes, la bauticen de nuevo con las divinas aguas del Jordán y le pongan en la boca una buena dosis de sal greco-latina.

Rieron de buena gana los dioses; Zeus les hizo coro y hasta el mismo Jesús, olvidando sus negras pesadumbres, sonrió. Restablecido el silencio, prosiguió el maleante Dionisos:

—El tenebroso cuadro del mundo que Apolo pone antes nuestros ojos es, por desgracia, exacto. Todavía se derrama y se derramará harta sangre en la tierra. Muchos pueblos han caído en la demagogia y la anarquía, y otros andan bordeando el abismo. La ola roja embiste furiosamente los diques de la construcción capitalista y mina los cimientos de la sociedad burguesa y hasta las graníticas basamentas del orden establecido por la trabajosa experiencia de los siglos. Invocando la libertad y la justicia se ejercen oprobiosas tiranías y cometen toda suerte de expoliacio-

nes, atropellos y crímenes. Es curioso observar cómo los que viven declamando contra la fuerza y enalteciendo el derecho, son los primeros en usarla, sin tacto ni mesura, contra todos los derechos en cuanto se presenta la ocasión de ejercer el poder. Y la civilización peligra, porque la civilización es, en suma, tacto y mesura, dos excelencias de que el pueblo carece en absoluto y que sólo se adquieren cuando el afinamiento de las facultades y potencias humanas llega a un punto álgido de perfección. A mí siempre me fueron sospechosas las *edades de oro*, las *eras futuras* y las Salantes fundadas por el capricho nivelador de la razón razonante o el sentimentalismo humanitario a hurto de las eternas jerarquías que en todo órdenes de cosas, lo mismo materiales que morales, establece el principio dinámico del universo. Este quiere la vida desbordante de fuerza y hermosura: es un principio organizador: tiende a la armonía, no al desorden; a la celsitud, no a la abyección; a la belleza, no a la fealdad; pero, lo confieso, es un principio cruel y opuesto, hasta cierto punto, al ideal humano. ¿Cómo conciliar las aspiraciones populares que éste entraña, con el fundamento selectivo, necesario al progreso de las sociedades y realización de aquél en su aspiración más excelsa: la victoria sobre la fatalidad? A mí me placen las orgías donde reina la gracia y el goce, pero detesto las orgías que degeneran en estupidez y brutalidad. Los que me creen un dios anarquista o un dios inhumano, se equivocan por igual En medio de las más desenfrenadas bacanales, las fieras sumisas venían a echarse junto a mí y me lamían las manos y los pies. Sin las excelencias, que forman la levadura de la masa, no habrá civilización posible, y la libertad será esclavitud, la justicia iniquidad y la dicha común sólo

común miseria. Y, sin embargo. es preciso que la humanidad toda satisfaga su hambre de carne. su sed de vino; es preciso poner fin a la explotación del hombre por el hombre; es preciso que desaparezcan los privilegios inicuos. El nivelamiento. como lo entiende Apolo, por los caminos altos y soleados, a mí también me seduce, y como él creo que Manumón puede realizarlo y resolver los conflictos actuales del mundo, que son, en el fondo. conflictos económicos. El hijo de Demeter es un dios verídico, realista y, al mismo tiempo, un caballero andante de la Dulcinea celeste: aborrece la patraña y la utopía, pero respeta y sirve como el mejor la *grande esperanza* del efímero. Sabe oprimir con una mano y libertar con la otra: cuando parece que aniquila robustece; cuando parece que mata resucita En resumen, él sabrá conciliar la voluntad del cosmos y la voluntad de conciencia; lo individual y lo social: el orden y la anarquía; las aspiraciones superiores y los apetitos populares, y nivelar, por añadidura, en lo que cabe, las bolsas de todos sin cortarle a nadie la cabeza. Mas urge que obre rápidamente El pueblo ha sufrido demasiado y tiene hambre y tiene sed. Las turbas contemplan con ojos concupiscentes los tesoros acumulados por las clases afortunadas y quieren gozar de ellos sin parsimonia ni previsión, ni pensar en la miseria que vendrá después. Y las clases afortunadas. ante el peligro que amenaza la cultura, no piensan en protegerla. cumpliendo así su misión histórica: no piensan en suprimir rápidamente la pobreza y el dolor, que parecía ser la ambición noble del ideal burgués; no se muestran a la altura de las circunstancias; sólo piensan en gozar, como las abejas de las colmenas ricas. que al sentirlas amenazadas por el peligro exterior. según nos dicen los api-

cultores, no se apresuran a defenderlas sino a hartarse de miel. Las aspiraciones democráticas son legítimas en gran parte y yo me apresuro a encaminar esas bacanales a la conquista de la libertad y la dicha; las aspiraciones aristocráticas, en lo que de excelso tienen, también legítimas son, y yo, como Apolo, aunque por otros senderos, dirijo esas procesiones a los templos de la ciencia, la belleza y el poder. Pero ambas aspiraciones menester es que prueben su legitimidad: las democráticas demostrando las aptitudes que hacen a los hombres *igualmente* necesarios a la sociedad; las aristocráticas las excelencias que hacen a ciertos hombres *singularmente* aptos para el gobierno o la educación del mundo. Desconfíe el proletariado de los demagogos y charlatanes que ofrecen grandes cosas por poco precio, y no confunda las vejigas con las linternas porque podría quedarse a oscuras. Háganse las clases dirigentes los arúspices del ideal humano; apéense del burro de su feroz egoísmo; sirvan al pueblo y el pueblo las servirá. Yo ayudaré al hijo de Demeter. Siempre lo quise de la entraña y puse mis mostos a su disposición. Estos desbravan los potros de la *gravitación sobre sí,* como la lira de Orfeo amansaba a las fieras.

Aplaudieron los dioses. Luego, restablecido el silencio, habló Jesús.

—Cierto es que Germania ha cometido grandes crímenes y que debe purgarlos. Así lo quieren a una la justicia humana y la justicia divina. El pecado no puede quedar impune, pero que el castigo no excluya la misericordia. Esta ha de formar parte de aquél y aquél parte integrante de ésta. Apruebo la pena solicitada por Dionisos, porque llena ese requisito esencial. Si Germania violó la ley del amor, y ese fue su

más odioso delito. nosotros no debemos imitarla. Pero la ley del amor precisamente, nos obliga a velar por los tesoros espirituales que la demencia germana podría intentar de nuevo destruir y enchalecar al loco mientras la locura dure... sin perjuicio de aplicarle el tratamiento curativo que mejor convenga. Mas antes de suministrarle la medicina es preciso conocer el mal y atacar la causa, no el efecto. El mal está en el alma del germano ahita de diabólico orgullo. apetitos groseros y bárbara impiedad, y así es bien que quien desconoció la humildad, conozca la humillación; que quien practicó la avaricia viva en la miseria; que quien negó de beber al sediento, sufra de inextinguible sed. Durante muchos años vivirá Germania vida retirada y penitente para purificarse y entrar con el alma limpia en el concierto de las sociedades cristianas. Necesario es que la amargosa experiencia le enseñe que nada posee el que no se posee; que se quiere mal el que no se quiere en los otros: que sólo perduran las conquistas del que da más que toma y que no hay fuerza que venza la fuerza del amor ni realidad más real que la esperanza. De aquélla nacen los seres y de ésta se nutre el hombre. Toda discordia remata en amor; toda pena en esperanza. Esta y aquél son *estados*, la lucha y la crueldad sólo *tránsitos*. Y el principal deber del hombre, en cuanto hombre, es el de pasar como sobre brasas por estos tránsitos dolorosos para llegar prontamente a aquellos estados inefables. Germania quiso hacer lo contrario, quiso hacer fijo lo que es transitorio y es por eso que a todos los desplantes de su esfuerzo hercúleo les falta lo que les sobra a las seductoras actitudes de Lutecia: la sal cristiana. la gracia divina. El germanismo es anticristiano; su religión una egolatría; su Dios un fun-

cionario de la patria alemana. Ebrio de suficiencia y orgullo pretendió el tal germanismo oponer el conocimiento de lo incognoscible a la revelación: la razón de Estado a la verdad; la tiranía del Imperio a la libertad del género humano: la crueldad al amor: la soberbia a la humildad. He ahí los orígenes espúreos de la KULTUR, y la planta bastarda, nutrida en el suelo maldito del egoísmo y cuya savia es interés y ambición. ¿qué otra cosa podría dar sino espinas y venenos? La supremacía material sola como fin supremo de la civilización, es un ensueño de indigestos pedagogos y bárbaros generalotes, una ambición de brutos. Pocas veces un pueblo picó más alto que el germano en materia de fuerza militar y riqueza, menos veces aún ninguno llegó más lejos que él en la negación del espíritu y la violación de la ley humana. Grosería e inhumanidad, son los productos específicos de la KULTUR. Si la riqueza no enriquece también interiormente ni transforma la fatalidad en libertad y justicia, como quiere Mammón, es lisa y llanamente miseria dorada; si el poder no nos hace *humanamente* más poderosos de poco sirve. El hierro del carácter no se convierte en fino acero sin la alta temperatura del amor y el baño frío del renunciamiento. Al germanismo le faltó ese temple. Y de ahí la aberración de una gran cultura sin espiritualidad, de una aristocracia sin nobleza, de una fuerza sin virtud.

—Así es, así es —repitieron los dioses. Cristo continuó:

—La concepción germana de la vida, después de haber provocado la guerra más atroz de la historia, le deja al mundo, como fatal herencia, un semillero de discordias, pasiones desatadas e insanos apetitos. Y yo reconozco con infinita amargura que mi precep-

to fundamental. "Amaos los unos a los otros", no reina en las almas ni reinará mientras enemigos intereses las separen y los hombres busquen la dicha en la posesión de las cosas y no en la posesión de sí mismos. Este es el más grande de todos los bienes. Y sin embargo. cuando digo, "El reino de los cielos está dentro de vosotros". nadie me oye; creyentes y ateos hacen oídos de mercader y volviéndome las espaldas corren desatentados tras los bienes reales, los más falaces de todos, porque poseen en vez de entregarse, aprisionan en vez de libertar y empobrecen en vez de enriquecer. Por otra parte la sociedad de pobres y de santos, el ideal casto y parvo que creí el único eficiente para que reinase en el mundo el amor y la dicha, resulta hoy menos viable que ayer. Urge buscar otros caminos de perfección. Mammón afirma, y con muy válidas razones, que la pobreza no es santidad, sino miseria. y la santidad, no virtud sino pecado, en un mundo donde el principal deber es el de producir y acaparar, y cree que la comunión de los hombres no la realizará el amor y el desinterés. sino el egoísmo y los intereses. Puede que sí; estoy por creerlo. Los míseros mortales no logran libertarse todavía de los apetitos de la carne pecadora; son barro, concupiscencia, lascivia. y acaso conviene echarle leña grosera al fuego que arde sórdidamente y que lo aticen los vientos de las pasiones, para que se levante al fin la llama abrasadora, alma viva y pura del combustible inerte. Así un día el espíritu libre se desprenderá de la materia esclava. Sí, quizá se llegará al amor por el camino del interés: quizá, después de haber acumulado todas las riquezas necesarias, según Mammón, para vencer a los monstruos de las tinieblas, se comprenda que la más grande y real es la riqueza in-

terior, la que cada uno, por pobre que sea, lleva dentro de sí; quizá, después de la acumulación avara, venga la repartición generosa y acaben la miseria y la discordia del mundo. Lo cierto y sobre lo que estamos todos de acuerdo es que, por un camino u otro, urge llegar a la libertad, la justicia y el amor... que son precisamente los frutos eternos del árbol de la cruz.

—Así es, así es —tornaron a repetir los dioses.

—Que hable ahora Mammón —ordenó el Tonante.

Mammón se puso en pie, colocóse el monóculo en el ojo izquierdo y con voz firme dijo:

—Yo acuso a Germania de haber convertido los intereses, que son lazos de unión, en celadas de pícaros; la riqueza, que es generalidad, en sordidez; el trabajo, que es comunión, en traición, y culpo de tamaños desmanes a sus hombres de pluma y a sus hombres de espada. Unos y otros fueron, no locos o perversos, sino sencillamente estúpidos. No comprendieron que yendo contra el interés general tenían forzosamente que ir, tarde o temprano, contra su propio interés. Germania no fue mala, sino obtusa. Acumuló riquezas para empobrecerse. ¡Puede darse cosa más absurda! Pero semejante aberración no la cometieron los que acumularon; la cometieron los que no supieron repatir. La conservación de la vida es fuerza centripeta, la expansión de la vida fuerza centrífuga. Si es provechoso tener siempre presente lo primero, es muy saludable no olvidar nunca lo segundo. Las clases productoras cumplieron su misión, acumularon; las clases directoras no, no repartieron. Caigan sobre ellas las cóleras divinas. Y el instrumento de la venganza será el pueblo alemán. Así que se quite las antiparras de sus dómines pedantes y empiece a ver claro

la paparrucha imperialista, él mismo se hará justicia. Despojará a los usurpadores, degradará a los estrategas de la trapacería y quemará en efigie muchos filósofos, sin excluir a Kant, que, bien mirado, es el abuelo de la KULTUR. El, con su *razón práctica,* le preparó el terreno a Hegel para la *glorificación del hecho,* foco activo de las doctrinas de la fuerza, y allanó el camino al *interés del Estado* y al pragmatismo político, adobes pangermanistas de los pedagogos que vinieron después. Ayudemos al pueblo a despojarse de aquellas funestas antiparras y pronto la justicia quedará satisfecha. Entre tanto Germania debe devolver lo que usurpó, pagar en tierras o en oro sonante los perjuicios ocasionados y, sin escuadra ni ejército, quedar aislada moralmente del mundo hasta que se limpie de la ponzoña con que la envenenaron sus pensadores y sus caporales. Con eso y con todo no debemos perderla de vista. Recuerden los dioses que, refiriéndose a Germania, ya decía hace siglos un viejo historiador: "Ese pueblo que miente siempre". Germania cambiará de condición cuando el engaño y la rapacidad no le aprovechen. Urge demostrarle que la mentira, a la larga, no aprovecha nunca, y que el interés contrario al interés general, es pernicioso siempre. La mecánica económica tiene leyes tan indestructibles como las que gobiernan la mecánica celeste. Si no temiera parecerles a los dioses paradojal, diría que aquélla es hija de ésta. No se puede atentar contra el bien ajeno sin atentar, al mismo tiempo, contra el propio bien. El que perjudica se perjudica; el que estafa se estafa. Roto el equilibrio económico, rota la telaraña, el viento se la lleva en girones. Los profesores que con el pangermanismo creyeron construir el cañón de grande alcance del poderío alemán, no hi-

cieron otra cosa que levantarle a éste horcas y patíbulos.

Los dioses me honran al juzgarme capaz de ponerle remedio a los males del mundo. Sin modestia, yo también así lo creo, lo cual no quita que les agradezca cumplidamente la prueba de aprecio y confianza que me dan. Trataré de hacerme digno de ella. Mi plan es muy simple: desarrollaré, por medio de la gimnasia del trabajo, hasta hacerlas equivalentes, las actitudes de todos; nivelaré las bolsas, sólo con suprimir las prerrogativas fundadas en el capricho y no en la utilidad social, y haré visibles los hilitos de plata y de oro que unen misteriosamente a los hombres, las sociedades y los pueblos. Y cuando todos vean su imagen reflejada en los ojos de los otros, los hombres se harán integralmente solidarios, reinarán la libertad, la justicia y el amor y empezará realmente la edad de oro de la humanidad. Antes no.

Los dioses quedaron suspensos como si, de repente, descubrieran las relaciones secretas y las perspectivas infinitas del amor y del egoísmo. Después de una breve pausa, Mammón continuó:

—No se me oculta que la ejecución de mi plan ofrece grandes obstáculos. Las idolatrías ideológicas, cuyas promesas de ventura no se cumplieron jamás, mantienen viva y enconada la pugna entre los intereses y las morales, nublan el concepto positivo de la humanidad y llevan a las muchedumbres hambrientas y desencantadas al escepticismo y la desesperación. El grosero materialismo de las masas es una venganza contra el espiritualismo embaucador. El pueblo desdeña las tierras metafísicas de las que fue propietario sin percibir nunca las prometidas y pingües rentas, y ansía las verdes praderas del mundo. Si mira con

desconfianza y no sigue a los pastores espirituales, es porque éstos lo engañaron miserablemente. Harto de resignación y místicas esperas quiere hacerse justicia por su mano y va al hecho, al adueñamiento de la riqueza, porque sabe que ella es real y prácticamente libertad, justicia y amor. Libertad porque rompe las pesadas cadenas de la pobreza, la ignorancia y el dolor, las grandes miserias del mundo; justicia porque eleva y nivela en las alturas; amor porque une a los hombres al través de todas las fronteras. Mas para adueñarse de la riqueza y los mágicos poderes que ella otorga, no bastan las manos del cuerpo, son necesarias también las manos del alma y las manos del espíritu. De ahí que escape siempre a los mancos de alguna parte: a los que no poseen completos aquellos órganos prensivos. El quid está en criar manos y ponerlas al servicio de la humanidad, no porque sí, que esa es una razón que a nadie mueve, sino por conveniencia propia y porque sirviendo la *ley del hombre* hace el hombre lo más necesario, útil y transcendente que puede hacer sobre la tierra. La repartición equitativa de la riqueza vendrá cuando las aptitudes de los hombres sean equivalentes como valor social. Entonces los intereses serán forzosamente comunes. Fuera de esa trayectoria utilitaria de la *gravitación sobre sí*, para rematar en un centro de atracción general, cualquier intentona comunista será arbitraria, y, atentando contra la riqueza, atentará contra la humanidad desde que aquella es concentración de energía humana, quintaesencia de lo humano, y por añadidura, el principio organizador que regla las sociedades y va convirtiendo las fatalidades, que esclavizan al hombre primitivo, en liberación y solidaridad. Y ahí porque el reinado de la Razón comunista trajo

siempre en ancas a los monstruos de las tinieblas, que desde el principio del mundo venimos combatiendo todos los dioses. El antagonismo entre el capital y el trabajo es también una crisis de la eterna lucha entre las fuerzas oscuras y las fuerzas luminosas y urge resolverlo en concordia, como en concordia y fusión íntima tienden a resolverse la pugna de la inteligencia y del instinto, del amor y del egoísmo. La socialización de la riqueza va haciéndose lentamente. Las sociedades cooperativas, el trabajo colectivo en las fábricas, la participación del obrero en las ganancias son los módulos más perceptibles de aquel proceso fatal, el cual se efectuaría rápidamente y sin tropiezos, si las abstracciones del hombre religioso no embrollara el sentido del hombre *sapiens*. Menester es que el *fabricador de ilusiones* y el *fabricador de instrumentos* se fundan en el hombre *humano,* hijo de sus propias obras, que será, como la riqueza misma, voluntad de dominación y voluntad de conciencia. Los superfluos, los vacuos, los charlatanes y los embaucadores siguen propagando las viejas supercherías de lo absoluto y dificultan mi obra, pero yo los suprimiré con mano dura, y los ojos del efímero, verán pasearse del brazo por los jardines del mundo a la libertad y la fuerza, a la justicia y la riqueza, al amor y al egoísmo. El haberle dado feliz término a otras empresas no menos peliagudas, me llena de confianza al emprender la descomunal aventura de convertir la riqueza en libertad y justicia. Y venceré porque es necesario que venza. Yo he vencido siempre. Lo repito, y no lo olviden los dioses ni los hombres, sólo es viable lo que nace y crece en las entrañas impuras, pero fecundas de la utilidad. Esta es un mosto de virtudes

supremas, compuesto con los zumos de lo divino y lo humano.

Los dioses volvieron a quedar suspensos. A instancias de Zeus habló, pasados algunos instantes, la hechicera Pandora.

—Germania —dijo— a pesar de su petulancia científica y de las vislumbres realmente inspiradas que sobre el caso, tuvo el terrible profesor de Basilea, no comprendió nunca mi misión divina, ni sospechó siquiera que, al transformar las desencantadas realidades en ilusiones vitales y los males en esperanzas, arrancaba yo a los mortales de su miserable condición animal y los convertía en dioses capaces de vencer a las fuerzas ciegas de la fatalidad. ¡Torpe ceguera la de Alemania! El orgullo insano y la miopía de sus pedagogos oficiales la indujo a desconocer la excelsitud de mi obra e ir contra la suprema ambición del efímero, que, según lo dijo Apolo [1] es la de establecer el reino de la libertad, la justicia y la dicha en el imperio mismo de la esclavitud, la iniquidad y el dolor. A las fecundas ilusiones que sustentan y encaminan esa ambición sagrada, quiso oponer el germano realidades y verdades sin enjundia humana y, por lo tanto, estériles para engendrar la realidad moral, y me tachó de embustera, corrupta y loca, sin considerar un punto que mis ilusiones vitales sobre dar pábulo a la acción fecunda, se transforman en los dominios de la conciencia en realidades morales y verdades vivientes, las cuales, después de criar alas allí, echan a volar por el mundo y ya no son ideas, sino hechos, ya no ilusiones, sino cosas reales. La libertad era ayer ilusión pura y es hoy, en gran parte, realidad viva;

1 *Diálogos Olímpicos*. I Apolo y Dionisos, página 64, edición ilustrada.

la justicia pura gollería ayer y hoy verdad en vías de integración: el amor y el altruismo, ayer sueños de color de rosa y hoy colores de colmada madurez que van cobrando en las sociedades humanas las transformaciones fatales de la agresividad y el egoísmo. Y el que sus idealismos más caros hayan sido en su origen ilusión y engaño, y el que engaños e ilusiones le sirvan todavía de rodrigones y lazarillos, no empequeñece al mortal, sino que, por el contrario, lo eleva y dignifica porque dicen bien a las claras cuanto ingenio y heroísmo tuvo y tiene aún que desplegar para vencer al destino formidable y hostil. La grandeza del hombre estriba en ser hijo de sus propias obras Habiendo nacido desnudo de cuerpo y alma, indefenso, esclavo y miserable, osó revelarse contra el universo entero y fabricar con sus débiles manos y pueriles ilusiones, el mundo que anhelaba su bravo corazón, un mundo libertado de la inicua ley del cosmos. ¿Puede darse mayor portento? Si el efímero hubiese venido a la vida con una conciencia ya hecha y el discernimiento infalible del bien y del mal, habría sido menos grande que promulgando su ley e imponiéndola a los dioses mismos; se recibiera de lo alto, por modo milagroso, la verdad, la libertad y la justicia y no impusiera después de crearlas con risas, lágrimas y sangre, su justicia, su libertad y su verdad, no habría realizado el estupendo milagro de darle a la vida, en medio de la indiferencia absoluta de la Naturaleza por el destino humano y su carencia de todo fin moral, el significado preciso y la finalidad transcendente que hacen de la vida ahora una cosa sagrada, la cosa sagrada por excelencia. Esa es la obra de la ilusión; esa es mi obra. Yo he resuelto el problema de la libertad y la justicia, que es el pro-

blema central del destino humano, porque sin ellas no hay conciencia y sin conciencia no hay tampoco destino moral, como no pudieron hacerlo, sin engañifas místicas o arte de birlibirloque, las metafísicas, las filosofías, las religiones, y lo resolví en sentido favorable al ensueño del hombre: legitimando como *ilusión voluntaria* lo que no podía legitimarse, sin trampa, como *verdad lógica:* haciendo cierto en el mundo de la conciencia la libertad y la justicia que eran imposturas fuera de él. La vida no tenía y tiene, gracias a mí, un objetivo determinado y excelso: la realización de la *ley del hombre*, que es libertad, que es justicia, que es dicha común. Germania no supo verlo; desconoció mi poder e influencia y levantó las formidables murallas de la KULTUR para contener la ola de la aspiración humana, esa ola que, desde el nacimiento del mortal, viene rodando y creciendo. Y la ola no dejará piedra sobre piedra, porque sólo respeta los diques que la encauzan sin violencia y llevan a derramarse mansamente en los puertos del amor y de la esperanza. Perezca la KULTUR por torpe, horra de *esprit de finesse* y falta de imaginación, y sálvese la Alemania universal de Beethoven y Goethe. Cuando Zeus pronuncie la terrible sentencia las *Sonatas* y el *Fausto* obtendrán para aquélla cien años de perdón. Cien más pido yo por este hecho que voy a relatar en abono del germano. Es un destello aislado de nobleza y fervor, pero que aún así tiene inestimable precio, por delatar en las duras entrañas de la roca el áureo filón de lo humano. Escuchad: después de un terrible encuentro a la bayoneta, cierto oficial francés enardecido en la persecución del enemigo, se extravía y se acerca, corriendo grave riesgo, a los nidos de ametralladoras alemanas. Otro oficial germano moribundo, que lo ha

visto combatir denodadamente, admirando acaso el valor del francés o deseando lavar sus culpas con un acto generoso antes de abandonar la vida o hacerlo al modo de los gladiadores en el circo, con alarde heroico, se incorpora del suelo donde yace ensangrentado, le indica a su enemigo, acaso a su matador, el buen camino y dejándose caer de nuevo expira sonriendo. ¡Bravo soldado, noble adalid! Ningún general ganó para la patria alemana victoria más brillante que la tuya. Irene te corona de laureles. Jesús de espinas y yo pongo en tu generoso pecho la grande cruz de la ilusión. Y envuelto en blancos cendales Hermes te conducirá a los Campos Elíseos todos florecidos de rosas y mirtos, y donde las almas grandes, después de haber bebido de las aguas del Leteo, gozan de ininterrumpida dicha en medio de una eterna primavera.

—¡Dulce Pandora!, ¡deliciosa criatura! —exclamaron los dioses.

Zeus la besó en ambas mejillas y luego le concedió la palabra a la sin par Irene.

Esta se incorporó, y una luz radiante y un aire tibio y embalsamado pareció entrar por los inmensos ventanales del palacio azul.

—Yo acuso a Germania —dijo— de haberme elevado altares en los campos yermos de la violencia y la muerte, echando en saco roto que si soy guerra soy también alianza, que si soy esclavitud soy también liberación, que si soy pena soy también alegría, y que sólo cuando llego a la alegría, la liberación y la alianza, cumplo realmente los supremos designios de nuestro padre y soy grata a los ojos de los dioses. Mi misión divina es transformar la fatalidad en libertad. Cuanto más se perfecciona la materia organizada más libre es. También transformo la discordia en armo-

nía. No la lucha sola, sino la lucha y la alianza me ponen de acuerdo con la ley del cosmos, de la misma manera que la voluntad de dominación y la voluntad de conciencia con la ley del hombre, con esa ley que fue ayer pura ilusión, que es hoy pura relatividad y que será mañana realidad pura. Los que creyeron servirme dándole rienda suelta al egoísmo y la crueldad, no discernieron ni remotamente mis propósitos. Lo inhumano no es odioso; lo que disminuye la intensidad de la vida me subleva, y disminuye y envilece todo cuanto tiende a destruir o amenguar la *grande esperanza* del hombre. Por ella éste se ha hecho cuasi todopoderoso. Ella le pone alas a la mente, garras a la voluntad, y lejos de maldecir, como pudiera creerse, la religión de la fuerza y el culto de la acción, que yo inspiro, los proclama y acendra, porque, mientras no rompen las normas de lo humano, son fervores fortificantes, saludables y encaminados a resolverse, sin esfuerzo, en culto de la vida intensa, el cual, si entraña la lucha y la crueldad, es como estado transitorio hacia la alianza y el amor y, a la postre, remata en religión de la conciencia o sea en adoración de la *grande esperanza*. La KULTUR interpretó groseramente la voluntad de los dioses y traicionó la ley del hombre. Y los dioses y los hombres la maldicen. Yo no quise antes pronunciarme sin haber escuchado a Cristo y a Mammón. Temí que este último, como Dionisos, tratase de defender, por haberlo inspirado en parte, el imperialismo alemán; pero después de oído sus discursos no caben ni asomos de duda: ambos dioses respetan los fueros del instinto, del egoísmo y del deseo de poder, pero eso no les impide acatar la radiosa ilusión del efímero, que condenó Germania y que Lutecia siempre defendió, y servirla con todos

sus mostos el uno, con todos sus filtros el otro. Yo los aplaudo, condeno a Germania y pido para ella el mismo castigo que Pandora. Nosotras obramos de acuerdo siempre.

Interrogado el Titán y luego Palas y Afrodita, que habían escuchado los discursos de sus hermanos sin tomar parte en la controversia, contestaron que opinaban como Irene y Pandora y entonces Zeus, después de meditar algunos instantes, se expresó así:

—He aquí mi sentencia; perezca la KULTUR y sálvese la Alemania universal de Beethoven y Goethe. La paz y la dicha de los mortales van a ser posibles en breve término. Lo anuncio con profundo gozo. Vencida Germania desaparece el principal obstáculo que se oponía al más apasionado acaso de mis grandes y ocultos designios: la reconciliación de Apolo y Dionisos y la armonía de Cristo y Mammón. La pugna de aquéllos y la enemistad de éstos fue, a decir verdad, sólo aparente; parecían principios opuestos y eran manifestaciones del mismo principio, concurriendo al mismo fin. Los antagonismos de los dioses, de igual modo que los antagonismos sea del cosmos, sea del mundo, se penetran y resuelven dentro de mí en íntima y acabada alianza, como los sexos contrarios se maridan y funden en la amorosa lucha para dar nacimiento a la armonía del nuevo ser. La historia del universo proclama esa irresistible tendencia a la lucha y luego a la fusión cadenciosa de los ritmos opuestos. Temis domina cada vez más el caos y éste mismo, si bien se considera, es orden sin orden, como si dijéramos orden en bruto. La línea curva se compone de infinitas rectas, la concordia de infinitas pugnas. Los que parecían irreconciliables enemigos, Apolo y Dionisos, Cristo y Mammón son mis hijos, son

hermanos, son aspectos distintos del mismo ímpetu. Mi hálito vital al atravesar la materia y para penetrarla más y animarla se dividió en inteligencia e instinto, amor y egoísmo y también en lo que llaman los hombres, bien y mal; pero todo es el mismo impulso dinámico, la misma corriente de vida, la cual avanza ya junta, ya separada, ya a la luz, ya entre las sombras siguiendo los cauces cavados por mi voluntad en el tiempo y el espacio. Bien será ahora que los dioses y los mortales vayan conociendo mi verdadera condición, que disimulé, hasta cierto punto, porque así era menester a los fines que perseguía. Si a unos o a otros me hubiera mostrado tal cual soy, habrían sido petrificados por una mirada cien veces más terrible que la de Medusa o fulminados por un rayo infinitamente más exterminador que la chispa que brota del seno de las nubes. Hoy no corren esos peligros. Saben lo bastante para penetrar, sin pavura ni riesgo de morir, el grande misterio. Mi voluntad es el Todo, es la energía madre de la que salieron los seres, las cosas, los elementos, los dioses mismos y a la que los dioses, los elementos, las cosas, los seres, vuelven paulatina e incesantemente.

Los mortales tuvieron inspirados barruntos de mi naturaleza, cuando me llamaron causa primera, el Creador, el Todopoderoso, Dios, y me atribuyeron sagaces la suprema sabiduría, el poder absoluto, la memoria infinita, al darme por esposas e inefables compañeras a la ubérrima Metis, que lo sabe todo y que yo llevo preciosamente guardada dentro de mí; a la poderosa Temis, la ley infalible del orden físico y del orden moral; a la pródiga Mimosina, de quien tuve a las Musas, encantadas madrinas del mundo. Pero yo soy más aún; soy la vida y la muerte, el ser

y el no ser, el principio y el fin, esta vida y la otra vida, el Todo y la Nada. Mi alma contiene las formas del pasado, del presente y del futuro y nada acontece si no está en mis designios. Pero esto no quiere decir que todo esté determinado ni que todo sea igualmente grato a mis ojos, sino que todo está en mí, incluso la libertad y la justicia, estallidos supremos de las potencias oscuras, que después de convulsionar el universo entero y convertir, tras tremenda lucha, lo imponderable en materia tangible, la materia inerte en vida, la vida en espíritu, se hace luz fulgurante en la conciencia del hombre. Lo que esa luz ilumina es el bien; lo que deja a oscuras el mal. Mas sería grave error suponer que la libertad y la justicia, últimos eslabones de una larga cadena, sean obras exclusivas del mortal, porque únicamente en el mundo mágico de la conciencia se realizan; no, todo ha sido preparado por el esfuerzo colosal del cosmos entero para que allí se realice. La ley del hombre es el punto extremo de la ley del cosmos; la libertad el cenit de la fatalidad; la justicia el hito misterioso de la universal iniquidad. El mármol, una vez esculpido, es estatua, pero no por eso deja de ser mármol. La forma tiene por soporte a la materia, y el espíritu tiene por soporte a la forma, pero materia, forma y espíritu no son cosas divergentes y antagónicas, sino cosas inseparables y amigas, como lo son el egoísmo y el desinterés, la fuerza y el derecho y otras aparentes antinomias por las cuales tanto ha sufrido y sufre la humanidad. Y bien, es preciso que el hombre vea claro y que utilizando todas las energías y practicando todos los cultos, porque todos son legítimos a su manera, acabe de consolidar el imperio de la ley humana en el mundo. He ahí la misión divina que le está con-

fiada a la criatura de barro. Irene y Pandora la inspirarán, sirviéndole de tutores y consejeros, Apolo y Dionisos, Cristo y Mammón y también Palas y Afrodita. Vuelva Prometeo libertado a la tierra en compañía de los dioses amigos del efímero. De unos y otros necesita éste para llevar a feliz término su grandiosa obra y, en particular actualmente, de Mammón. Muéstrale, Apolo, tu verdadera condición utilitaria a fin de que no se pierda neciamente en locas divagaciones; tú, Dionisos, enséñale a discernir lo que la inteligencia deja a oscuras en el plano de la acción: hazle comprender, Jesús, el interés del amor, y tú, Mammón, el desinterés del egoísmo; revélale ¡oh combativa Palas! los códigos marciales de la razón y tú, voluptuosa Afrodita, los secretos austeros de la belleza, mientras Irene y Pandora le comunican el deseo insaciable y la sed de lo infinito, padre y madre de la audacia divina del mortal. Id, pues, a la tierra y depositad un ósculo de paz en la frente de Lutecia y sus valerosos aliados. Yo quiero que la razón de Lutecia, por ser la más favorable a la ambición humana, impere y sea la razón del mundo: pero quiero también que esa razón no olvide su olímpico origen, y lleve siempre, como Palas, lanza y escudo.

PANORAMAS DEL
MUNDO ACTUAL

PANORAMAS DEL MUNDO ACTUAL

I

EL HOMBRE HA DEJADO DE SER LA MEDIDA DE TODAS LA COSAS — EL HOMUNCULUS QUE HA CREADO SE VUELVE CONTRA SU CREADOR — EL CAOS DEL MUNDO ES UN REFLEJO DE NUESTRO PROPIO CAOS. — EUROPA O LA BARBARIE.

Al volver a mi país tras larga ausencia, me ha sorprendido grandemente la tranquilidad y el optimismo respecto a los problemas de la era industrial, que aquí se respira y contrasta con la tribulación europea. Sufrimos económicamente, financieramente, pero el alma y el espíritu no sufren. Allí la inquietud de los gerifaltes de la política y los hombres dotados de órganos perceptores más finos, es zozobra, angustia, alta fiebre y a veces desaliento profundo, al considerar que los conflictos del confuso mundo actual lejos de resolverse se intrican y multiplican. Quizás se ataca el efecto y no la causa. Después de la sangría abierta de la guerra, la desazón y el desencanto han ido creciendo. La sangre no ha dejado de correr. Las pócimas y los menjunjes de los galenos de la cosa pública no han dejado de fallar. Todos sienten que el suelo tiembla, que viven sobre un volcán y que en el cielo se amasan las tormentas. Entre tanto nosotros parecemos vivir en el mejor de los mundos. No seré yo, seguramente, quien aconseje el temor o el pesimismo, pero me parece que no estamos al cabo de la calle, que no nos damos exacta cuenta del significado y alcance de la revolución mundial, revolución, antes de

nada, del alma, del espíritu y la conciencia, por lo cual afecta a todo el hombre, a todas sus creaciones, a toda la civilización. El optimismo inconsciente es ceguera, insensibilidad; no actitud precavida y valerosa. No da el grito de alerta, ni permite preparar la grande nave del Estado, ni la diminuta nave de cada individuo, para capear el temporal. Y el temporal sacude nuestras puertas. Nos viene rugiendo del resto de la tierra.

En momentos de tan intenso dramatismo sería por lo menos superfluo discurrir sobre la cuádruple raíz del principio de la razón suficiente, o las mónadas de Leibnitz o las categorías de Aristóteles. Todos los materiales del conocimiento filosófico anterior a esta época, son como los bloques colocados de la enorme pirámide que hemos ido elevando. Ahora tenemos que poner otros bloques, y por último la piedra de cuatro filos, y una punta que coronará la pirámide e indique el acabamiento de una cultura y la urgencia de empezar otra. Ahí hemos llegado, y es fuerza crear las nuevas tablas de valores que pide la vida actual. Yo quisiera sugerir la perentoria necesidad de abrir los ojos del cuerpo y del alma, a fin de ver claro dentro y fuera de nosotros y estar prontos. Esta es la verdadera actitud del hombre moderno; pero estar prontos significa saber cabalmente, o al menos sentir lo que hoy somos, lo que queremos, y poseer cierto sentido del futuro. Una vislumbre del destino humano.

Estamos atravesando el momento más trágico y grandioso de la historia. El mundo es un caos, y ese caos entenebrece todos los ámbitos de él, y se ha infiltrado hasta en las conciencias más simples. No tiene una causa, sino miles de causas de múltiple raigambre, lo que aumenta en grado superlativo su compleji-

dad, su impenetrable maraña de misterios. El político ve sólo el fenómeno político, un ángulo del campo óptico; y lo mismo le pasa al economista, al sociólogo, al filósofo, al sacerdote, al comerciante, al obrero... No hay pupila, por telescópica que sea, capaz de abarcar la totalidad del caso, que por añadidura es cambiante, fugitivo, y se presenta cada día con matices distintos. Nadie sabe, ni puede barruntar siquiera, lo que va a sobrevenir. En lo futuro, ¿predominarán las potencias de las tinieblas sobre las potencias de la luz, los titanes sobre los dioses? ¿Va a periclitar la civilización occidental, *substractum* del saber, el poder y los preciosos tesoros del hombre? Lo ignoramos.

El fabuloso equilibrio de antagónicas fuerzas que constituía esa civilización, la única viva, la más grande de todas porque fue más allá que todas las otras juntas en el dominio de la naturaleza, en arrancarle a la tierra sus secretos y al cielo sus chispas divinas; la más rica de conciencia también porque ha resuelto y sigue planteándose el mayor número de audaces problemas, vacila, se desorganiza por la sencilla razón de que aquel fabuloso equilibrio se ha roto, las fuerzas que lo componían chocan entre sí y dan pábulo a desesperadas crisis. Crisis económicas, que determinan mil otras crisis financieras, políticas, morales; crisis de la libertad, la autoridad, la confianza; dramática ruptura del presente, de todo el presente, con el pasado, con todo el pasado y en todo orden de cosas; y lo que es más grave y cargado de infinitos males, crisis del espíritu, la única cosa que, después de las grandes hecatombes, del hundimiento de las culturas, de las ruinas de las urbes, del diluvio destructor, del tiempo en que las civilizaciones se ahogan, queda, como el arca de Noé, flotando sobre las aguas. ¡Qué enorme

drama! Es como si las mutuas atracciones que ejercen los cuerpos celestes unos sobre otros y los mantienen a distancia impidiéndoles precipitarse en el vacío o estrellarse, hubieran cesado bruscamente y entraran en patético conflicto.

Así en el mundo. La anarquía es total. No sólo las doctrinas. los credos, las ideas, los intereses, las apetencias de los pueblos entablan lucha, sino que en el fuero interno de cada hombre, los instintos, los ímpetus. los sentimientos, levantan pendón de guerra y se disputan el dominio del alma. Y para agravar la situación, los espectros de la miseria, el dolor, la guerra, la barbarie, irguiéndose espantables en el horizonte por donde se broncea el sol.

Y caso paradójico: esto acaece precisamente cuando el poder y el saber del hombre son casi inconmensurables. ¿Por qué? Quizás las ilusiones constructoras de mundos mágicos — la civilización entera es un artificio, un estado contra natura — nos han llevado demasiado lejos. No hay que olvidar la sentencia del viejo Paracelso "Aquel que en cualquier orden de cosas pasa la medida, cae en la desesperación". Quizás por aquella famosa ley de los contrastes del aún más viejo Heráclito, hartos de las trabas y maneas del apolónico orden, caemos en el dionisíaco desborde. Acaso sufrimos de una neurosis colectiva provocada por el desacuerdo profundo entre nuestros impulsos de aves de rapiña y las reglas morales que se oponen a su satisfacción. Acaso el mundo burgués, entre otras fallas, muere por no haber sabido convertir la riqueza en libertad y justicia, que era su alta misión, y su voluntad, si no expresa, implícita. Tal vez las fuerzas revolucionarias o las conservadoras o las económicas han desbaratado el plan establecido por la experiencia

de los siglos. Tal vez sabemos demasiado. Es lo más probable. El instinto de conocimiento, que en la filosofía nietzscheana destruye las ilusiones favorables a la vida creadas por el instinto vital, pero sólo para darle a éste pie y ocasión de crear otras nuevas, parece haber vencido definitivamente a su adversario. Hemos perdido, entre tantas conquistas, el inmenso poder de ilusionarnos. ¡Tremenda calamidad! Conocemos los secretos de nuestro propio y divino juego. La ciencia, en sus grandes construcciones, se nos convierte ante los ojos espantados en ínfimas hipótesis; la filosofía en curiosas imágenes, espirituales expresiones de un temperamento dado; el arte en aladas ficciones. La verdad, el pensamiento puro, la cosa en sí, soportes en los cuales nos apoyamos, no existen, no han existido nunca, son puros aunque grandiosos espejismos. El mundo real existe, lo palpamos, pero lo concebimos de una manera distinta a lo que es, lo descomponemos para asimilarlo en series de sensaciones, representaciones, símbolos. Esa complejísima operación de los sentidos, merced a la cual el mundo exterior entra en nosotros, nos parece sencillísima, y es un prodigio de alquimia cerebral. La realidad bruta de las cosas no cabe en el cerebro; éste no ingiere una catedral, un panorama: lo que ingiere son las impresiones, las apariencias de las cosas, que se convierten en imágenes, obligándonos a trabajar sobre esencias espirituales, no sobre realidades. Aumenta el subjetivismo del conocer, que es relativo, y del obrar, que es completo, el que la inteligencia, formada en la búsqueda del lado útil de las cosas, ponga entre éstas y nosotros un velo utilitario, que orgánicamente, sin designio preconcebido, no nos permite ver el mundo tal cual se ofrece a la vista, sino como a nosotros nos conviene que sea.

Siempre nos formamos la moral adecuada a nuestra fisiología, intereses, anhelos. Un pueblo de sacerdotes se fabrica una moral de sacerdotes; un pueblo de guerreros una moral de guerreros; un pueblo de industriales una moral de industriales. Lo que no nos interesa no lo vemos siquiera, no entra en nuestro mundo perceptible. La inteligencia, a mayor abundacia de razones, es sólo la mano de la voluntad. Deseamos, e incontinenti nos construimos la ideología apropiada a la realización del deseo. El que quiera saberlo a ciencia cierta que se observe y observe a los demás. Hará descubrimientos que lo llenarán de asombro. Constatará que absorbemos el mundo o lo proyectamos, que pasa al través de nosotros y toma los contornos y los colores de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad. El hombre no puede salir de la cárcel de sí mismo, pero las proyecciones de su yo son inagotables y se materializan en multitud infinita de descubrimientos, construcciones y creaciones. "El mundo es la prolongación de nosotros mismos" y lo percibimos como rebote de nuestro yo. Somos ante lo exterior como dos espejos cambiando sus imágenes, cambiando sus reflejos. La conciencia de este integral espejismo, que de diversos modos y por distintas vías han hecho más patente Nietzsche y Bergson en la filosofía, Einstein en la ciencia, Freud en la sicología, Proust en la literatura, nos llena de dudas, y hace que nos sintamos como sin suelo, sin norte y desamparados en un mundo fantasmagórico.

En verdad, sobre el haz de la tierra no hay criatura más propensa a engañarse, aparentemente al menos —ya veremos cómo no es enteramente así—, que el hombre, y tal acontece gracias a ese fuego fatuo que lo guía y que el ufano llama la razón. ¡Pobre

razón! Los sentidos la traicionan a porfía: las pasiones y los instintos la ciegan; las esperanzas la enloquecen y las ilusiones la fuerzan a vivir entre espejismos, fantasmas y espectros. ¡Quimérica existencia! Como en la maravillosa historia de los caballeros andantes, todo acontece en la atribulada vida del mortal por arte de encantamiento. Los ojos no ven lo que ven, ni los oídos escuchan lo que oyen, ni la razón juzga de las cosas imparcialmente, ni la voluntad hacia un punto determinado se encamina, sino que las desoladas criaturas ven, oyen, piensan y quieren, a la manera de los sonámbulos, inducidas, no por las realidades sensibles y verdaderas, sino por los espejismos internos y arteros. Y así, armados de las refulgentes armas del engaño, con la bacía por casco, la celada de cartón, la lanza en ristre y transido el rocín; confundiendo siempre los molinos con los gigantes, los rebaños con los ejércitos y tomando siempre, siempre, las mozas de partido por finas duquesas, andan los hombres tras la verdad, tras el ideal, tras la mentira saludable, que es su Dulcinea, que es la zafia aldeana Aldonza Lorenzo. [4]

La realidad presente huye delante de nosotros, y cuando creemos asirla se desvanece como un fantasma; uno de los tantos fantasmas que incesantemente engendramos. De ahí que nos sea imposible creer en nada, porque nada resiste a nuestro análisis furibundo. Nuestro poder de destruir, sobre todo espiritualmente, corre parejo con nuestra facultad de construir suntuosos palacios ideológicos, que habitamos durante una temporada de verano y abandonamos luego para siempre. Sabemos que los edificios son preciosos ara-

4 *Diálogos Olímpicos*, por Carlos Reyles.

bescos del gran mago que llevamos dentro sobre el cañamazo del mundo. Los dogmas. los credos, las verdades, que antes nos sostenían, han perdido su mágica virtud. ¿Qué ha sucedido? Ha sucedido algo extraordinario y que explica, a mi entender, el desorden y la confusión reinantes; el hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas. Ahora los sucesos son más grandes que él, van más ligeros que sus previsiones y lo desbordan. Ha dejado de imprimirle el ritmo de su inteligencia y su corazón a las inmensas energías de que dotó a la civilización, y éstas se desmandan y entran en conflicto, exactamente como le pasa al individuo cuando deja de gobernarse y se anarquiza.

El caos del mundo es un reflejo fiel de nuestro propio caos.

Las impetuosas mareas de la vida han derribado las murallas y los diques del orden racional, si es dable llamarlo así, y nos arrastran mar adentro. Como el doctor Fausto, la humanidad ha fabricado en los matraces y retortas de sus fantasmagorías un homúnculus prodigioso, que se llama civilización industrial. El juguete, fértil como el progenitor en invenciones y sortilegios, ha adquirido terribles potencias; posee una voluntad incoercible y contradictoria, vivo trasunto de la nuestra, que no alcanzamos a discernir; se insubordina y amenaza a su creador.

¿Qué hacer?, ¿volver atrás, echar máquina atrás y servirnos de las viejas normas que nos dieron antaño una finalidad y una razón de existir? Imposible. Para ello sería necesario primero borrar con el codo lo que escribimos con la mano, olvidar lo que pensamos, lo que sentimos, lo que somos, y reducir además considerablemente el número de habitantes del

globo. No se muda de civilización como se muda de casaca. La civilización es como una majestuosa escalera. Cada peldaño indica un sentir y un pensar, un modo peculiar de concebir la vida y el conocimiento. El hombre actual está en el último peldaño y forzoso le es contemplar el panorama del mundo desde él y vivir su tragedia. Cada época crea la tabla de valores necesaria para la vida que está viviendo, y ésa es precisamente su alta función. Contra lo que se ha dicho dejándose llevar por similitudes superficiales, el pasado no se repite jamás. Aunque en el fondo acaezca lo mismo, el sentido es distinto y ese solo hecho lo trastrueca todo. Cada día todo es nuevo bajo el sol. No cabe regresar. No podemos detenernos. Tenemos que seguir creando, que seguir adelante empujados por el torrente irresistible de la vida, hasta descifrar todos los enigmas de la Esfinge, hasta agotar las posibilidades que nos ofrece el destino, hasta destruir tal vez lo que hemos creado en tantos siglos de sobrehumano esfuerzo.

La realidad, la verdad que afiebrados buscamos a fin de tener un punto de referencia, un poco de tierra firme, un dios en el cual apoyarnos, está dentro del hombre mismo, y finca en su voluntad de dominio, de la cual es prolongación, no cosa opuesta a ella, aunque no se haya dicho la voluntad de conciencia, mundo donde no reina la ley del cosmos, sino la ley del hombre, empeñada en establecer el reino de la libertad, la justicia y la dicha, en el imperio mismo de la iniquidad, la esclavitud y el dolor.

La naturaleza desconoce la libertad y la justicia humanas: es tiránica jerarquía, sumisión, obediencia ciega de las energías débiles a las fuertes. Los peces grandes se tragan a los pequeños y los astros mayores

a lo menores. Pero el hombre se rebela. Desde que sale, por su solo esfuerzo, de la animalidad, lucha a brazo partido contra la naturaleza para someterla. En lugar de obedecer quiere mandar; en vez de esclavo pretende ser tirano. Su grandeza estriba en ser hijo de sus propias obras. Habiendo nacido desnudo de cuerpo y alma, indefenso y miserable, osó revolverse contra el universo entero y fabricar con sus débiles manos y pueriles ilusiones el mundo que anhelaba su bravo corazón: un mundo libertado de la inicua ley del cosmos. Si hubiera venido a la vida con una ciencia ya hecha y el discernimiento del bien y del mal, habría sido menos grande que promulgando su ley e imponiéndosela a los dioses mismos; si recibiera de lo alto, por modo milagroso, la verdad, la libertad y la justicia, y no impusiera después de crearlas con risas, lágrimas y sangre su justicia, su libertad y su verdad, no habría realizado el estupendo milagro de darle a la vida, en medio de la indiferencia absoluta de la naturaleza por el destino humano y la carencia de todo fin moral, el significado preciso y la finalidad trascendente que hacen de la vida una divina empresa.

Mas ¿será posible que triunfe la rebeldía del mortal? La historia de la creación, rica en episodios dramáticos, registra otras rebeliones que salieron vencedoras asegurándoles a los revolucionarios una existencia menos esclava de la fatalidad. Tal la que llamó Remy de Gourmont, inspirándose en Quintón, pero sin sacarle ninguna consecuencia metafísica, la insubordinación vertebrada, acaecida en el remoto escenario marino, cristalina y salada cuna de todas las especies.

¡Prodigiosa aventura! Al disminuir con el enfriamiento progresivo de la tierra la temperatura del medio vital, indispensable al progreso de los organismos

existentes, la mayoría de éstos, para vivir, aunque declinando a medida que la temperatura declinaba, aceptaron humildes la opresión exterior y se hicieron siervos sumisos de ella. Pero el vertebrado se insubordina; rehusa ponerse al diapasón del ambiente que lo constriñe a someterse o correr el riesgo de morir; no acata el mandato implacable que lo condena a enfriarse y descender; prefiere la descomunal pelea, se repliega sobre sí, reconcentra sus fuerzas, hace un esfuerzo supremo, y por alquimias ignotas, crea la increíble, la estupenda, la maravillosa facultad de producir calor, de mantener dentro de sí las condiciones térmicas primitivas y óptimas que le son necesarias para vivir y prosperar, y así asciende por la escala zoológica arriba, hacia formas cada vez más complicadas y perfectas de la animalidad, mientras las especies sometidas se estancan en su evolución ascendente o retroceden hacia las modalidades más inferiores de la vida.

"El mamífero metafísico le ha hecho a la creación una jugarreta parecida. A fin de romper el círculo mágico de la norma natural, del que no pueden salir los seres ni las cosas; a fin de libertarse de las tiranías de la materia, que no lo deja despojarse de la vestidura animal y satisfacer sus ansias de escalar los cielos, el hombre le arroja el guante al Destino, se encastilla en el alma, eleva sus fiebres y crea artificialmente, dentro de sí también, la temperatura moral que producirá luego el portento de una libertad y una justicia propias, el prodigio de una conciencia, el milagro de un mundo en el que no manda la cruel voluntad del universo y donde el primate libertado campa por sus respetos y vive como un rey en su reino. Y como el vertebrado, protegido por su temperatura, subió hasta el hombre, éste haciendo escudo de su

conciencia, asciende hasta los seres de esencia divina y se dispone a enseñorearse del Olimpo." [5]

El saber cuál es la condición intrínseca y los límites del ser humano nos inducirá a no exigirle más de la cuenta y evitar las contradicciones en que incesantemente caemos. La humanidad ha ido acumulando contradicciones. La crisis actual es, en buena parte, la suma de las contradicciones pretéritas y la causa, acaso, de que el hombre no sea la medida de todas las cosas. El signo del tiempo es el airón del desacuerdo interno. Las doctrinas, los hechos, los fenómenos de nuestra época no están de concierto con lo que somos; parece que no tuvieran sinfónica relación con lo que pretendemos. Predicamos el desinterés y obramos interesadamente; y no cabe, hasta cierto punto, otra conducta, siendo el hombre pura gravitación sobre sí; queremos la libertad y somos esclavos de los instintos, las pasiones, la herencia, la necesidad; y, en determinada proporción, es saludable que así sea; anhelamos la paz, la equidad, la liberación de las clases oprimidas, y llevamos a los cuatro puntos cardinales del planeta la lucha y el dominio por medio de las armas, las fuerzas económicas, las ideologías; porque no conviene llamarse a engaño: las ideas y los anhelos no son menos combativos que los ejércitos; sólo que el dominio de la fuerza nos indigna, y el de la fuerza trasmutada en anhelos e ideas, no.

Pallas, la diosa de la razón, salta de la testa del padre celeste lanzando un grito de combate Los griegos la armaron de lanza y escudo. Las ideas no son vírgenes tímidas de albas manos y blando corazón; son intrépidas amazonas que en los riscosos campos

5 *Diálogos Olímpicos.*

de la conciencia toman feudales castillos, entran a saco villas y ciudades, incendian, matan, destruyen los templos y las mieses y hacen prisioneros y esclavos. Una humildísima sensación se introduce a hurto en el receptáculo misterioso de la célula nerviosa; sigilosamente se atrinchera allí; congrega muy luego en torno suyo otras sensaciones hermanas y al mismo tiempo combate y destruye poco a poco, pero tenazmente, las sensaciones antagónicas Así dilata sus zonas de influencia a los centros nerviosos; conquista, después de muchas maniobras prolijas, las fuertes posiciones de los lóbulos cerebrales; invade los dominios del alma, haciendo riza y estrago de lo que se opone a su marcha triunfante y sale por fin en son de guerra audaz y avasalladora al mundo exterior, para transformarse, ejerciendo las mismas violencias, en hechos reales e imperar sobre otros hechos.

Al impulso belicoso debe el mortal mucho de lo grande que ha hecho sobre la tierra. Ese impulso, ahora delirante, nos desquicia. Pero no hay que desesperar. El descorazonamiento es un estado de sepultura. Al contrario, urge adoptar una actitud confiada y valiente ante las temibles Esfinges que hoy nos salen al encuentro. El ser que hizo del rayo sumiso mensajero y le arrancó a los dioses tantos poderes, sabrá ponerle un chaleco de fuerza al desmandado homúnculus que creó en sus portentosos laboratorios y reducir a sabias euritmias las discordias del mundo. Es la misión de la inteligencia al servicio de la voluntad humana, forma sutil de la energía cósmica, donde no reina el caos, sino un orden establecido por infalibles leyes.

La cultura occidental es la única Minerva capaz de dictarle al mundo, como mil veces lo ha hecho, la nueva tabla de valores que las necesidades del presente

reclaman. Los pueblos de las dos Américas pertenecen a esa cultura, millonaria de posibilidades y deben defenderla si no quieren gemir mañana bajo el yugo de los bárbaros. Porque son las invasiones de los bárbaros lo que nos espera si Europa se debilita en luchas intestinas y acaba de perder el prestigio —ya puesto en la picota por la guerra— que le daban su poder de construir y de destruir, sus armas terribles, ciencias, artes, industrias, de la que es precioso *substractum;* y así como la piedra filosofal, la técnica, que tanto codician la China, la India, el Africa, toda el Asia, todo el Oriente y particularmente Rusia, porque es un instrumento de dominación, Rusia tiende económicamente y espiritualmente a ocupar más espacio en todas las tierras. El marxismo ruso es sólo una máscara de la voluntad de dominación y posesión. Europa es la barrera, y por eso pugna por destruirla, no antes de haberse apoderado de su saber, olvidando que éste es el producto de un aparato de precisión cronométrica: el espíritu europeo. No cabe aislarlo de la civilización occidental; para asimilarlo hay que haberse nutrido en las robustas ubres de aquélla. Es muy poco probable que los trescientos mil bolcheviques que le hicieron marcar a la fuerza el paso comunista a ciento sesenta millones de rusos de mentalidad medieval y a las masas asiáticas convulsionadas por el morbo soviético, puedan tener alguna influencia honda en la suerte del mundo. ¿Qué le ofrecen?: las manos vacías y unas curiosas concepciones y extraños métodos que han convertido a Rusia en pavoroso presidio. La liberación de los pueblos oprimidos y del proletariado, el paraíso del obrero, la tierra para el que la trabaja, la socialización de las fábricas, luego el plan quinquenal, ha venido a parar en eso: tiranía,

ruinas, miserias, esclavitud, desesperación y reino del terror. Y no quiero hablar de los horrores de la revolución ni del más grande crimen de Lenín: la decapitación de las cabezas pensantes de Rusia y el martirio de los intelectuales.

Según él, nada tenía que hacer con los intelectuales. Ningún fanático hace buenas migas con éstos. Y Lenín lo era en alto grado. Lo impulsa la pasión, el resentimiento, quizá el odio del plebeyo hacia los primores de la cultura que no comprende. El revolucionario, inhumano y satánico con puntas y ribetes de místico, posee eficiencia para destruir; llegado al Poder su acción se resuelve en una serie de fracasos y contradicciones, porque no lo guía la ciencia y el razonamiento del experimentador; le falta además sensibilidad, y es por ello, malgrado el intelecto potente, pero macarrónico, un espíritu falso.

Lo que salva la revolución bolchevique en sus albores no son las ideas de Lenín, son los ejércitos de Trotski.

Del evangelio de Lenín, queda muy poco en la Rusia de Stalin. La Rusia actual no tiene otro propósito que la producción. El bolcheviquismo es un imperialismo económico, paralelo al capitalismo yanqui, sólo que inmensamente más materialista y preparándose en la moderna escuela para serlo más profundamente aún. Por ese camino el hombre nuevo será el troglodita tecnificado. Y Rusia una inmensa usina sin espíritu ni alma, pero poderosa, aunque haría falta averiguar si una concepción de la vida puede ser poderosa sin alma ni espíritu. A decir verdad, como lo hacía ver hace luengos años en *La Muerte del Cisne*, los factores económicos, cuya supremacía hoy nadie discute porque se palpa, porque casi no se puede pen-

sar sino económicamente, son puro deseo de poder, que es el ánima de las criaturas, y a eso, más que a otras razones, deben aquéllos su fuerza y su grandeza incontestables, lo cual no quiere decir que sigan siendo lo que son: opresores. Al contrario, Mammón sueña con la libertad y la justicia.

¿Y la dicha común? ¿Y la comunión de los hombres? Y bien, tales fines los lograrán, a pesar de la anarquía momentánea, los intereses y no el desinterés: la riqueza de todos y no la miseria de todos; el orden y no el caos. Libertad y Autoridad necesitan un reajuste y un limpión de afeites engañosos, como la democracia, el socialismo, el comunismo y el hitlerismo. Muy comúnmente bajo la máscara de Minerva aparece ceñudo el rostro de la Gorgona Hoy más bien clamamos por el orden y no por la libertad. Donde quiera que se establece la autoridad surge el orden. Donde quiera que surja la libertad, mal entendida, nace el desorden. Esa palabra, que tantos sacrificios nos cuesta y por la cual tanto hemos suspirado, es quizá sólo una palabra que quiere decir otra cosa. Es acaso como las novias, que rehusan un beso, no por falta de amor, sino por sobra de *rouge*. No niegan los labios, pero para que se nos den es preciso quitarles la pintura.

Hemos recibido pequeñas dosis de libertades a cambio de infinitas esclavitudes Buscamos algo menos falez. El estallido de los gobiernos de fuerza, el caso de que las tres nuevas formas políticas del mundo, los hechos de más velamen de nuestra era, bolcheviquismo, fascismo e hitlerismo sean dictaduras; y sobre todo, la tendencia de las sociedades modernas a conferirle los volantes del mando al Estado, el monstruo frío de Nietzsche, pero cuya constante y acentua-

da intervención en la organización de las actividades, que reclama la complejidad e intrincamiento de los intereses, nos incitan a pensar en otro sentido de las libertades, los derechos, y otra estructura estatal, que seguramente rebasará la democracia de viejo cuño, el socialismo, el comunismo, el fascismo y el hitlerismo.

El experimento ruso es un ejemplo de las contradicciones y los avatares rápidos de la época. Ha pasado por varias metamorfosis. Lenín, después de suprimir la moneda; entregarles las fábricas a los obreros; los bancos a gentes que nada entendían de finanzas; establecer la igualdad de salarios, lo que significaba igualdad de aptitudes; destituir y perseguir a los técnicos y cercenar las cabezas pensantes de Rusia por atribuir a las masas no sé qué ciencia infusa que ya le había conferido la Grande Revolución, declara sin empacho: "Las masas necesitan directores que las encaminen e ilustren", confesando así la aptitud superior de ciertos hombres en el arte de gobernar la nave de los Estados... después de haberlas construido pieza a pieza e inventado la brújula. En un abrir y cerrar de ojos pasa la edad realmente revolucionaria del bolcheviquismo. *La Revolución Desnaturalizada* se titula un libro de Trotski. Los Soviets adoptan el código burgués que condenaba a muerte la prédica. Se hacen financistas, industriales, militaristas. Ahondan las taras del parlamentarismo, crean ejércitos de funcionarios y rematan al fin en una dictadura de la producción. El capitalismo, a pesar de sus máculas y embrollos, los ha vencido al primer cambio de golpes. Mammón aplasta si no convence. Es un dios. Stalin exclama: "Capitalismo y Comunismo pueden vivir juntos". De hecho el capitalismo, sin verbo-

rragia ni doctrinas y por inesperadas vías, se va haciendo comunista en los Estados Unidos. Y mañana se levantará frente al comunismo ruso, el polo opuesto de la democracia, y será acaso su correctivo.

Entretanto, múltiples causas prolongan la situación caótica del mundo y atentan contra la civilización occidental. Son las principales el desquicio de la economía y la finanza, cuya génesis es difícil establecer cabalmente; la desviación trágica del mecanismo hacia la esclavitud y no la libertad del hombre; la ruptura harto radical del presente con el pasado, que crea situaciones nuevas a las cuales ningún actor está habituado: la guerra latente de las naciones y el desacuerdo, no señalado, de los factores políticos y los factores económicos, que los políticos incongruamente manejan y dirigen. Como en caso de pugna no pueden ir contra sí, van contra éstos. La democracia social pide un Parlamento donde estén representados todos los intereses y no sólo los partidos y sus fracciones. Un Parlamento político expresa la voluntad política, pero no la voluntad social. Esto ha producido y produce enormes confusiones, transgresiones y subversiones. Pero lo peor de todo es la incapacidad de ilusionarnos.

Europa sigue siendo el fruto colmado del instinto de soberanía, militar, material, moral, espiritual, y el foco de luz y de energía más poderoso de la especie humana. Gracias a su dinamismo, espíritu infinitamente inventivo y anhelo constante de saber y conquistar, se ha hecho inmensamente sapiente y civilizado todo el planeta. Donde posa su varita mágica surgen continentes desconocidos, inmensos territorios, islas floridas, razas, pueblos, que arranca de la barbarie; es decir, de la vida vegetal y empuja a la más

vida. Convierte en un triquitraque los páramos en vergeles. Suprime las pestes, alarga la existencia en el sentido de la longitud, la latitud y la profundidad. Inventa nuevos sentidos y nuevas dimensiones. Considérese lo que el europeísmo ha hecho del Japón en sólo treinta años y lo que sería hoy Rusia si los dictadores rojos lo hubieran adoptado y adaptado a sus fines en vez de poner en práctica tantas apocalípticas majaderías. Nuestra cultura ha acrecentado inmensamente el poder del hombre europeo, y eso no es gollería. Por medio de aparatos prodigiosamente ingeniosos pone en súbita comunicación a los pueblos separados por miles de leguas; merced a otros, multiplica hasta el infinito sus dominios materiales y espirituales. Descubre mundos fantásticos en el invisible átomo, universos en el Universo. Su ciencia gana en maravillas a la misma naturaleza. Se encara con el cosmos; se mide con el Destino, desafía a los dioses. Su mágico poder hace de la vida un perpetuo milagro. Abre un garaje y sale corriendo un *pur-sang* mecánico a doscientos kilómetros la hora; abre un hangar y sale volando un pájaro de metal con un palacete dentro; abre una caja de música y sale cantando un dios. La cultura europea vence más con la gracia que con la fuerza. Si se emplean los ejércitos, van con ellos la grande Armada de las ciencias, las artes, las industrias, precedidas de la divina facultad de soñar. Nunca la tierra vio tantos prodigios. Nuestro saber pone en las manos más humildes, bienes, placeres, goces, tesoros que antes no conocieron ni los reyes. La actitud escéptica o despreciativa de muchos representantes del espíritu ante la era presente, demuestra que no comprenden, que no son actuales, que son fósiles. No comprenden que la cultura europea

peca por exceso, no por defecto; por sobra de virtud y de virtualidades; que probablemente los conflictos de hoy son las agitaciones y los dolores de un alumbramiento. A pesar de la confusión percíbense algunas vislumbres. A Europa le pesa la corona, pero aún en medio de la crisis mundial, sigue inventando y dominando, aunque no económicamente; y ahí se aloja, como el diente en su alvéolo, uno de los más poderosos elementos de perturbación

El centro de gravedad económico, que estaba en Europa, se ha desplazado a los Estados Unidos, rompiendo un equilibrio de siglos, que agravará el imperialismo económico bolchevique. El instrumento de dominación, que Europa cedió generosa, la técnica, funcionando mal, se vuelve contra ella. Si acuerda el ritmo de su inteligencia al ritmo acelerado de la civilización industrial y acierta a crear una nueva tabla de valores para la vida que está viviendo —lo que no pueden hacer los Estados Unidos ni Rusia por creer demasiado en la realidad bruta de las cosas, y falta, en suma, de complexión espiritual adecuada al caso— el hombre tornará a ser la medida de todo: mandará. Aquí el optimismo no es cobardía como quiere Spengler, sino deducción lógica. Como sometió al rayo someterá a la máquina. El "ganarás el pan con el sudor de tu frente" caerá sobre la máquina. En vez de esclavizar al hombre lo libertará, que es su verdadero fin; y éste, perfeccionándola constantemente, construirá instrumentos tan maravillosos, que un solo día de trabajo le bastará para el sustento de todo el año. Entonces, libertado, con mucho tiempo disponible para la especulación, la investigación científica y la invención, ejercería su incoercible instinto de dominio en terminar la conquista de la naturaleza y arrancarle a

Zeus, unas tras otras, todas las chipas divinas. Vendrían infaliblemente las grandes síntesis de las ciencias. Y el poder de la criatura humana sería tan inmenso que ni los mismísimos dioses le pondrían coto ni límites. Quizá entonces le sería dado intervenir en el orden del universo e impedir las hecatombes siderales que nos amenazan, o que nuestro planeta se helase, como parece ser el natural fin que lo espera, y rodará inerme, envuelto en el sudario de sus fantasmagorías, por el espacio infinito.

Si no logra cumplir en la hora presente su misión histórica de restablecer los equilibrios rotos y forjar ideales nuevos, nuevas ilusiones vitales, nuevas razones de obrar, querrá decir que nuestra cultura ha entrado en la edad senil, edad desencantada, terreno yermo donde no brotan las flores de la esperanza; y entonces perecerá, ahogada como otras culturas, en el mar de mareas siempre crecientes de lo pretérito. Pero el remolino, el espantable vórtice sería tan grande, que arrastraría a toda la civilización.

Bien mirado, por trágico que sea el desenlace de la crisis mundial, lo esencial permanecerá, aun en medio de la barbarie. Quedará el hombre con su deseo de poder, el alma, la sangre y la carne suyas, afilado por la virtud de imaginar. Y tornará otra vez, como lo hicimos nosotros, a arrancarle sus secretos a la avara Naturaleza e imponerle, poco a poco, la feble ley de su diminuto mundo a la ley todopoderosa del cosmos inconmensurable. Volverá a fabricar máquinas e instrumentos que le permitirán ver lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, volar a regiones donde los cóndores no se elevan, nadar mejor que los peces, subir al quinto cielo, descender al fondo del mar, vencer en la carrera a los animales más veloces,

suprimir las distancias, que es lo mismo que suprimir la fatalidad, crear las ciencias, las industrias, el arte, por medio del cual asirá un momento del tiempo caminante corriendo hacia la muerte, hacia la nada, y lo fijará en obras vivas de eterna belleza. Y sobre todo soñará y convertirá los sueños en realidades espirituales más fuertes que la realidad misma.

Y no habrá acontecido nada definitivamente irremediable, nada terrible, ya que, al decir de un ruso, "lo más terrible de todo es que no hay nada terrible". Pero Europa tiene aún muchas cartas en la mano y triunfará después de haber hecho examen de conciencia y reajustar los valores de su cultura. Ella nos aconseja varias actitudes mentales que impone este dilema, al que deben afrontarse valientemente los hombres, las mujeres y los jóvenes que piensan, sobre todo los jóvenes: Europa o el caos. De ella nos puede venir la luz, del resto del mundo, sólo tinieblas.

II

¿QUE SOMOS? ¿QUE QUEREMOS? ¿QUE PODEMOS?

¿Hasta dónde hemos ido demasiado lejos y hasta qué punto nos hemos quedado demasiado cortos? ¿Cómo conciliar lo que en nosotros será siempre naturaleza y civilización, que es, y lo será cada día más aún, estado contra natura? ¿Por qué medios hacer armónicas estas antinomias: libertad y autoridad, interés propio e interés general, voluntad de dominación y equidad, el yo y el tú, gravitación sobre sí y altruismo, la guerra, que cada individuo lleva dentro de sí, y la paz a que aspiran las sociedades? ¿De qué

modo impedir la lucha de los factores económicos y luego la guerra de las naciones? ¿Cómo dominar a la máquina? ¿Cómo gobernar al desmandado homúnculus que hemos creado y se vuelve contra nosotros? Sobre todo, ¿por qué arte forjamos una nueva ilusión vital? Finalmente, ¿por qué el hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas?

He ahí el examen de conciencia que debe hacer contrita la humanidad para ver claro, confesar sus culpas, afirmarse en sus certezas y disipar el caos del mundo.

¿Qué somos? Somos, como la materia, las otras formas de la vida, los módulos de las almas, un poco de barro de esencia divina, una manifestación sutilísima de las energías cósmicas. Siendo la materia depósito de energía no debe extrañar que el hombre, hijo de aquélla y compuesto de los mismos elementos, también lo sea. Cuando hablamos comúnmente de energía nerviosa, muscular, cerebral, anímica, no parece sino que lo barruntamos. A pesar de las travesuras de cierta especie de neovitalismo y las argucias de la metafísica, en lo palpable, en la jurisdicción de los hechos susceptibles de un principio, al menos, de demostración, el avance de las ciencias concurre por vías distintas y múltiples a destruir las viejas dualidades de la materia y la energía, de lo inerte y lo inanimado, de la bestia y del hombre, del cuerpo y del alma, dividida asimismo en dos, según Pitágoras y Aristóteles: la Nous o alma pensante e inmortal y la Psiquis o alma vegetativa y perecedera. Las manifestaciones vitales son consideradas como metamorfosis energéticas de parejo estilo que los procesos químicos. La vida parece distinta de la energía y el pensamiento diferente de la vida, porque el análisis común sólo acierta

a ver las perlas, no el hilo del collar que las une. Pero muchos sabios proclaman sin ambages que las piedras viven y mueren, que los metales se fatigan; que la materia, aun la más pesada y consistente, es velocidad pura, una forma estable de la energía; la vida un *complexus* de operaciones físico-químicas de la misma naturaleza que las progenitoras del individuo cristalino, el cual nace, asimila y se reproduce como la sustancia viviente; la inteligencia, un modelo singular de máquina explosiva de más rápidos efectos, pero no de distinta fábrica que la inteligencia física, directora de la maravillosa adaptación de los órganos sexuales de las plantas para ser fecundados por los insectos o preparando en el andar de los siglos los faros luminosos de los halosauropsis, a fin de que éstos puedan servirse de sus órganos visuales en los abismos tenebrosos del mar, adonde no llegan las ondas clementes de la luz. Todo vive de la misma vida y una es el ánima de toda cosa.

Nos maravilla y acoquina a una que esa ánima guerrera, esa actividad creadora y a la vez mortífera, porque al propio tiempo guerrea y armoniza, que los físicos descubren en las entrañas del átomo, mundo de patéticas luchas, los fisiólogos en la célula viva y los sicólogos en los orígenes del pensamiento, los moralistas la columbren en el fondo del acto moral y en el corazón de las sociedades.

Los astros, atrayéndose mutuamente para devorarse, se mantienen a distancia. Así se establece en el cosmos un dinámico equilibrio de cuerpos y fuerzas desconocido en nuestro planeta. Aquí reina la guerra sin tregua ni fin. Guerrea el mar con la tierra, las plantas con las plantas; guerrean los animales con todo y entre sí; lo mismo los hombres, aun cuando se aso-

cian. El impulso belicoso de éste, más avasallador que el de las fieras y los elementos mismos, lo han hecho el rey de la creación.

> Con rigor enemigo,
> Todas las cosas entre sí pelean.

Dice el manso fray Luis de León: y otro fraile, el padre Gracián, no tan manso —inspiró a Schopenhauer y puede considerársele entre los precursores de Nietzsche—, corrobora: "No hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento". En otra ocasión insiste ampliando: "Todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos".

Sea el mundo físico o el moral, el alma o el cerebro, el principio propulsor es el juego divino de la energía. Los hechos muestran la garra felina. Las guerras religiosas y las rivalidades enconadas de las doctrinas y las sectas; las herejías y los cismas combatidos por el fuego y por el hierro; las persecuciones feroces de los idealistas: las revoluciones rojas de los teóricos; la propensión irrefrenable de las Iglesias y las filosofías a convertirse en poder: actualmente los imperialismos burgueses y los proletarios, revoluciones, tiranías, guerras, y la transformación del fascismo y del comunismo en militarismos y dictaduras de la producción, instrumento de dominio, muestran hasta qué punto los principios activos del impulso belicoso, aunque disfrazados por ideales máscaras, ordenan las evoluciones de las huestes espirituales para la conquista y sumisión del mundo. Los aparatos y máquinas de guerra cambian en las diversas contiendas por la dominación, pero el resorte es el mismo bajo la engañosa disparidad de las formas. Los ejér-

citos emplean armas y estratagemas: las diplomacias argucias; seducciones y dulces violencias el amor; imperativos categóricos las morales; castigos los códigos; y las religiones milagros para convencer, recompensas para seducir, y terrores para dominar. Nada escapa a la inflexible ley que ordena imperiosamente a todas las cosas reñir e imperar. Cuanto existe en cielo y tierra es conquista y opresión de la energía triunfante sobre la energía vencida; cuanto nace o se forma en el tiempo y en el espacio, crimen y robo. Los peces grandes devoran a los pequeños, las bacterias al hombre, los pensamientos robustos a los débiles, los dioses a los dioses. Cada fenómeno, cada realidad, cada concepto, se alimentan de la carne viva de los otros. No podemos dar un paso sin hollar una flor, sin oprimir alguna cosa, sin cambiar golpes con alguien. Mas de esta lucha eterna y sin cuartel de los elementos, los organismos y las voluntades, nacen los astros, los seres y las almas. [6]

"Sin contrarios no hay progreso", asevera el místico William Blake. "Vivimos de la muerte de los otros", afirma bonachonamente A. France.

Siendo yo estudiante de filosofía anoté en un cuaderno de apuntes estas frases: "Carácter guerrero de todos los fenómenos. Tendencia del hombre a poseer y dominar", que el espectáculo del mundo y la naturaleza y algunas frases recogidas aquí y allá, no tanto en los filósofos como en los clásicos castellanos, me sugerían. Los gérmenes de *La Muerte del Cisne* proceden de ahí, y no del comercio íntimo con las doctrinas de Nietzsche que me encontré mucho más tarde, de vuelta de mil excursiones, buscando confirma-

6 *La Muerte del Cisne*, por Carlos Reyles.

ción de aquellas vislumbres en las filosofías y hasta en las religiones. Y siempre regresaba con algunas placas curiosas en mi kodak de viajero. Pude revelar y fijar que desde el naturalismo jonio, las cosmogonías y las éticas pierden el carácter divino y toman el perfil de las explicaciones de la conducta donde entran los fermentos energéticos de la voluntad de dominación nietzscheana. En la antigüedad, el estupendo Heráclito nos advierte que "la guerra es la madre de todas las cosas". Calicles nos da lecciones de ultra-aristocratismo e individualismo feroz, que dejan tamañitos los idearios de Maquiavelo y el profesor de Basilea. Lucrecio habla, antes que Darwin, de la lucha por la vida, la ley más inmutable y absoluta de la naturaleza. Más acá, Espinosa asegura que "el derecho natural es el derecho del más fuerte". Hobbes, con grande copia de razones, sienta como principio del obrar, el deseo de poder. Pascal arguye que la fuerza es una entidad que no se deja manejar como uno quiere porque se trata de una calidad palpable, mientras que de la justicia, calidad espiritual, podemos disponer caprichosamente, y llega a esta conclusión: "No pudiendo hacer fuerte lo justo, se ha hecho justo lo fuerte". Vauvenargues afirma: "Todo se ejecuta en el universo por la violencia". Petrarca se le había adelantado diciendo: "Sin lid ni ofensión, ninguna cosa engendra la Naturaleza", y Oscar Wilde: "Cuando el derecho no es la fuerza, es el mal". Es una idea cara a los poetas. Pero volvamos a los filósofos. Helvecio proclama. "La fuerza es un don de los dioses; armándote de esos brazos membrudos el cielo te ha declarado su voluntad. Huye de estos lugares, cede a la fuerza o combate"; bellas palabras, hijas del mismo numen inspirador que induce a ponderar Kant,

el grande moralista del imperativo categórico y entusiasta admirador de Rousseau, "los efectos saludables del antagonismo, de la discordia y del deseo insaciable de posesión y de mando", y deja caer de los labios de Carlyle las duras e inmaculadas perlas de su idealismo altanero y señoril: "La fuerza bien entendida es la medida de todo mérito; toda realidad durable es justa, porque demuestra su acuerdo con las leyes eternas de la naturaleza; el derecho es el eterno símbolo de la fuerza", lo cual lo lleva a concluir con Strauss, que "la Necesidad es la Razón misma", o con Nietzsche: "que el Derecho es un legado de la Fuerza y el Bien y la Verdad, formas antiguas de ella".[7]

Por manera que el fuego viviente de Heráclito, el deseo de poder de Hobbes, el instinto de soberanía de Mandeville, el instinto de vivir de Schopenhauer, el instinto invasor de Blanqui, la fuerza fundamental del ser humano de Stirne, el principio selectivo de Lamark, Darwin, Spencer y la escuela evolucionista: la expansión de la vida de Guyau y las ideas-fuerza de Feuillet, en cierto modo el plan vital de Bergson, anuncian o corroboran la franca e intemperante voluntad de poderío del gran revolucionario de la filosofía y el reconocimiento teorético, más o menos profundo y cabal, del ímpetu combativo, que, en la práctica, ha dirigido los movimientos desordenados o armónicos del alma humana. El reconocerlo no implica renunciar a las aspiraciones superiores de solidaridad, como veremos más adelante, ni tampoco negar las verdades religiosas, que en el plano de la religión son verdaderas, pero que huelga esgrimir en la especulación filosófico-naturalista.

7 *La Muerte del Cisne*

Sí, somos un depósito de energía que tiende a encarnarse en actos, hechos, ideas, forzosamente beligerantes, dado su ilustre prosapia. El espíritu resulta ser la beligerancia mayor, precisamente por su intensidad extensiva, vale decir, por su fuerza dominante. Renán delataba el carácter opresor de los imperios espirituales. Europa domina al mundo por su dinamismo creador. A poco de observar la vida caemos en la cuenta de que todo ideal, toda ilusión, todo ensueño, todo amor, impera sobre amores, ensueños, ilusiones e ideales vencidos. Por añadidura, somos egoísmo en acción, gravitación sobre nosotros mismos, pero he ahí nuestra trágica grandeza: no queremos serlo, y lo más extraordinario es que, hasta cierto punto, lo logramos. Del egoísmo aguzado por las levaduras de la más vida, a la que tiende la vida fatalmente, la cual, dicho sea de paso, no acata otras pautas que las dictadas por ella misma para dilatar su propio imperio, brota, como flor en rama espinosa, el altruísmo. De la voluntad de dominación, espoleada también por la más vida de las ilusiones vitales, nace lo que no vio Nietzsche: la voluntad de conciencia; acicate, no freno de aquélla; y henos convertidos en opresores y egoísmos andantes que tienen por Dulcinea la equidad.

Altruísmo y voluntad de conciencia son dos cosas formidables inventadas por el animal más belicoso y que ignora el resto de la creación. El yo único de los animales, confinado por la necesidad fisiológica y obedeciendo al instinto de la especie, no rompe el círculo de hierro de los procesos puramente vitales, no se plantea problemas, los recibe del exterior o de los imperativos hereditarios y resuelve, si puede, según órdenes perentorias; no manda, obedece ciegamente y vive y muere sin darse cuenta, sin penetrar

un punto ni asomarse siquiera un solo instante al misterio de la vida ni al misterio de la muerte. El hombre se ha escindido en dos: un yo que vive, y otro que observa y le plantea al primero, desde los albores de la civilización, problemas cada vez más complejos, de lujo, podría decir, que van mucho más allá de las necesidades fisiológicas y son como el índice de su poder. Ambos yo están en la relación del leño y la llama, sólo que esta llama no consume el combustible y se comunica a otras cosas sin quemarlas; bien al contrario, transmitiéndoles su fuego viviente, las galvaniza, las espiritualiza, porque el tal fuego es alma y espíritu. El troglodita, ornamentando el cuerno del rengífero, lo anima; dibujando en las lóbregas paredes de su cueva escenas de cetrería, empieza a crear mundos mágicos, se convierte en taumaturgo, en ilusionista, sueña; se separa por una parte de la naturaleza cada vez más, y va viviendo cada vez más en sus sueños, en sus fantasmagorías, siendo, por otra parte, cada vez más naturaleza, más vida, gracias a algo muy etéreo: las ilusiones que lo hurgan, y que engendra el instinto vital, el gran mago, quien quiere siempre la más vida. Las ilusiones dilatan hasta el infinito los horizontes de ésta, lo cual explica el íntimo consorcio de la ilusión y la vida.

Valéry dice, asombrado ante el poder de los sueños: "El hombre es ese animal aparte, ese bizarro ser viviente que se ha opuesto a todos los otros, que se eleva sobre todos los otros por sus... sueños, la intensidad, el encadenamiento y la diversidad de sus sueños, cuyos efectos extraordinarios llegan hasta modificar su naturaleza, y no solamente su naturaleza, sino la naturaleza que lo rodea y que él ensaya infatigablemente de someter a sus sueños".

"Quiero decir que el hombre está incesantemente y necesariamente opuesto a lo que es, por la preocupación de lo que no es, y que engendra laboriosamente o genialmente cuanto hace falta, para darle a sus sueños la potencia y la precisión de la realidad, imprimiéndole, por otra parte a ésta, alteraciones crecientes que la emparentan con sus ensueños".

Spengler asegura en un libro reciente algo semejante: "La técnica humana y sólo ella es independiente de la vida de la especie humana. Es el único caso en la historia de la vida en que el ser individual escapa a la coacción de la especie. Hay que meditar mucho para comprender lo enorme de este hecho. La técnica en la vida del hombre es consciente, voluntaria, variable, personal, inventiva. El hombre es el creador de su táctica vital. Esa es su grandeza y su fatalidad".

Aunque simple y pecador he dicho yo, antes de Spengler y de haber leído a Valéry, casi lo mismo, pero analizando y explicando el caso y dándole otras proyecciones, en *La Muerte del Cisne* y los *Diálogos Olímpicos*, particularmente en los últimos. Ya relaté la colosal aventura del vertebrado, cuya conclusión es ésta: el hombre se rebela contra la ley del cosmos, quiere imponerle la suya, y para ello fabrica el mundo encantado de la conciencia, donde reinan la libertad, la justicia y el amor, en el imperio mismo de la esclavitud, la iniquidad y la lucha. En otro pasaje, Apolo, discutiendo con Dionisos, proclama: "Como todas las cosas del universo, animadas o inertes, materiales o espirituales, el hombre tiende a ocupar más espacio. Tú lo has dicho y yo no tengo ningún empacho en confirmarlo, pero escucha bien: ese instinto de soberanía, gravitación sobre sí, deseo de poder, que todos esos pretenciosos motes y otros más le han puesto

los filósofos a aquel esencial dinamismo, es tan fuerte y tan sutil a la vez en el alma humana, que para fortificarse, adueñarse de todo y osarlo todo, aun de lo imposible, se fabrica siempre el muy brujo, la moral que conviene a sus designios, transformándose entonces, como el gusano en mariposa, de materia en espíritu, de sórdido egoísmo en altruísmo generoso, de fiero instinto de dominación, que era cuando gusano, en dulce ilusión vital, que es cuando mariposa. He ahí el grande milagro y el grande misterio.

"Y desde que nació la ilusión maravillosa venció a tu instinto y a mi razón y tomó el gobierno del mundo. La era humana comienza con la ilusión. Más que saber fabricar instrumentos, lo que distingue al hombre de la bestia, es saber fabricar ilusiones. Estas lo han hecho descender a todos los abismos y subir a todas las cumbres. Son las alas del alma.

"No conozco a esa deidad milagrera, ¿quién es? —interroga Zeus a los dioses, que se han reunido en olímpica asamblea para dilucidar los conflictos del mundo—. Que se levante y hable.

"Y los ojos estupefactos de los inmortales vieron adelantarse a la bellísima Pandora y declarar con voz de una pastosidad y dulzura infinitas, cual si por labios tuviera una flauta y por boca un panal de miel.

"—Yo, Pandora, soy la deidad que los efímeros llaman Ilusión —y sonrió; y su sonrisa llenó de gozo el corazón de los dioses.

"—¡Pandora, Pandora! —exclamaban admirados y jubilosos; y corrían hacia ella y la cubrían de apasionadísimos besos. La alegría de los inmortales llenaba el celeste alcázar de estruendosos clamores. Apolo reía como un niño. Hefaisto, viendo la perfección de su obra, lloraba de contento; las Horas y las Gracias,

dirigidas por la resplandeciente Afrodita, danzaban como ebrias bacantes en torno a Pandora; Hermes la colmaba de elogios, y hasta la augusta Pallas, enternecida, la estrechaba de cuando en cuando contra sus firmes y virginales pechos. Y la deliciosa criatura correspondía con gracia inefable a los halagos de aquellos mismos que al enviarla Zeus a la tierra con el funesto presente para Prometeo, a quien quería castigar el padre olímpico por haberle hurtado la chispa divina y hecho peligroso don de ella a los hombres, la ornaron al partir de irresistibles hechizos y colmaron a porfía de preciosos dones. Eunomia, Dike y la dulce Irene, las vírgenes de los pies sonrosados y ágiles, la cubrieron de flores printaneras, cuyos aromas embriagaban el sentido; las Gracias divinas, Aglaia la brillante, Eufrosina la del regocijado corazón, Talía la sonriente, pusieron en el largo y flexible cuello de Pandora un fantástico collar de oro y piedras preciosas cuya vista desvanecía; Afrodita, maestra en el arte de seducir, la armó con las supremas virtudes de la belleza y las magias de la sonrisa, la actitud armoniosa y el tocado voluptuoso; Hermes le concedió el don de persuadir o engañar por medio de las palabras dulces y suaves como caricias; y Zeus, por fin, dióle la caja fatal que contenía los males inherentes a la belleza y la seducción.

"De pronto éste lanzó una formidable carcajada y exclamó:

"—¿Pero eres tú, la misma criatura enviada por mí a la Tierra para esparcir los males que merecía la audacia del Titán; tú, Pandora, dechado de la seducción y la perversidad femeninas, la benéfica deidad de que nos habla Apolo? ¿Bromea acaso el dios luminoso?"

Aquí urge declarar que en la mitología griega, Pandora es una deidad maléfica; baja a la Tierra para esparcir los males y castigar a Prometeo, vale decir, a la humanidad, que le ha robado a Zeus, el fuego de la inteligencia, la chispa divina. Pero va revestida con los encantos, hechizos y embrujos de la ilusión. A mi ver el mito quedó trunco; no alcanzó a dar la flor culminal. En mi ficción, Pandora es, como la ilusión, la que convierte los males en esperanzas; tarea que está en íntima relación con los atributos y virtudes que le otorgaron los dioses.

"Al oir las palabras de Zeus, los dioses tornaron a sus asientos mansamente, como se retiran las olas de la curva playa al seno del mar; reinó el silencio y Pandora habló así:

"—Sí, omnipotente Zeus; Apolo dijo verdad: yo, Pandora, soy la alegría de los mortales, la sonrisa del mundo, la flor maravillosa de la vida. Cuando bajé a la tierra y me presenté al precavido Prometeo, éste, temiendo tu venganza, no quiso saber nada de mí ni del fatídico regalo que me ordenaste entregarle en castigo de su temeraria ambición; entonces acudí a su hermano Epimeteo, el cual, menos advertido, abrió la funesta caja y los males se diseminaron por el mísero globo, quedando únicamente en ella, porque no pudo volar, la debilucha esperanza. Los efímeros, que vivían felices y descuidados, sin ensueños, ansias, ni fiebres ambiciosas, al conocerme conocieron, ¡ay!, también los deseos sin nombre, las inquietudes del alma los dolores del pensamiento, las angustias del saber, los tormentos del orgullo, los martirios de la ilusión. Yo, apiadada de ellos y creyendo hacerles bien, les llenaba los ojos de paradisíacas visiones que infaliblemente se convertían en sórdidas realidades o fie-

ros desencantos. En lugar de calmarlos, mis capciosas promesas los enardecían y enloquecían más. ¡Pobres criaturas! Con mortales ansias buscaban los bienes, los tesoros ocultos, las tierras prometidas, los paraísos que yo les hacía imaginar sin punto de reposo y que ellos deseaban en seguida afiebradamente. Su deseo, exasperado por múltiples y prolijas imaginaciones, que unas veces se llamaban cosmogonías, otras religiones, otras sistemas filosóficos, les plugo espiritualizar y hacer amable la miseria del mundo y no tuvo límites; su osadía, espoleada por mil seductores espejismos, degeneró en furiosa locura: creyóse capaz de todas las conquistas y aspiró a todas. Cual si fueran víctimas de un extraño embrujo que los impulsara a transformar tierra y cielo, al compás del capricho fueron dando los efímeros en la flor de concebir el mundo y concebirse ellos mismos, no como era aquél y eran ellos, que eso hubiera sido harto desencantador, sino como convenía a la delirante ambición humana, que fueran para desear más y osar más... Así, a fin de acometer animosamente las descomunales aventuras de enderezarle los entuertos a la naturaleza, enmendarle la plana a los dioses y otros empeños semejantes, el débil se creía fuerte, el tímido valeroso, el tonto listo, el efímero inmortal, y todos osaban con más ardor; así también, a fuerza de desearlo (tanto puede el deseo), la tiránica necesidad se les antojó pintiparada libertad; la arbitraria fuerza, legítimo derecho; la necesaria iniquidad, voluntaria injusticia; y todos también, a pesar de los cruentos desengaños que les acarreaba a cada paso tamaña tergiversación, seguían impertérritos adelante, porque yo, para consolarlos y darles nuevos bríos, tras cada derrota y cada desencanto los arrancaba de las negruras del aba-

timiento, metiéndoles en el alma las luces de la esperanza... Y sucedió una cosa estupenda, maravillosa: poco a poco las inquietudes torturantes, las ansiedades dolorosas, las angustias mortales y todas las penas y todas las tristezas del ser humano empezaron a teñirse de esperanza, a tomar las formas seductoras de la esperanza, a rematar en esperanza, hasta que en esperanza monda y lironda se convirtieron. Y los efímeros dejaron de sufrir, porque sufrir por lo que se quiere y considera un bien, no es sufrir; hiciéronse sonámbulos para quienes el mundo era sólo la prolongación de sí mismos, y su existencia fue desde entonces un prodigioso y perpetuo encantamiento que los hizo insensibles a las miserias de la realidad. Uno tras otro los males desnaturalizados y como desprovistos de sus terribles virtudes, lobos sin colmillos ni afiladas uñas, fueron entrando sumisamente en mi caja. Y por eso, ¡oh padre!, en este solemne día puedo devolvértela como me la diste: con todos los males dentro... pero, al revés de antes, sólo queda fuera, sólo queda en el mundo, la esperanza, una esperanza robustecida y agigantada por el dolor infinito del hombre.

"Y haciéndole a Zeus una graciosa reverencia y poniéndose luego de rodillas, le entregó la caja fatal." [8]

Pandora es en esta fábula la que convierte la enemiga realidad en vital ilusión, los males en esperanzas, Desde que bajó a la tierra y gracias a los sortilegios que empleó para hacerles olvidar a los mortales su miserable condición, el hombre se hizo un animal metafísico, y vive luchando heroicamente por escapar al yugo de la ley natural y vivir según la suya propia.

8 *Diálogos Olímpicos*

Eso es lo que el hombre quiere y ha logrado en gran parte. La historia humana nos revela página a página, párrafo a párrafo, línea a línea, el esfuerzo tozudo y titanesco del hombre por modelar la naturaleza, el universo y hasta los dioses, a su capricho, a su imagen, a su medida. Para el caso inventa portentosos instrumentos y ficciones más portentosas todavía, que multiplican sus fuerzas y le dan razones de existir y obrar humanamente, aun en medio del glacial silencio de la naturaleza y su indiferencia absoluta por el destino humano. Preciso es confesar con Schopenhauer y Nietzsche que la vida no tiene explicación ni finalidad; pero nosotros, impelidos por sueños e ilusiones, le hemos conferido una, síntesis de todo lo que hemos soñado: la realización de la libertad, la justicia, el amor y dicha común. Este empeño *est un peu là*, perdura porque lejos de amenguar el impulso belicoso lo azuza, aunque transportándolo a otro plano, el plano de la conciencia, obra del hombre. Cada estado de conciencia, cada doctrina, es una beligerancia, un nuevo campo de batalla para nuestro deseo de poder.

Conceder que las ilusiones gobiernen el mundo nos subleva, porque nos parece algo así como poner el árbol de la vida, el árbol del bien y del mal, el árbol de la ciencia, con las raíces al sol, siendo que, al revés, así los hundimos en el limo primario. Las ilusiones son nuestras realidades profundas. Son nuestras sombras astrales. Son las proyecciones de lo que soñamos y queremos con todas las fuerzas de la naturaleza inmutable del hombre: su voluntad de dominio, posesión y creación.

Los ensueños hunden la raíz larguísima y profusa en los antros temerosos de la conciencia sublimal, don-

de está el pasado inmenso, el presente multiforme y el futuro más inmenso aún que el pasado, y que acaso se compone de la misma sustancia y tiene los mismos contornos de nuestros sueños...

Los filósofos pesimistas, los que sólo juzgan congrua y decente una actitud escéptica y despectiva ante la imaginería del hombre y el caos del mundo por ella producido, ven la parte negativa y no la constructiva de las ficciones. Ven que la civilización es, en el fondo, fantasmagoría, pero olvidan que esa fantasmagoría ha creado mundos portentosos tan consistentes, durante un tiempo, como las piedras, y realidades espirituales más existentes y profundas que lo real. Nada más cierto que nuestro incurable sonambulismo, ni nada más erróneo que suponerlo carente de dirección e incapacitado para interpretar los designios inflexibles de la vida, del alma, del espíritu, que son a todas luces, el más espíritu, la más alma, la más vida.

Ese sonambulismo nos ha hecho salir de la animalidad y forjar en las tinieblas con sudor, lágrimas y sangre, nuestro propio y prodigioso destino. Mañana, quizás nos sea dado descifrar las líneas de su mano y entonces veremos claro, dejaremos de ser dementes; sólo que yo no sé si, al perder la locura, ganaremos algo.

Por lo demás, que al fin la naturaleza domine al hombre y lo reabsorba en su seno, es posible y aun probable; mas ese *al fin* representa milenios, lo cual es para nosotros la eternidad, que tenemos por delante y debemos vivir... Los derrotistas del espíritu adoptan una actitud obtusa e injusta frente a la actualidad caótica. Es la de muchos, es la de casi todos los pensadores. No se mide el volumen y la densidad de una cultura en plena crisis; no se aquilata la po-

tencialidad y excelsitud de la inteligencia de una época por lo que destruye, sino por lo que ha creado y crea; no cabe lógicamente renegar del mundo so pretexto de que se trata de un artificio, ya que de artificios vivimos y hemos vivido siempre, y a ello debemos el dominio de tierra, mar y cielo; es absurdo menospreciar el poder del hombre cuando su poder raya en lo infinito y por eso mismo no acierta, momentáneamente, a encarrilarlo en ningún riel. La paz se compone de muchas guerras; la armonía de muchas discordias. Descuidan los representantes del espíritu su alta misión, que es la de crear valores para la vida que estamos viviendo, como quería Nietzsche, aunque él mismo se apartase de tal finalidad para considerar el mundo como un gran espectáculo y confinara en el esteticismo heroico, vacío de voluntad de dominación e ilusiones vitales, carne y latido de su filosofía.

El instinto de vivir es más optimista y valiente que los filósofos. No desespera, busca, inquiere, se afana en encontrar soluciones, labora las conciencias secretamente. Las maniobras de la política, la economía, los Estados, poco representan: son apenas burbujas del mar de fondo, reflejos de las nubes que pasan sobre el agua quieta, comparadas a las corrientes submarinas y las contracorrientes, la enantiodromia de Heráclito, que remueven y dislocan los cimientos de las viejas concepciones de la vida.

Pusimos la esperanza en el otro mundo y establecimos un orden místico, mientras la ciencia iba conquistando a éste erigiendo en normas otras verdades y otras ilusiones. Aquella esperanza nos satisfizo relativamente durante un período. La fincamos luego en las dichas terrenas, lo que implicaba el respeto de la vida y el dominio del planeta, la creación constante

de bienes, los intereses humanos en vez de los intereses divinos. Y tampoco estamos satisfechos, sobre todo después que nuestro homúnculus se ha sublevado contra su creador. Comprendemos que nos falta algo, que este algo sólo lo encontraremos en el alma, y andamos en busca de nuestra alma, descuidada, olvidada, inmersa en un mar de saber, poderes y misterios. Las miradas hacia el oriente, el espiritismo, el retorno a la astrología y los horóscopos; la boga de las asociaciones teosóficas, las investigaciones de los sicólogos que escudriñan los abismos de la conciencia; las exploraciones del sicoanálisis por inmedibles e ignotos territorios del alma, dan elocuentes indicios del anhelo, de las ansias de conocernos en las reconditeces y los hondones de nuestra intimidad, y establecer en nosotros mismos la tierra prometida, la verdad verdadera, la ilusión vital, el dios en que apoyarnos, sólo que con signo opuesto a la fe, al renunciamiento y también al quietismo oriental. Queremos someter a nuestros medios de investigación científica la sustancia, la estructura y los límites del alma y la conciencia. El conocimiento que resulte será, acaso, la tierra gorda donde arraigue el nuevo árbol del bien y del mal, nutrido por las raíces con los zumos de la naturaleza, nutrido por las hojas con las energías celestes.

En realidad, ¿qué podemos? El hombre tiene en la mano izquierda una cornucopia capaz de satisfacer los apetitos y abrevar la sed del mundo, y en la diestra los rayos jupiterianos para aniquilarlo, si quiere. ¿Qué hará? Mejor dicho, ¿qué podrá hacer? Por lo que ha hecho ya, no es del todo imposible conjeturarlo. Podrá conciliar lo que en nosotros será siempre naturaleza; y la civilización, estado contra natura, si respeta lo fundamental, el ímpetu batallador e

inventor que nos empuja, quieras que no, hacia la más vida material y espiritualmente, y si domina en el resto por entero a la naturaleza, a fin de ponerla al servicio de nuestras... ficciones. En esa conquista, lejos de ir demasiado lejos, nos hemos quedado demasiado cortos. Todo bien considerado, los artificios y las magias del mortal, puesto que existen, perduran y mandan, demuestran que estaban en las posibilidades de la madre naturaleza y que el estado contra natura es sólo apariencia. Podrá el hombre poner al diapasón, por igual arte que lo ha hecho con la vida y las ilusiones, cosas de mayor velamen y fuste, libertad y autoridad, individuo y colectividad, el yo y el tú, pero sólo cuando vea reflejarse en los ojos de los otros su propia imagen, su propio interés. La unión, hoy necesaria, de los individuos y los pueblos, la harán los intereses y no el desinterés. El desinterés es la perla falsa de la moral. Altruísmo sin el trampolín del egoísmo, espíritu sin materia, alma sin cuerpo, vana palabrería. Podrá la humana criatura suprimir los armamentos, las guerras, las luchas económicas, las sociales; colocar los bienes al alcance de todos; impedir la inicua explotación del hombre por el hombre, y la más inicua explotación todavía, del hombre por el político; hacer que el fuerte le sirva al débil de rodrigón y guía; podrá, en conclusión, crearse un mundo a su completa imagen y semejanza, tornando así a ser, más que nunca, la medida de todas las cosas; pero conviene no echar en saco roto que ese mundo, hecho a su medida, será pura energía y sueño, ímpetu belicoso e ilusión.

III

LA ARENA MOVEDIZA Y LA ROCA DURA DEL ALMA

El rumbo fijo del destino humano.

Todas las épocas, aun las más cumbreras y brillantes, tuvieron quien las tachase de decadentes y pronosticara el fin del mundo. Después de la Grande Guerra, sobre todo, los profetas de la decadencia forman imponente y tumultuosa legión, a cuya vanguardia van, triste es decirlo, los pensadores. En vez de crear valores para la vida, su alta misión crean valores para la muerte. Los conflictos de las doctrinas, las pugnas de los intereses, las contradicciones, el caos del mundo actual y el descorazonamiento consiguiente son, por desgracia, evidentísimos. Esta evidencia nos autoriza a diagnosticar una crisis, que es tránsito: pero no una decadencia, que es estado, acabamiento, fin. Cuando mucho, y con no escasa dosis de pesimismo, podemos decir que no sabemos cuál será el resultado de aquella crisis: si la victoria o la derrota; la luz, u otra noche de mil años.

Juzgando fríamente la potencialidad de la era industrial y los inmensos recursos del hombre moderno, cabe suponer que se trata del pasaje accidentado y peligrosísimo de un estado de la cultura a otro, sin duda, mejor, porque ahora hemos puesto a la vista fallas y taras, dudas y ansias, resistencias y problemas, que antaño no percibíamos. Conocido el mal, es más fácil ponerle remedio. Pero la magnitud del mal nos espanta. Nuestro análisis, sacudiendo el árbol de la vida, ha hecho caer las hojas muertas y los frutos secos, ilusiones y esperanzas agotadas. Mu-

chos frutos más se están secando y muchas hojas seca caen al suelo. Urge no confundir el perecer definitivo, con un cambio de estación. Ni aquilatar la belleza y lozanía del árbol en el invierno, cuando está despojado de las galas primaverales. Para retratar esta época, catastrófica cual ninguna, y ver hasta qué punto aciertan los agoreros del juicio final, habría que enfocarla teniendo en cuenta que fotografiamos un ciclón.

Antes de la guerra se había escrito *El estúpido siglo XIX*, que es un libro estúpido, y otros de la misma tendencia, aunque de más fundamento. Se hablaba de bancarrota de la ciencia, degeneración, inmoralidad, craso materialismo, decadencia. En oposición al optimismo de *L'Avenir de la Science*, de Renán, y las candideces progresistas de Berthelot, Brunetiere escribía *La Fallite de la Science*. Los idearios democráticos y su correlativa creencia en el progreso fatal e indefinido, con el cual hoy nadie que piense comulga, pasaban muy malos ratos frente a los grandes observadores del alma humana y las sociedades: Balzac, Stuart Mill, Renouvier, Maurras, Ferrero, Sorel, y sobre todo el formidable Nietzsche, y Spengler. Este último, en la *Decadencia de Occidente*, nos demuestra que las culturas tienen la misma fragilidad que las vidas. Nacen, despliegan las gracias de la hervorosa adolescencia, llegan al punto álgido de su vitalidad, traducido por la facultad creadora, declinan, y perecen. Las civilizaciones muertas, la india, la china, la griega, la romana, han pasado por etapas similares a la nuestra y conocido el período auroral, el creador, los imperialismos militares y económicos y hasta la aglomeración, la vivienda cara, y concluido por no tener, antes de periclitar, como lo anuncia

Spengler para la era presente, otras posibilidades de extensión que la extensión económica. Los hechos en esto último, parecen darle la razón. La supremacía de lo económico en las sociedades modernas salta a la vista y se explica: la extensión económica es lo único que por su naturaleza y volumen le ofrece dilatada palestra a la voluntad de dominación, posesión y creación del hombre industrial. La edad técnica cuenta apenas un siglo y se distingue principalmente de las otras edades por su mayor espíritu inventivo. De donde se deduce que, lejos de estar la civilización industrial en decadencia, ajustándonos a la argumentación de aquel filósofo, y adoptando como índice de las culturas su poder creador, acusaría la nuestra extraordinaria vitalidad. El connubio de la ciencia y la industria es tan fecundo en maravillosas creaciones, que oscurece las creaciones de la ciencia pura y la especulación filosófica. Pero si nos paramos a considerar los descubrimientos, las doctrinas y obras que salen de los laboratorios, los gabinetes de los pensadores y los talleres de los artistas o los inventores, no se tarda en comprender que el llamado desdeñosamente progreso material rebosa de riquezas espirituales y anímicas, que precisamente por su profusión y diversidad no han podido centrarse en un alma y un espíritu. Eso aparte de que nosotros, para tomarle el pulso, empleamos termómetros y barómetros de otras épocas, que no registran las fiebres ni las presiones atmosféricas de la edad industrial. Ambas son tan altas que los aparatos se rompen sin marcar los grados.

Sería muy saludable que el alma y el espíritu multiformes de la época actual cristalizaran en un cuerpo de contornos bien definidos; pero paréceme sandez pretender que tenga éste el alma y el espíritu de la

Edad Media o de otra cualquier edad; y es lo que pretendemos cuando lamentamos la ausencia de virtudes ascéticas o heroicas, que hoy no existen porque son inactuales, inutilizables. Nuestro asceticismo está en los laboratorios, los institutos, las universidades, los gabinetes de los sabios y los pensadores; las leyes de previsión social, las innúmeras sociedades de beneficencia, los suntuosos hospitales. El heroísmo, que creíamos perdido, lo hemos visto día a día durante la guerra en tierra, cielo y mar, y lo vemos a diario en el corazón de los investigadores: bacteriólogos que se inoculan mortales enfermedades al estudiarlas; radiólogos que se dejan amputar los dedos, luego las manos, después los brazos, y al fin mueren sin abandonar sus terribles experimentos. Tenemos los héroes, los santos y los mártires que necesitamos, y es tan absurdo declararnos decadentes porque no sean lo que fueron los de otras épocas, como mirar por encima del hombro a Grecia porque no tuvo aviadores, cines, ni autos.

Nuestro progreso material es indiscutible y no tiene ni remoto parangón con el de ninguna otra civilización; nuestro poder inventivo crea incesantemente estupendas maravillas, como jamás vieron los ojos humanos; en el dominio de la naturaleza hemos ido más lejos que fueron nuestros mayores. Y este solo hecho bastaría para darnos la superioridad, porque constituye, desde que el hombre salió de la animalidad, el designio y el esfuerzo máximo del hombre. La historia de la civilización corre pareja a ese esfuerzo, hasta llegar con él en nuestros días al hombre humano, cada vez más humano, esto es, cada vez más libre de las tremendas fatalidades que lo esclavizaban. Ahí radica nuestra vertical y superlativa libertad.

Cuando se habla de crisis espiritual, habría que entender la agonía de un espíritu viejo, agotado, sin nervio ni músculo para la vida actual. Los millares de libros que se escriben, las múltiples tendencias filosóficas, sociológicas, científicas, literarias, estéticas, dan sugerentes indicios de que la llama de la inquietud espiritual flamea, aunque con formas y colores distintos. Nuestra llama es otra cosa, es llamarada. No tenemos como Fausto dos almas, sino varias. El fuego viviente de Heráclito no se centra en un foco; ni la filosofía platónica, el arte gótico, Dante, Leonardo, ni el Renacimiento, sino en muchos focos: Nietzsche, Bergson, Freud, Edison, Pasteur, Einstein, el capitalismo, el industrialismo, el comunismo, las ciencias, las artes, los ferrocarriles, los palacios flotantes y los sumergibles, los rascacielos, el cine, la radio, el auto, el avión; todo esto nos da una idiosincrasia peculiar y un deseo de poder, que nos empuja, como en ningún otro tiempo, a la más vida, la más alma, el más espíritu. Si ese ímpetu fuera el signo de la tensión vital de las culturas y, en resumen, no creo que pueda ser otro, el volumen y la magnificencia de la nuestra, sería aplastante. Si se emplease como cartabón del progreso la creación de bienes, lo que llenaría de contenido el término hueco de progreso, el resultado sería idéntico.

Las palabras decadencia, cultura, espíritu, no dicen nada congruo aplicadas con su añejo sentido a hechos novísimos y de naturaleza distinta, si no antagónica. Para medir la altitud de la civilización industrial, punto cimero de la era moderna, debemos emplear otros medios de apreciación y teniendo presente su complejidad, movilidad, dinamismo, multiplicidad de problemas, antes desconocidos, e ideales, y que es-

tamos en plena revolución mundial, una revolución de todo el planeta, todas las sociedades y todo el hombre. Un abismo del mar, donde concurren mil impetuosas corrientes y contracorrientes, es tumulto y torbellino, no apacible remanso. Este torbellino, ¿para qué ocultarlo?, arrastra a la sociedad burguesa. Es un *factum*. Nosotros ya no somos burgueses o estamos dejando de serlo. Tenemos otra alma menos satisfecha y sumisa, más libre e inquieta. Las señoritas que fuman, beben y zapatean, protestan, sin saberlo, contra la vieja moral. La crisis del pudor, la relajación de las costumbres, nudismo, culto del cuerpo, deportismo, rebusca de nuevas normas espirituales, éticas y estéticas, que no tienen entronque o no dependen de las crisis políticas ni de las económicas, dan indicios elocuentes o torpes de un cambio de frente de la mentalidad y la sensibilidad, y el ansia de otra cosa en armonía con lo que ahora somos.

Nos hemos despojado del sentir burgués, lo mismo que de la economía burguesa, y quedamos flotando agarrados a la vida, que no se detiene en ninguna ola, mientras él se hunde con sus engendros, marcados con los estigmas de la imposibilidad, la decrepitud o la descomposición.

La psiquis moderna, que va abriendo su flor en la cumbre del árbol de la vida, está colocada más arriba de aquellas formas. Gracias a la guía, al brote puntero, se eleva el árbol rectamente, pero la cúpula se aleja gradualmente de las raíces.

¿Qué busca el trabajo oscuro y como con sordina, del hombre auténticamente moderno? Sin duda darle armónica solución a las antinomias del pasado, que sumándose forman el caos presente; y parejamente encontrar en sí mismo la roca firme sobre la cual ele-

var otras torres de Babel. Mientras los factores económicos luchan y se destruyen mutuamente, y los pueblos, arruinándose, se preparan para la guerra, y las trapaceras diplomacias se engañan, y las doctrinas políticas disfrazan apetitos, concupiscencias y ambiciones inconfesables, el espíritu nuevo, harto de tanta mentirola y de confundir las vejigas con las linternas, condena las luchas económicas, sociales y militares; la esclavitud política de los pueblos débiles, el capital opresor, la holganza de unos y el trabajo forzado de los otros; pero también condena la democracia *standard*, mecanizante, niveladora por el rasero de lo más inferior, porque suprimiendo las excelencias humanas elimina los fermentos y las levaduras que afinan las masas. La era industrial o superindustrial ha menester de masas inteligentes, dinámicas y elásticas, capaces de seguir los cambios rápidos de dirección que van a sufrir las sociedades futuras. Todos iguales y todos inferiores es un grito de muerte; todos desiguales y todos superiores, cada cual en lo suyo, es un grito de vida. Ninguna ley podrá hacer que un enano tenga la talla de un gigante, ni pareja utilidad social el apto que el inepto. Y es por su utilidad social que se medirán las excelencias. Los excelentes serán los que mejor sirvan a la colectividad. La grande función de las democracias, bien entendidas, sería la de producir superioridades en cantidad y calidad de todo orden. Por eso, su fundamental defecto es que nunca han existido. Nunca han realizado aquel magno cometido. Al contrario, ella y sus sucedáneos entrañan un inconfeso principio negador de la personalidad, adverso al florecimiento del hombre superior. El experimento ruso con la decapitación de los intelectuales y el odio a los diferenciados, es el remate

lógico y extremo de la democracia entendida al revés, y al revés se ha entendido siempre. Lo primero que perece es la libertad, la equidad, la fraternidad; conviértese en tiranía sin freno alguno la autoridad; en trabajos de forzados el despliegue gozoso de las energías naturales; el trabajo en ajetreo de hormigas y éste en mecanización. El capitalismo, por su parte, llega, aunque sin tiranía, al mismo resultado: la estandarización de las mentalidades, la condenación del espíritu y el alma: la moral de la usina.

Ni yanquismo, ni comunismo, ni la política, la filosofía, las artes, las letras, ni ninguna manifestación actual de la mentalidad burguesa, muestra el alma en gestación del hombre de la era industrial, devoto de la ciencia, ansioso de conocerse y realizarse, consciente de su grandeza y su miseria, analizador del mago y del monstruo que lleva dentro de sí, ardido explorador de las potencias oscuras que lo gobiernan y que quiere poner a su servicio, enamorado locamente de la usina, la máquina, la velocidad, y dispuesto a dominarlas, así como a la naturaleza y al cosmos...; pero que aún no ha encontrado la verdad, la mentira saludable, el dios en qué apoyarse para analizarlo cualitativamente y cuantitativamente... y someterlo también.

Lo que encuentran los Freud en las selvas vírgenes de lo inconsciente, nos subleva. "Lo que prometía ser una caverna protectora, es una cueva de pus", dice el gran sicólogo Jung. A nosotros y para nuestros fines, quizás nos conviene saberlo. Escarbando, escarbando, descubrimos, además de la brama que enciende al hombre y las Furias de los instintos primarios, un fondo común o alma colectiva, más bien dicho, humana, que por encima de las pugnas naturales y el

pavoroso aislamiento de cada yo, nos une y concierta. Esa alma, que lucha por salir de la cueva y empieza a apuntar en el horizonte como una aurora, es, a una, voluntad de dominación y voluntad de conciencia, egoísmo y altruísmo, individualismo y colectivismo. Reconoce la celsitud del yo, lo exclusivo suyo, y las normas del grupo de donde salió, tan reales y conminativas como aquél. Alma verídicamente humana detesta la guerra, las luchas de clases, las económicas, que no sean creación de bienes para todos, las mentirolas de las relaciones sociales cimentadas en la engañifa del desinterés, la rapiña o la bajuna envidia; aborrece la nivelación porque es mecanización, los privilegios opresores de la fortuna porque son inicuos, las promesas del ñoño idealismo porque son como las promesas de las tierras celestes, y el hombre moderno tiene sed de vino y hambre de carne, y hambre y sed de justicia y libertad verdaderas. Husmea que la única realidad, la roca dura sobre la cual elevar los edificios éticos, es el ímpetu belicoso y las ficciones que engendra incesantemente, y que éstas cambian, después de haberle dado un tiempo razones de vivir y obrar, pero que pueden durar siglos, y por saberlo las acata y se siente responsable de sus sueños. A la vez aconseja la actitud de agilidad, el cambio rápido de velocidades que implica destreza y a la vez creencia en el camino que se va a tomar.

El hombre nuevo será, a lo que parece, no el troglodita tecnificado que nos propone Rusia y en menor grado los Estados Unidos, ni el estático del Oriente, sino el dinámico del europeísmo que se esfuma, el hombre pronto, ágil, apto, cambiante como las circunstancias, adobado por la cultura y la técnica; hombre universal que ha dado la vuelta al mundo de su

conciencia y del conocer; formidablemente sapiente, taumaturgo y mudable porque sabe que sus ficciones, aunque sean sus realidades profundas, son volanderas. Y eleva más arriba las antenas y los aparatos perceptores a fin de oir el último suspiro de lo que muere y el vagido de lo que nace y salta de un trampolín a otro.

Existen hombres dueños de finos tentáculos y filamentos nerviosos sutilísimos que los ponen en misteriosa comunicación con lo que va a venir, que poseen una especie de sentido del futuro. Cuando ejemplares de esa excelsa condición abundan en los pueblos, éstos se hacen videntes, palpan lo porvenir y adoptan la actitud del hombre pronto, vigía y acróbata a la vez. Siempre se encuentran prestos para evolucionar al compás de las necesidades y ponerse a la temperatura del clima. Disfrutan del pingüe privilegio de oir cada toque de oración y adoptar el arresto consecuente. Van montados en el convulso lomo de la ola que avanza. Ninguna es la última en dibujar las sinuosidades y los vértices de su fiebre sobre la arena lisa. Lo que cada ola escriba lo borrará la siguiente y así seguirán grabando sus diagramas en la playa, unas tras las otras incansablemente, impertérritamente hasta que se seque el mar, y debemos alegrarnos: el mar acaso no se seque nunca, y lo que importa es la vida o sea el oleaje.

¿Dónde están los videntes? ¿Dónde los hombres prontos? Los representantes del espíritu, los observadores oficiales del tiempo se envuelven en la capa parda del escepticismo y sonríen desdeñosamente. Sus antenas se han roto, no captan las ondas del futuro, han perdido la facultad de crear los valores necesarios para la vida que estamos viviendo, sus ojos se vuel-

ven hacia los sarcófagos y las momias del pasado: son momias ellos mismos. Los gerifaltes de la política no ven, ni pueden, ni les incumbe, sino lo inmediato; los problemas del minuto, y lo enjundioso es lo que trasciende del minuto. Las masas van a la deriva, impulsadas por las necesidades más apremiantes, pero en las conciencias suprasensibles se ha encendido una llamita débil, vacilante, que puede extinguirse o comunicarse a todas las conciencias y producir el incendio de una nueva fe en la celsitud del destino humano, cimentada en la verdadera condición del hombre. Si no es dado considerar sus grandes ensueños: libertad, justicia, amor como verdades lógicas, cabe aceptarlos como ilusiones voluntarias, que sobre dar pábulo a la acción fecunda se transforman en los dominios de la conciencia en realidades morales y verdades vivientes. La libertad, hablo particularmente de la grande, la que nos emancipa de las fuerzas naturales que nos esclavizaban, era ayer pura ilusión y hoy es, en gran parte, realidad viva; la justicia, pura gollería ayer, y hoy verdad en vías de integración; el amor y el altruísmo, ayer sueños de color de rosa, y hoy frutos, aunque verdones todavía, de las transformaciones fatales en las sociedades humanas de la agresividad y el egoísmo. El más grave delito que puede imputársele al bolcheviquismo es el de haber hecho descender en la humanidad el nivel de la libertad, la justicia y el amor. Gran crimen porque va contra la grande esperanza del hombre; porque va contra la revolución mundial, que cuenta milenios, y cuyo rumbo invariable hacia metas bien definidas de la aspiración humana es contrario al de la revolución rusa, retrógrada, por lo tanto, y reaccionaria.

El hombre, desde que deja de ser bestia, se rebela

contra el instinto de la especie, el destino y el cosmos. Es un eterno revolucionario frente a la creación. Quiere vivir según su ley, y siglo a siglo la va imponiendo a la naturaleza, a los otros seres, a los dioses. Rusia se ha apartado de la humanización y lo que ésta implica: la más vida, la más alma, el más espíritu y la fraternidad de los hombres. Es un "ritornello" del pasado, una vuelta al primitivismo, en pugna con la ciencia y la conciencia modernas. El pensar colectivo es un pensar de tribu. Los bolcheviques son revolucionarios hacia atrás. Se han petrificado en una forma ensayada y abandonada por la vida y que, en suma, sólo existió un instante como programa. No me inspiran grande simpatía los fantasmas. A Stalin, al parecer, tampoco. Con él sale Rusia de la mitología y las reacciones burguesas y entra en la era industrial. Ha hecho un esfuerzo extraordinario, monstruoso podría decirse, y salvo la tiranía y la explotación del proletariado propio y ajeno, sería injusto imputarle otras fallas que al capitalismo yanqui..., sólo que éste es más comunista. El capital no pertenece al Estado, ni va perteneciendo a los banqueros, sino a los accionistas, al pueblo y, en muchos casos, a los obreros de una fábrica.

No puedo explicarme cómo hay gentes que no ven con angustia, o simplemente no ven, la grande tragedia del hombre corriendo tras los fantasmas de la verdad, el bien, la realidad que él mismo engendra y destruye para percatarse al fin, que la única realidad está en su yo y que éste es sólo arena movediza sobre la cual, sin embargo, le es preciso edificar... Tragedia enorme, de infinitos actos que también viven, y es el cogollo de su vida, las culturas, las épocas, las naciones, y según como la vivan, según la fuerza aluci-

13a - 2t

natoria de lo que construyan sobre aquella arena, así será la calidad y duración de ellas.

En todas mis obras he mostrado alguna fase del central dramatismo humano, fuente de nuestra miseria y nuestra grandeza. Y lo he hecho ya simbólicamente, ya formalmente. Sin embargo los críticos no lo han visto. ¿Pero qué ven los críticos? Sus doctrinas, su mundo perceptible. Nada más. Fuera de él son ciegos... Y no debe extrañar. Cada libro es un yo, en su esencia, incomunicable. Nadie lee lo que está escrito, sino lo que cada yo, incomunicable también, quiere leer. La simpatía descubre un tanto el misterio de cada cual. Pero el crítico prefiere la lógica. Y la lógica, sin la simpatía, no sirve para comprender cumplidamente.

Un protagonista de *El Terruño*, espécimen de la indigestión universitaria, discute con su suegra Mamagela, mujer realista, de instinto certero, con sus puntas y ribetes de socarrona. La escena pasa en la campaña convulsionada por la guerra civil. Tocles desespera, considera sus intereses comprometidos, se echa a muerto, actitud muy común de los verbalistas. Mamagela confía, lucha, trata de salvar los intereses de todos. Cambia los males en esperanzas. Es realista. Aquél exclama, no sin visos de razón:

"Considerándolo bien, sin engaño metafísico, sin idealismo deformador de la terrible realidad, ¡cuánta locura en la brega de vivir!, ¡cuánta temeridad en el empeño de vencer! La ola nos arrastra y nos creemos, insensatos, los señores del mar. El alma de los muertos y el alma de los vivos, luchando encarnizadamente dentro de nosotros, nos empujan de aquí y de allá, nos traen y nos llevan, nos suben y nos bajan; instintos animales y virtudes adquiridas, intereses y sen-

timientos, apetitos y aspiraciones atribúlannos y marean; los sentidos nos engañan a porfía y deslumbran las fantasmagorías del mundo, y la razón misma. esa facultad de la que tanto se ufana el hombre, no hace otra cosa que producir espejismos tras los cuales desatentados corremos... A veces se me ocurre que la existencia es una gran pesadilla y que todos somos sonámbulos, y no sólo las criaturas sino las cosas también. Sí, todo es ilusión; el sonambulismo es universal."

Mamagela replica:

"Oyéndote, lo único que saco en limpio es que has tenido tus ilusiones y tus desencantos. Aquí donde me ves, también tuve yo mis desvaríos y mis desengaños. De chica quería ser monja y fundadora de órdenes como Santa Teresa; de grandecita. princesa de las *Mil y una Noches* y dama principal... Después me casé con Goyo. salimos al campo y empecé a tener hijos y criarlos... Y aquí me tienes, gorda y contenta. ¿Por qué?; porque cumplí con mi deber. Ya casada, mi deber era olvidar los sueños juveniles y velar por el porvenir de mi marido y mis hijos. Y en eso puse alma y vida, sin meterme en más averiguaciones ni darme esos trotes de si es o no es que tú te das. ¿Para qué sirve buscarle cinco pies al gato? A mí sólo me interesaba lo que me era útil en mi tarea, que no fue tan fácil como tú puedes suponer. Goyo tiene sus debilidades; por bondad y pereza habría comprometido cien veces sus intereses si yo no hubiera estado a la mira. Le gustaba el juego y los lindos palmitos, el trago y la parranda... ¡Ay, hijo mío!, me ha hecho falta mucha paciencia y mucha aguja de marear para traerlo al buen camino, unas veces con lágrimas, otras con risas, ya con verdades,

ya con estratagemas como la que te voy a contar pidiéndote que me guardes el secreto religiosamente."

Y aquí le refirió la verdad sobre cierta belicosa hazaña del bonachón Papagoyo, quien, comprometido por sus correligionarios y también por conservar la clientela de la pulpería, se decide a formar en las filas revolucionarias. A hurto de Mamagela y en connivencia con Foroso, cocinero y asistente, hace sus preparativos, empuña el arrumbado lanzón patrio, que en otra peripecia guerrera de sus mocedades sólo le había servido de caña de pescar, y renegando de los amigos que lo habían puesto en aquel doloroso trance, abandona mujer, hijos y almacén.

Temerosos ruidos se oyen en la noche enlutada y tormentosa. Se pierden: creen que los persigue alguna partida de colorados salvajes y empiezan a disparar, sintiendo detrás de ellos el martilleo de los cascos enemigos. Un relámpago les descubre la pulpería y a ella enderezan. Pero un enemigo les ataja el paso. El pulpero, pacífico, pero valeroso, ataca lanza en ristre Oyese un alarido desgarrador y casi simultáneamente el sordo quejido de Papagoyo, que Foroso ve rodar por tierra y quedar tendido boca arriba. Cuando desvanecido lo entran en la casa, Mamagela constata que no tiene herida alguna y sólo sí dos grandes moretones en el pecho, que ella supone ser dos bolazos. Examina la lanza, ve que está tinta en sangre hasta la media luna y hace que todos recen por el enemigo difunto.

Sin embargo, su conciencia cristiana le impide dormir. Muy de madrugada se levanta y sale al campo. Divisa el caballo de Papagoyo, pastando con el apero puesto; cerca, el borrico que han abandonado allí, junto con algunos mancarrones cansados, fuerzas gubernistas, duerme tranquilamente, tendido en el sue-

lo. Pero del salvaje muerto ni rastro. Buscándolo se aproxima al burro, cuya inmovilidad le parece extraña, y descubre que está muerto con un tremendo lanzazo en el pecho. Y adivina, comprende la aventura de Papagoyo. El enemigo muerto es el borrico: el alarido desgarrador que ha sentido Foroso, un rebuzno; los bolazos en el pecho de Papagoyo, el par de coces que le asestó el pobre asno al sentirse herido. Ríe a desternillarse; luego reflexiona y decide sacar partido de la cómica realidad. Le ordena a Foroso enterrarlo en el monte cercano y le hace creer a su marido y a todo el vecindario que allí duerme el último sueño el enemigo muerto en descomunal batalla por el ínclito Papagoyo. Este juzga haber cumplido sus deberes partidarios y no vuelve a pensar en revoluciones; la tranquilidad y la dicha entran en la casa junto con la mentira; la clientela del almacén aumenta con el prestigio del héroe. El instinto vital de Mamagela se sirve de una apariencia engañosa para obtener la ventura de la familia y la prosperidad del negocio.

"Créeme. Tocles —concluye—; cree a esta vieja que tiene menos letras que tú, pero más ciencia del mundo. Para vivir es necesario que cada uno tenga su burrito enterrado. ¿Qué importa que sea un burro y no un salvaje como Goyo cree? Para él y para todos, y buen cuidado he tenido yo de que así sea, es un salvaje, lo cual vale decir: deber cumplido, tranquilidad de conciencia, tributo pagado a la causa, y en resumen: la seguridad mía de que no abandonará insensatamente familia y hacienda y se irá a la guerra. Ya ves si tiene importancia lo del burrito."

Riendo, con la boca alegre y los ojos tristes, contestó Tocles:

"Muy cierto es lo que usted asegura y su manera

de obrar en este lance tan bien intencionada como traviesa; pero no es menos cierto que si don Gregorio conociera la patraña, correrían grave riesgo la tranquilidad de la familia y los otros bienes alcanzados por embuste. ¿Y no le parece triste que la felicidad humana tenga por cimiento cosa tan deleznable como lo es la superchería?... Por otra parte le diré que hay dos clases de criaturas: unas que nacen para enterrar el burro otras para desenterrarlo. Las primeras constituyen la generalidad, las segundas marcan la excepción; aquéllas triunfan y gozan, éstas luchan y padecen sin triunfar; pero sus torturas son, si bien se mira, altamente estimulantes y útiles para el mundo: desenterrando burros podridos lo obligan a matar y enterrar otros nuevos y así se remudan y están siempre frescas las ilusiones."

En *La Raza de Caín*, que data de treinta y nueve años atrás, hay ya barruntos de esta certeza. Cuenca, el pintor filósofo de *El Embrujo de Sevilla*, dice, calando más hondo: "Cervantes reveló, no ya la locura española, sino la locura universal. El *Don Quijote* es la visión más profunda y completa que un artista haya tenido de la condición humana, de esa condición miserable y divina al mismo tiempo, que nos hace vivir engendrando espejismos, fantasmas y fuegos fatuos, y correr desatentados tras de ellos. Pero de ahí, y eso no lo dijo Cervantes, nos viene nuestro mal y nuestro bien: las ilusiones nos llenan de desencantos... y de esperanzas; nos extravían... y nos llevan a encontrar mil ocultos caminos; nos enloquecen... y nos hacen darle a la existencia una finalidad razonada que, sin la locura del hombre, la existencia del hombre no tendría. Sí; lo que le da sentido a la vida

y legitima las aspiraciones superiores de la humildad, es la locura incurable del hombre.[9]

Esto es un trasunto de lo que había expresado con mayor copia de argumentos en los *Diálogos Olímpicos*, y cuya síntesis es: las ilusiones dan pábulo a la acción, engendran vida, se transforman en realidades durables.

Perdóneseme que insista. La portentosa facultad de soñar, a la que, asociada al ímpetu belicoso, debe el hombre todo lo que ha hecho y lo que es, me ha parecido siempre digna de apasionada atención y sido el eje de mis reflexiones habituales. "Lo más terrible de la verdad es que, quien la busca la encuentra", decía Remy de Gourmont. El que explota un solo filón y en eso pone sus cinco sentidos, más que topo debe ser si no lo conoce mejor que los otros, y no descubre algo, una pepita de oro del conocimiento, una recóndita relación entre las cosas, que a veces, articulada a otras generales, las altera, o las pone en un plano imprevisto, cobrando así extraordinaria importancia. Sobre el asunto, a fuerza de considerarlo desde todos los ángulos, he tenido ciertas intuiciones y vislumbres no exentas de originalidad y gravidez. Me lo demuestran lo que ahora descubren pensadores de alto coturno y lo que antes sólo vieron incompletamente otros de más atuendo todavía.[10]

Por ejemplo, Nietzsche no se percató que la voluntad de dominación, base de su filosofía, crea para dilatar su imperio, la voluntad de conciencia, protectora de las aspiraciones superiores del mortal, que aquélla parecía condenar, y que no sólo forja ilusiones

9 *El Embrujo de Sevilla*, por Carlos Reyles.
10 Nietzsche, Ibsen, Bergson, Freud, Adler, Spengler, Valéry, Proust, Joyce, Pirandello, Jung .

durables, sino que éstas son nuestras realidades profundas porque salen del inconsciente, y la existencia pasada, presente y acaso futura de la humanidad, hablan por boca de ellas. Debajo de la arena movediza del yo, empieza a aparecer un subsuelo firme.

Además, los problemas de la conciencia y la personalidad son muy actuales y palpitantes. De su solución pende nada menos que continúe o se disipe el caos del mundo. Mientras el hombre sea caos, el mundo, de reflejo, lo será. Necesitamos sondar nuestros golfos y abismos inexplorados. Sospechamos que no tendrá fundamento lo que no se funde en nosotros. Eso provoca el ansia de conocernos y la boga de ciertas especulaciones sicológicas y metafísicas. Pero hasta ahora, nuestro análisis poderoso, ha convertido implacablemente en arena movediza la tierra firme del alma que buscamos. Sin embargo existe, aunque no lo hayan advertido los filósofos por aquello de que a veces duerme el buen Homero.

El nihilista Pirandello es el único optimista con quien he podido topar entre los escritores de fuste. Al menos él ve el carácter constructivo de nuestras ficciones. En *Cómo y por qué escribí los Seis personajes,* afirma: "La nueva ética nace de esta concepción: responsabilidad moral de los creadores de esas ilusiones en las que, por cierto tiempo, la vida toma la consistencia de la verdad". Hasta la admirable tragedia *Enrique IV,* como observa Crémieux en un notabilísimo estudio sobre Pirandello, sólo nos ha mostrado el extravío crónico, congénito de la humana criatura, la evanescencia de sus ficciones y su personalidad, la imposibilidad de conocerse sino como imagen y no conocer a los otros de otra manera que como imágenes también. "Cada ser es ante cada otro

ser, aun de aquel de quien es amado, como un mendigo delante de una puerta que no se abrirá jamás para dejarlo pasar. Quien entrará no será nunca él con el universo que lleva en sí y tal como él lo ve y toca. Será un desconocido de usted, semejante al que él, dentro de su universo impenetrable, cree ver y tocar en usted". Era un aspecto del espejismo, no todo él. Un punto de vista, el de muchos pensadores de ahora, que mucho abarca y de intenso dramatismo. Faltábale llegar al carozo, a la índole constructiva de nuestros sueños, engendradores de vida y realidades. Algo de esto entrañaban la ilusión vital de Nietzsche y la mentira saludable de Ibsen, pero sin llegar a sus definitivas conclusiones.

En una cabalgata histórica, el personaje que va disfrazado de Enrique IV de Alemania, marchando junto a la dama de quien está enamorado y que ha adoptado la indumenta de Matilde de Canossa, protectora de Enrique IV verdadero, cuando, aterido de humildad y frío, solicitaba el perdón del Papa Gregorio VII, cae del caballo, caída provocada arteramente por su rival Balcredi, golpea el suelo con la cabeza, pierde el juicio y se cree de veras el personaje que representa.

Le hace pegar a su existencia un salto atrás de ochocientos años y la fija, como si el tiempo no transcurriese, en un episodio, su sumisión al Papa. El es y será siempre Enrique IV delante de Canossa. Su demencia, como la de los cuerdos, pretende detener en una forma al torrente de la vida, que no se detiene en ninguna. Muchos años después, recuperada la razón, continúa fingiendo, por motivos que sería ocioso enumerar, el extraño papel que le ha reservado el destino, y les impone a todos su locura, los obliga a vivir

según su locura; provoca un patético conflicto entre la cordura del loco y la locura de los cuerdos, los llena de torturantes angustias dejándoles entrever que él, el loco, sabe y condena, mientras los otros dudan y tiemblan y hasta llega, en el paroxismo de su razón verdadera y su demencia fingida, a vengarse. hiriendo mortalmente a Balcredi, que le ha robado veinte años de vida. el amor de Matilde y hecho sentir insidiosamente la irrevertibilidad del tiempo pasado, que por Balcredi no ha vivido...

¿Tiene doble intención el que la vida, la realidad. el drama humano nazcan, como en el caso de Mamagela, de una superchería, y que el primer acto del ímpetu belicoso, que es la vida, sea precisamente una estocada?

Una cosa enorme, contra la cual se estrellan todos los pesimismos, está ahí delante de nosotros: es la vida. De buen o mal grado debemos vivirla, y para ello darle una modalidad, que luego ella misma destruirá para exigir otra y después otra. Sin embargo, no todos nuestros sueños son sueños. Algunas ilusiones, las prístinas, llamémoslas así, persisten, echan anclas en el alma, se agarran con uñas y dientes a la vida, duran, cabalgan sobre el tiempo; no son activas durante un fugitivo instante solamente; conservan su virtud milagrera; más todavía: la acrecientan día a día, hora a hora, minuto a minuto. Nuestro sonambulismo, creador y destructor, contra lo que creen los pensadores, avanza hacia una meta, asciende, tiene una estrella polar que lo guía en la noche oscura, progresa aquí, sí, indefinidamente. Jamás ha habido mudanza o retroceso en lo que es ímpetu belicoso, voluntad de conciencia, un mundo cada vez más grande dentro del mundo; dominio de la naturaleza, siempre

en crescendo; explotación del globo, cada vez más intensa; exploración del cosmos, cada vez más osada: saber, poder, riquezas, espíritu inventivo, creación de bienes, acercamiento de los hombres y los pueblos señeros y hostiles antaño, ayer lento y penoso, y que hoy las maravillas de las ciencias ponen en íntima e instantánea comunicación, que después se convertirá en comunión. He ahí la explicación y la finalidad precisas de lo que juzgábamos mudable y vano ajetreo; he ahí el rumbo determinado y determinante de la vida humana a través de las edades. Aquí no se trata de ficciones pasajeras, de la arena movediza del yo, del espejismo artero y sus cambiantes paisajes, sino de lo perenne, de la roca dura del alma. Nacen y mueren las generaciones, las culturas, las civilizaciones; todo cambia, todo muda y el rumbo siempre el mismo. Este impulso hacia adelante y en un sentido, es prueba acabada de nuestra permanencia y nuestra continuidad reales, existentes como las montañas y anunciadoras de lo que fuimos, lo que somos, y lo que queremos ser. Desde el mísero troglodita al poderoso hombre moderno; desde la lóbrega caverna hasta la grandiosa urbe, millones y millones de criaturas en miles y miles de años, han seguido el mismo derrotero y agregado algo al radioso misterio de convertir en vida y realidades materiales y espirituales nuestra invencible voluntad de dominio, posesión y creación. Ella nos lleva, entre otros apocalípticos fines, y a pesar de las guerras y de todos los pesares, a la unión del género humano. El espíritu, órgano prensivo de la voluntad, hará fatalmente la comunión, porque está en el rumbo fijo del destino. Los pueblos empiezan a ver su imagen reflejada en los ojos de los otros. Y su asociación para una empresa máxima, que no ex-

cluirá las competencias, como no las excluye entre los hombres del mismo país y que al fin remata en la prosperidad de éste, es el fruto maduro que va a caer del árbol de la vida. La nueva ilusión, que asoma por el horizonte donde se levanta el sol, nos habla al oído quedamente, muy quedamente, de unicidad, universalidad, comunión, poderío infinito, sabiduría y riquezas maravillosas, valores de eternidad; no torres de Babel, sino torres de esmeralda que empiezan a elevarse sobre lo que no cambia, y resisten a los embates del tiempo y al análisis destructor: el rumbo fijo de nuestro destino. ¡Qué cariciosas melodías, qué grandiosos poemas sinfónicos podrían salir de esas cajas de música, de esos discos que todavía no hemos puesto en nuestros fonógrafos!

FIN DEL TOMO II

VOLUMENES PUBLICADOS

1 — Carlos María Ramírez: ARTIGAS
2. — Carlos Vaz Ferreira FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles· EL TERRUÑO y PRIMITIVO
4. — Eduardo Acevedo Díaz ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes· DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo I).
8 — José María Reyes DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo II).
9. — Francisco Bauzá· ESTUDIOS LITERARIOS.
10 — Sansón Carrasco ARTÍCULOS.
11 — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES
12 — José P. Massera. ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14 — José Pedro Bellan: DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz· SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16 — Alvaro Armando Vasseur. TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ.
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS